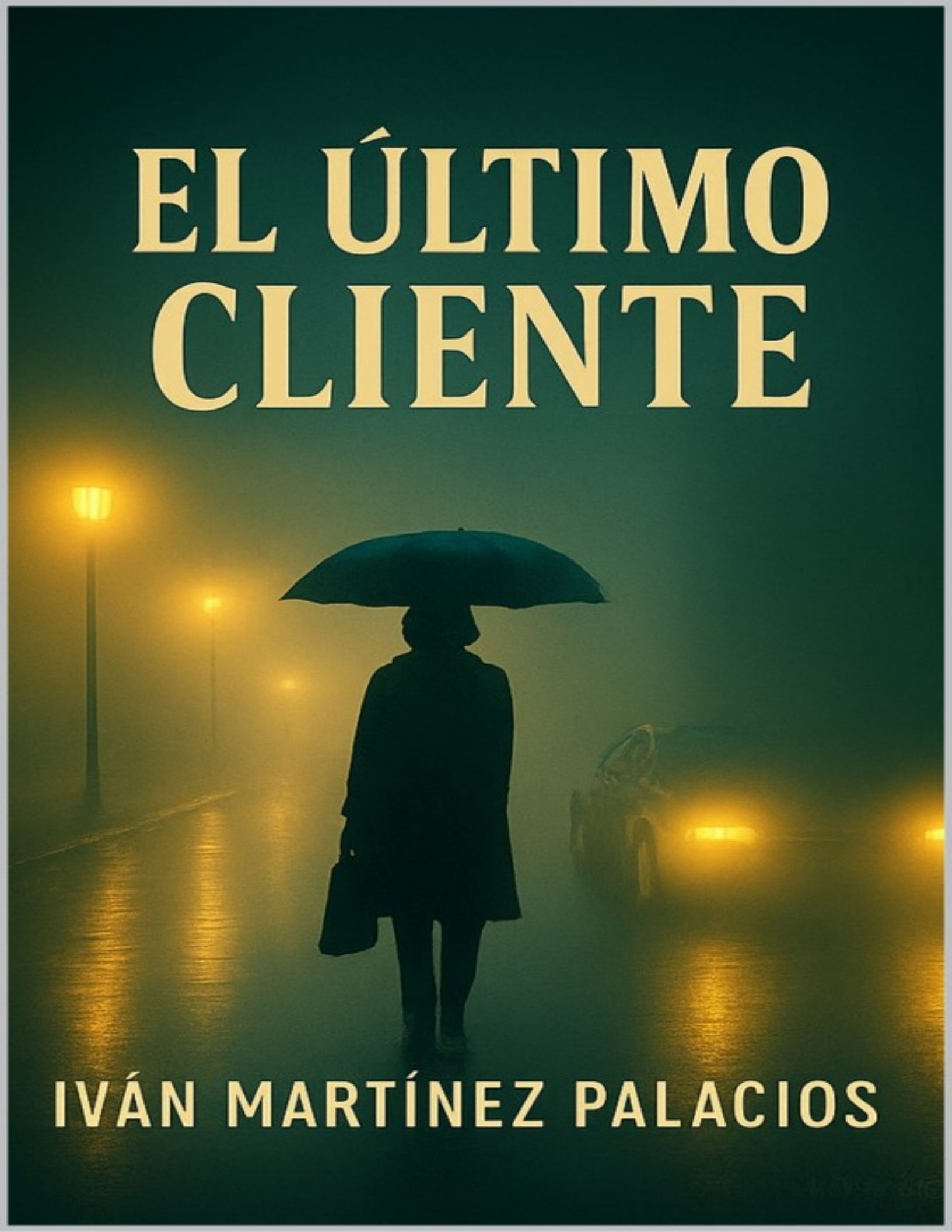
# EL ÚLTIMO CLIENTE



IVÁN MARTÍNEZ PALACIOS

# El último cliente.

Iván Martínez Palacios.

Copyright © 2025 Iván Martínez Palacios.
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798268875034

DEDICATORIA

*A las mujeres de mi vida.*

## PRÓLOGO

La noche se había reducido a un lienzo de asfalto brillante. Las farolas derramaban su luz dorada sobre el parabrisas, deformadas por la lluvia que caía sin tregua. El *swish-swish* de los limpiaparabrisas marcaba el compás hipnótico del trayecto. Alicia ajustó el retrovisor con un gesto seco. Sus propios ojos —grises, fríos, casi metálicos— le devolvieron la mirada. Ni rastro de duda. En aquella expresión contenida, en esa línea de labios apretados, vivía la mujer que había aprendido a sobrevivir a base de ganar batallas en los tribunales.

Pero aquella noche algo se había agrietado. Lo sintió en el estómago, un eco de alarma que no sabía interpretar. Aceptar el caso de Julio Matesanz había sido una jugada calculada al milímetro: dinero fácil, prestigio inmediato. Un trofeo más para la abogada más temida de Madrid. Sabía lo que decían de ella: *Alicia Sáez puede*

*sacar al diablo del infierno y hacerle firmar un contrato.* Y a ella no le importaba. Era cierto.

Sin embargo, esta vez, su instinto —ese que tantas veces la había salvado— le gritaba otra cosa. No advertencia. Desconcierto. Había algo podrido en aquel caso, y no lograba encontrar de dónde provenía el hedor.

Recordó con nitidez la primera vez que Julio Matesanz se presentó en su despacho. Traje caro, perfume sobrio, una calma de depredador. *"Tú pon el precio"*, le dijo mientras dejaba sobre el escritorio un cheque en blanco. Cualquier otra habría pestañeado. Ella no. Lo observó con la serenidad de quien mide a un enemigo. En sus ojos había cálculo; en su sonrisa, arrogancia. Había tratado con narcotraficantes, con estafadores, con políticos que hablaban en susurros. Pero Julio era distinto. Jugaba a otro nivel.

—Una condición —le había dicho Alicia, sujetando el cheque sin apartar la mirada—. Si trabajo contigo, me lo cuentas todo. Sin mentiras. Sin adornos.

La sonrisa de Julio se desplegó despacio, como un felino que ha decidido no atacar todavía, pero que está esperando la oportunidad para hacerlo.

—Alicia, Alicia… —murmuró—. No necesitas saberlo todo. Solo lo suficiente para ganar.

Cualquier otra persona habría roto el trato. Ella no. Su orgullo y su curiosidad se mezclaron como veneno y fuego. No iba a dejar que ese hombre la intimidara. Si alguien iba a dominar el tablero, sería ella.

Las semanas siguientes fueron una tormenta de llamadas a deshora, reuniones en bares discretos y estrategias tejidas en la sombra. Alicia movía las piezas, pero a veces tenía la sensación de que alguien más movía las suyas. No era presión externa; era una inquietud interna, un presentimiento que la acompañaba como un rumor constante.

El día anterior, un paquete anónimo había llegado a su despacho. Dentro, una fotografía: Julio Matesanz y Amanda —su hermana— en lo que parecía una discusión feroz en un callejón. En el dorso, una frase garabateada con letra temblorosa:

*"Ten cuidado. Nadie es intocable."*

Tres palabras. Y desde entonces, no había podido quitárselas de la cabeza.

Ahora, en medio de la tormenta, esas palabras resonaban como una campana fúnebre. *"Nadie es intocable."* Apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Su carrera entera se había construido sobre ser precisamente eso: intocable.

Cuando el coche se detuvo frente a la fachada oscura de su edificio, una sacudida de frío absoluto, ajena al clima, le heló la espina dorsal. Era más que un presentimiento; era una certeza visceral. El mundo que conocía estaba a punto de resquebrajarse. Aspiró una bocanada de aire húmedo, se abrochó el abrigo con un tirón y salió del coche. La lluvia le azotó el rostro, fría e implacable. Pero Alicia Sáez no bajó la cabeza. Caminó hacia la puerta con la espalda recta y la mirada fija en la oscuridad que la esperaba, desafiando a la noche, desafiando al miedo, desafiando a la sombra que no podía nombrar. Estaba lista para la guerra. O eso creía ella.

## TODA UNA VIDA ATRÁS. ALICIA.

Alicia Sáez Hierro era una abogada cuya reputación intachable resonaba con fuerza en su ciudad natal, Talavera de la Reina, aunque su destino la llevaría a abandonar ese lugar en busca de horizontes más amplios.

Desde muy joven, supo con una claridad asombrosa que el derecho sería su camino. Las series de televisión sobre abogados, tan populares durante su infancia, no solo la entretuvieron, sino que

encendieron en ella una chispa de ambición que jamás se apagaría. Aquellas historias de tribunales, juicios dramáticos y argumentos contundentes se convirtieron en el faro que guiaría sus pasos hacia un futuro prometedor.

Durante sus años universitarios, Alicia no solo destacó, sino que eclipsó a muchos de sus compañeros. Su elocuencia era natural, casi innata, y su capacidad para argumentar con precisión y pasión dejaba a todos boquiabiertos. Los profesores, impresionados por su talento, no tardaron en ver en ella a una futura lumbrera del derecho. Fue así como, a los 24 años, se convirtió en la doctora más joven de su promoción, un logro que no solo llenó de orgullo a su familia, sino que también marcó el inicio de una carrera meteórica. Los reconocimientos y premios comenzaron a acumularse, y las paredes de su despacho pronto se convirtieron en un testimonio silencioso de su éxito: diplomas, placas y fotografías con personalidades del mundo jurídico adornaban cada rincón.

Aunque en algún momento consideró la posibilidad de seguir una carrera en la judicatura, Alicia descubrió que su verdadera pasión residía en el derecho penal. Era en los tribunales, frente a un jurado y bajo la atenta mirada de un juez, donde su talento florecía con mayor intensidad. Con determinación inquebrantable, abrió su propio despacho en Alcalá de Henares, y no pasó mucho tiempo antes de que su nombre comenzara a circular entre aquellos que necesitaban una defensa férrea, incluso si sus casos estaban teñidos de sombras. Pronto, su lista de clientes incluyó a personajes con dudosa relación con la justicia: mafiosos, estafadores y, en ocasiones, individuos acusados de crímenes que ponían a prueba su ética y su habilidad.

El éxito profesional de Alicia se tradujo rápidamente en una vida de lujos y comodidades. Adquirió un edificio en la emblemática Plaza Cervantes, un lugar que no solo era un símbolo de su estatus, sino también un reflejo de su ambición desmedida. Su coche, un deportivo valorado en más de 50.000 euros, era la envidia de muchos, y sus inversiones en bienes raíces no hacían más que crecer. Su lista de espera de clientes era interminable, y sus

honorarios, cada vez más elevados, confirmaban que había alcanzado la cima de su profesión.

Sin embargo, detrás de esa fachada de éxito y sofisticación, Alicia guardaba un lado reservado y cauteloso. Hablaba poco de su vida privada, y cuando lo hacía, medía cada palabra con precisión quirúrgica. Parte de esa discreción se debía a su carácter introspectivo, pero también a un temor muy real: el de convertirse en un objetivo para alguno de sus clientes más peligrosos en caso de un juicio perdido. Sabía que, en su mundo, la línea entre la lealtad y la traición era delgada, y que, con mafiosos y asesinos, la cautela nunca era suficiente.

En cuanto a su apariencia, Alicia era meticulosa hasta el extremo. Su cabello oscuro, siempre impecablemente liso, caía sobre sus hombros como una cascada perfectamente domada. Cada vestido que lucía, siempre de marcas exclusivas y con precios de tres cifras, parecía hecho a medida para resaltar su figura esbelta y tonificada, resultado de interminables sesiones de pilates y gimnasio. Sus zapatos de tacón, elegantes y sofisticados, completaban una imagen de mujer poderosa y segura de sí misma, alguien que había aprendido a dominar no solo las leyes, sino también las reglas no escritas del éxito.

Pero, a pesar de todo su control y previsión, Alicia no podía prever lo que el destino le tenía reservado. El otoño de 2024 traería consigo una serie de acontecimientos que sacudirían los cimientos de su vida, desafiando no solo su carrera, sino también su propia identidad. Algo se avecinaba, algo que ni siquiera ella, con toda su inteligencia y preparación, podría haber imaginado.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Un chasquido metálico y seco, el sonido de un objeto pesado cayendo sobre madera, fue lo que atravesó la niebla espesa de su inconsciencia. No fue un despertar, sino un emerger a la fuerza. Alicia volvió a la conciencia con la boca pastosa y un dolor lacerante que le partía el cráneo en dos. No era el latido sordo de una resaca, sino una presión aguda y punzante, como si le hubieran insertado una cuña detrás de los ojos. El mundo giraba en un vórtice de sombras.

A tientas, con la respiración entrecortada, se incorporó en su butaca de cuero. La habitación estaba sumida en una penumbra azulada, solo rota por el tenue resplandor de la ciudad que se filtraba por la ventana panorámica, iluminando motas de polvo que danzaban como espectros. Su despacho, normalmente un santuario de orden y control, olía a café frío y a algo más… algo dulzón y metálico que se le antojó familiar y repulsivo al mismo tiempo.

Su mano, temblorosa, encontró por fin el interruptor de la lámpara *Tizio* en su escritorio. Un haz de luz fría y direccional cortó la oscuridad, no como una iluminación, sino como el foco de un interrogatorio. Reveló el caos: dos tazas de porcelana fina, una volcada, su contenido oscuro y viscoso manchando las páginas de un contrato abierto. Su agenda Moleskine, su brújula, había desaparecido de su lugar junto al MacBook. La pantalla del iMac mostraba, con una indiferencia glacial, las 3:24 de la madrugada. Buscó el móvil en el bolsillo de su chaqueta de tweed, luego en el bolso de Prada abandonado justo detrás de ella. Nada. Solo el vacío y un silencio que empezaba a ser ensordecedor.

La sacudida fue visceral, un relámpago ancestral que recorrió su médula antes de que la razón pudiera articular una sola palabra. Sus piernas, traicioneras, se elevaron con la pesadez del plomo, y al mover el pie, el recuerdo la golpeó como un puñetazo en el estómago: *el sonido*. Aquel chasquido seco y metálico que había rasgado el silencio al despertar.

Su mirada, ahora afilada por un cóctel de adrenalina y pavor, escaneó el suelo con la precisión de un depredador acorralado. Allí, anidando en la sombra alargada que proyectaba su propia butaca, yacía el objeto. Compacto. Negro. De líneas frías y letales. Una *Walther PPK*, con un silenciador cilíndrico acoplado que parecía devorar la tenue luz de la lámpara, prometiendo susurros mortales. No se agachó. No la tocó. Solo la observó, mientras un escalofrío primigenio le serpenteaba por la columna. Ese no había sido el sonido de un objeto cayendo; había sido el de su propia condena, impactando contra el suelo de madera pulida.

Fue entonces cuando la vio. La mancha. No un simple charco, sino un manto espeso y oscuro que se expandía con pereza desde detrás de la mole de roble del escritorio, ahogando el carmesí profundo de una alfombra persa. Contuvo la respiración; el ritmo de su corazón se convirtió en un tamborileo frenético contra sus costillas. Dio los dos pasos que la separaban del abismo, y el mundo se detuvo.

Julio Matesanz yacía boca arriba, su traje de seda italiana era ahora una segunda piel pegajosa y oscura. La sangre había brotado de él para coagularse en un óleo grotesco a su alrededor. En el centro de su frente, un orificio perfecto y negro. Un punto y final definitivo, un signo de puntuación en la frase de su vida. No había espasmo, ni drama residual. Solo la elegancia obscena de una muerte eficiente.

Alicia se arrodilló, esquivando con cuidado el fluido oscuro, y con dos dedos, presionó la yugular del hombre. La piel tenía la frialdad húmeda del mármol en una cripta. La rigidez cadavérica ya comenzaba a tensar sus miembros. Llevaba muerto horas.

Con una determinación nacida del pánico, buscó en los bolsillos de su traje. Encontró la cartera de cocodrilo, abultada por una fortuna en efectivo que supuestamente no debería tener. Las llaves del Range Rover nuevo que nunca debería haberse permitido. Nada. Nada que explicara por qué yacía frío en su suelo. Nada que explicara por qué el arma homicida, ahora a sus pies, parecía haber estado en sus propias manos. *¿Había sido ella? ¿Por qué su mente era un lienzo en blanco, manchado solo por el miedo?*

Se incorporó, apartando la vista del cadáver para clavar los ojos de nuevo en la pistola. Sus huellas digitales estarían por todas partes. En el arma. En el cristal de la mesa. En el cadáver.

Alguien no solo había apagado la vida de Julio. Había urdido la escena perfecta dentro de su propia fortaleza, dejando la pistola en sus manos, borrando su memoria como quien borra una pizarra, y abandonándola sola, en la madrugada, con un cadáver y un destino que se cerraba a su alrededor con la precisión silenciosa de una ratonera.

El sonido del arma cayendo no había sido un accidente. Había sido el disparo de salida de su propia pesadilla.

## **TODA UNA VIDA ATRÁS. JULIO MATESANZ**.

Julio Matesanz no era un delincuente común: era el heredero natural de una fortuna cimentada en el barro y la complicidad. Su padre, un hombre tosco y ambicioso, había levantado su imperio no con ladrillos, sino con sobornos, amenazas y recalificaciones ilegales que dejaban a su paso un rastro de familias arruinadas y políticos comprados. Esa fue la única cuna que conoció Julio, y en ella aprendió una lección temprana: la moral era un lujo para los perdedores.

Desde joven, asumió el negocio familiar con una frialdad que superaba incluso la de su progenitor. Para él, sobornar a un concejal o chantajear a un testigo no eran delitos, sino simples trámites. Eliminar obstáculos —ya fueran personas o principios— era solo una cuestión de eficiencia. Antes de los treinta, su nombre ya resonaba en los círculos más oscuros de Madrid, no por su brutalidad impulsiva, sino por su capacidad para calcular cada movimiento como si la vida fuera una partida de ajedrez donde las piezas rotas se descartaban sin remordimiento.

Mientras sus hermanos se hundían en los excesos —unos, devorados por las drogas; otros, por la irrelevancia—, Julio observaba su decadencia con desprecio. Ellos eran la prueba viviente de la debilidad, y él se erigió, sin titubeos, en el patriarca de aquel clan descompuesto.

Su cuerpo, esculpido en el gimnasio y alimentado con dietas milimétricas, era su templo; su mente, un arsenal. No bebía, no fumaba, no perdía el control. Hasta su gemelo era su antítesis exacta: un desastre ambulante que Julio observaba con la misma curiosidad con la que se estudia un experimento fallido.

Detrás de sus ojos verdes y sus modales pulidos se escondía un depredador. Las mismas sonrisas que abrían puertas eran las que sellaban destinos. Las mismas palabras elegantes que tranquilizaban a incautos enmascaraban órdenes que otros ejecutaban en la sombra. La sociedad lo veía como un *"buen chico"*, un empresario exitoso; él, en cambio, solo veía en los demás piezas útiles o desechables.

Su único error fue la avaricia. Pensó que sus camiones de cemento podrían transportar cocaína y mercancía robada sin levantar sospechas. Un cálculo errado, el primero en años, lo llevó a la cárcel. Pero ni entre rejas perdió el porte de quien cree que todo —incluso la justicia— tiene un precio. Alicia lo sacó de allí pagando una fianza exorbitante y colocándole una pulsera en el tobillo que él consideraba una ofensa personal, una etiqueta en un animal de exposición.

El 13 de noviembre, Julio se preparó para su reunión con Alicia con la misma meticulosidad con la que planificaba sus golpes. Vestido con un traje impecable, perfumado y sereno, aguardaba no a una aliada, sino a un instrumento. No sabía que esa sería la última vez que alguien lo vería con vida. Tal vez, de haberlo sabido, habría sonreído igual: con la seguridad de quien cree que hasta la muerte puede negociarse.

## JULIO DE 2020: NEREA

El éxito no se mide en títulos, sino en cicatrices. Nerea Rodríguez lo aprendió en calles cuyas farolas derramaban una luz amarillenta sobre aceras empapadas de lluvia y sueños rotos. Su vida era el retrato de una mujer forjada a golpes, no en aulas, sino en la trinchera del día a día.

La memoria es una película en blanco y negro que nunca deja de proyectarse. El recuerdo de sus dieciséis años: el vientre hinchado como una condena, los murmullos en la puerta del instituto, las miradas que se clavaban en su silueta como cuchillos. Una mujer sola. Dos gemelos recién nacidos. Un padre convertido en humo. El guion, escrito por la sociedad, solo tenía un final posible: el fracaso. Una lápida sobre su nombre antes de tiempo.

Pero Nerea no leyó ese guion. Lo rompió.

Las noches se alargaban interminables, teñidas por el llanto de los bebés y el cansancio que calaba hasta los huesos. El apoyo familiar era una moneda escasa, gastada por el juicio ajeno. Pero en su interior ardía un motor que no conocía el rendimiento. Un fuego testarudo que la empujaba a levantarse cada mañana, incluso cuando el cuerpo le suplicaba quedarse en la cama.

Cada empleo fue una trinchera. La caja registradora de un supermercado, cuyo *clink* metálico marcaba las horas de su vida. El mostrador de una tienda de ropa, donde doblaba sueños ajenos bajo luces fluorescentes mientras los suyos esperaban en casa. No eran trabajos. Eran peldaños, tallados a mano en la piedra fría de la adversidad. Cada sueldo, un arma. Cada turno, una batalla.

Si su vida fuera una película, la cámara enfocaría sus manos: jóvenes, pero con la piel ya marcada por el esfuerzo. Sosteniendo biberones, contando billetes, acariciando las cabezas de sus hijos mientras la ciudad, indiferente, parpadeaba en la noche. No hubo glamour. Solo la determinación inquebrantable de una mujer que se negó a convertirse en otro epígrafe en la crónica de los desahuciados.

Esa fue su verdadera educación. La universidad de la calle. Y su título, grabado a fuego, era la vida misma.

Finalmente, encontró refugio en una tienda de decoración. No era solo un trabajo, era un santuario donde aprendió el lenguaje secreto de las sombras y las texturas. Allí, entre sedas y maderas pulidas, descubrió cómo crear espacios que fingían calidez, escenarios perfectos para vidas ajenas. Ascendió no por ambición, sino por pura terquedad: gestionando inventarios bajo la luz mortecina de las bodegas, coordinando empleados con sonrisas cansadas. El sueldo no era un festín, pero le permitía pagar el alquiler de su dignidad. A los cuarenta y tres años, Nerea podía mirar atrás y ver a sus hijos, ya independientes, como faros en su costa personal. Creía haber alcanzado un puerto seguro. El destino, cruel y burlón, guardaba una última carta.

La pandemia llegó no como una tormenta, sino como una nube de gas letal que se coló por las rendijas de la normalidad. La tienda que había sido su fortaleza durante años cerró con un candado oxidado. De la noche a la mañana, Nerea se encontró en el silencio aterrador de un apartamento vacío con las paredes cerrándose como un ataúd. El confinamiento fue un viaje en el tiempo hacia sus peores pesadillas: volvía a ser esa chica de dieciséis años, acorralada por la incertidumbre, sintiendo el frío del abismo en la nuca.

Cuando las restricciones se levantaron, una niebla gris se disipó sobre una ciudad devastada. Nerea salió a la batalla con la misma tenacidad que la había mantenido con vida, repartiendo currículums como panfletos de auxilio. Asistió a entrevistas en oficinas desalmadas, donde jóvenes con trajes caros la miraban con una lástima fría. Su falta de estudios formales era un muro de hormigón, una losa en su expediente. Las semanas se convirtieron en meses de derrota silenciosa. Las noches eran un suplicio: acostada en la penumbra, el tic-tac del reloj de la mesilla se convertía en la cuenta regresiva de su ruina, un metrónomo que marcaba el ritmo de su desesperación.

Fue en el fondo de ese pozo, cuando ya empezaba a acostumbrarse a la oscuridad, cuando sonó el teléfono. La voz al otro lado era impersonal, un eco metálico que le ofrecía una salida:

gestionar una residencia universitaria de lujo en Madrid. No era un salvavidas, sino una tabla áspera a la que agarrarse. El sueldo era justo, lo suficiente para mantener a raya a los lobos que rondaban su puerta.

Tres días después, se plantó frente a su nuevo destino. El edificio se alzaba como un coloso de cristal y acero, sus ventanales reflectantes como gafas de sol en los ojos de un gigante. Dentro, el aire olía a pulcritud fría y dinero. Suelos de mármol negro que reflejaban su figura insignificante, muebles de líneas imposibles que parecen más esculturas que asientos. Por un instante, se sintió como un gato callejero en una galería de arte. Pero entonces, una chispa de su vieja resistencia encendió su mirada. Se enderezó la modesta chaqueta que había planchado con esmero esa mañana. Había sobrevivido a demasiado para rendirse ante el lujo.

—Mira, Nerea —le indicó su supervisor aquella misma tarde—. Este es Víctor, el jefe de sección.

Nerea alzó la vista y se encontró con un hombre que parecía salido de una revista de moda. Víctor era alto, con una complexión atlética que se adivinaba incluso bajo el traje gris claro que llevaba. Su pelo negro, peinado con un impecable tupé hacia atrás, contrastaba con sus ojos verdes, intensos y penetrantes. Aunque llevaba una mascarilla, su presencia era tan magnética que Nerea no pudo evitar sentir un ligero rubor en las mejillas.

—Encantada —dijo ella, intentando mantener la compostura.

—Veo que ya te has amoldado a la perfección —respondió Víctor con una voz profunda y sensual que parecía resonar en el aire.

—Sí... La verdad es que os doy las gracias por la oportunidad de trabajar aquí. Ha sido toda una suerte conforme están las cosas...

—Ya te digo —interrumpió él con una sonrisa que se adivinaba bajo la mascarilla—. Por cierto, no me trates de usted. Me hace sentir viejo.

Nerea soltó una risa nerviosa y, casi sin pensarlo, le dio una pequeña palmada en el hombro. El gesto fue tan espontáneo que

incluso ella se sorprendió. Víctor pareció disfrutar de la situación, y su mirada se tornó ligeramente juguetona.

—Ahora me tengo que ir... Ya hablaremos —dijo él, y al girarse, su brazo rozó levemente el de Nerea. Fue un contacto fugaz, pero suficiente para que ella sintiera un escalofrío recorrerle la espalda.

Mientras observaba a Víctor alejarse, Nerea no pudo evitar sonreír. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que la vida le estaba dando una segunda oportunidad. Y, aunque no lo sabía aún, aquel hombre de mirada intensa y voz seductora estaba a punto de convertirse en algo más que su jefe.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

La quietud de la ciudad se quebró de repente. Un resplandor azul, frío y enfermizo, barrió el vestíbulo y los ventanales del bufete. No era un color cualquiera; era el azul de los problemas, el que anunciaba el fin de la partida. La Plaza Cervantes se tiñó con el tono de la condena bajo la llovizna pertinaz.

Ella se acercó a la ventana, convirtiéndose en una silueta recortada contra la penumbra. Dos coches patrulla se habían plantado frente al portal como fantasmas metálicos con luces. El silencio de sus sirenas era más aterrador que cualquier estruendo; era la calma del que ya lo sabe todo. Entonces cayó en la cuenta: la pulsera telemática del cliente. El dispositivo debía estar emitiendo un silencio ensordecedor, una *"ausencia más que pronunciada"* que había atraído a los buitres en búsqueda de respuestas. Su cliente tenía un pase de tres horas para reunirse con ella, tiempo más que agotado a esas horas de la madrugada.

Cuatro figuras oscuras se bajaron de los coches ajustándose las chaquetas y los cinturones tácticos. El timbre del portal estalló en la noche, un sonido agudo y persistente que taladraba los nervios. No podían entrar. Si cruzaban esa puerta, todo estaría perdido. La

conectarían con el hombre muerto en el suelo de arriba, y su vida se convertiría en un sumario policial.

Salió al rellano para huir, el corazón le golpeaba las costillas como un pájaro enjaulado peleando por salir. Comenzó a bajar las escaleras con cierta cautela, pero en la segunda planta se detuvo de golpe. Desde allí, el sonido metálico del portero automático al abrirse le heló la sangre. *¿Cómo diablos lo habían conseguido? ¿Tenían una orden o simplemente no les importaba?* Las preguntas legales eran un lujo que no podía permitirse en ese momento. Tenía que desaparecer.

Se volvió hacia las escaleras, la ruta lógica, era la trampa más obvia. Las voces graves y los pasos firmes que subían le cerraron el camino. Iba a cruzarse con ellos de frente y eso no lo podía permitir. El pánico, un sabor metálico en la boca, le nubló el pensamiento por un segundo. Hasta que su mirada se elevó hacia arriba. La puerta del tejado. Una salida de emergencia oxidada y olvidada que servía de cortafuegos.

Se quitó los tacones con prisa y subió los peldaños de dos en dos descalza, sintiendo el frío del cemento a través de las medias. La puerta de metal, verde y descascarillada, se resistió bajo sus empujones. Maldijo en un susurro áspero. Se había atascado antes, era una ruina que se había negado a reparar porque el coste era demasiado elevado, y su negligencia ahora podía costarle la libertad. Los golpes en la puerta de su despacho, abajo, retumbaban como tambores de guerra. Miró por el hueco de la escalera y allí los vio, los cuatro agentes justo delante de la puerta de su despacho esperando a que alguien les abriera la puerta. La desesperación le hizo sudar. Comenzó a forcejear con la puerta intentado no hacer ruido, pero esta no cedía ni un milímetro. Ya se estaba dando por vencida cuando lo vio: un pequeño cerrojo oxidado en la parte superior, casi invisible, hacía que la puerta se mantuviera en su sitio. Lo corrió con dedos temblorosos.

La puerta cedió con un quejido lastimero, y la noche húmeda le abofeteó el rostro. Una llovizna fina, como agujas de hielo, comenzó a peinar su pelo negro y a empapar el caro vestido que ahora era

solo una evidencia más. Desde la azotea, el mundo era un paisaje de sombras y peligro. Un tercer coche patrulla se unió al coro azul abajo, sus faros barrieron la escena como ojos inquisitivos.

Sin pensarlo, cruzó la línea de la azotea hacia el edificio contiguo, un territorio familiar, de su propiedad. Una ventana mal encajada en el descansillo superior fue su billete de salida. Bajó las escaleras como un espectro, conteniendo la respiración en cada rellano, esperando oír una puerta abrirse, una voz que la delatara, pero no encontró más que el silencio opresivo de una noche de lluvia.

En la entrada, se detuvo. Con un esfuerzo sobrehumano, se calzó los tacones, se colgó el bolso al hombro y se obligó a respirar hondo. Contó hasta veinte, cada número era una losa de hielo en su mente. Luego, empujó la puerta con elegancia y salió a la calle.

Caminó con una naturalidad estudiada, una mujer más en la noche que acaba de salir de fiesta, ajena al drama de lo que sucedía en ese portal. Los agentes, concentrados en el interior del edificio, apenas repararon en su presencia. Pasó frente a ellos como una estatua de elegancia y nervios de acero.

—Disculpe, señorita…

La voz, joven y firme, le cortó el paso. El mundo se detuvo. Ya sentía el frío de las esposas, la mirada acusadora de los vecinos, el titular de prensa y su vida destruida por un cliente que nunca debió haber aceptado.

—¿Sí? —respondió sin volverse, mirando un punto fijo en la lejanía.

—Lleva la cremallera del vestido abierta —dijo el agente—. Con este frío, se va a poner usted mala.

Ella miró hacia el costado. Era cierto. Un detalle trivial, una vulnerabilidad expuesta. Subió la cremallera con un movimiento seco y se recompuso el vestido.

—Muchas gracias —murmuró, y se alejó con un ritmo que no era una huida, pero que tampoco invitaba a más conversación. Cada paso era una victoria frágil.

Giró la esquina con un movimiento brusco, casi instintivo, como si el simple acto de doblar la esquina pudiera borrar su rastro. El eco de sus pasos resonó en el pavimento húmedo, mezclándose con el murmullo lejano de la ciudad que nunca dormía. Respiró hondo, sintiendo cómo el aire frío de la noche limpiaba sus pulmones y, de alguna manera, también su mente. Los agentes quedaron atrás, reducidos a sombras distantes, a figuras borrosas en el laberinto de calles y farolas. Pero no podía detenerse, no aún.

El garaje de la Plaza del Mercado se alzaba ante ella como un refugio moderno, un lugar donde el hormigón y el acero guardaban secretos mejor que cualquier muro de piedra. Accedió con un gesto rápido, casi automático, introduciendo el código de la puerta que llevaba años memorizado. Aquel lugar no era solo un estacionamiento; era un símbolo de su astucia, de su capacidad para tejer redes invisibles. Varias plazas estaban a su nombre, y sus participaciones en la empresa gestora eran solo una pieza más en el tablero de ajedrez que había construido con paciencia y cálculo. Pero ahora, todo aquello parecía insignificante frente al peso de lo que había hecho y de todo lo que podía perder si no lograba controlar la situación.

Sus manos temblaron levemente al rebuscar en el bolso donde guardaba las llaves del *Range Rover* del difunto como un trofeo macabro, un recordatorio de lo que había ocurrido. Cogerlas de su bolsillo no había sido planeado, no del todo. Había sido un impulso, un acto de desesperación que ahora la perseguía como una sombra. Bajó por las rampas del garaje, cada paso resonaba en la quietud del lugar, hasta llegar a la planta donde su coche esperaba, fiel y silencioso. Pero fue entonces cuando lo vio: el vehículo del fallecido, imponente y mudo, aparcado justo enfrente del suyo como un espectro que la interpelaba.

El corazón le latió con fuerza, como si quisiera escapar de su pecho. Sacó las llaves del difunto con un movimiento torpe, casi temeroso, y apretó el botón de apertura. Un sonido discreto, un "*byp*" casi imperceptible, rompió el silencio. Las puertas se abrieron con suavidad, como si el coche mismo la invitara a entrar, a

adentrarse en un mundo que ya no le pertenecía. Pero ella no podía volver atrás.

El *Range Rover* relucía bajo la tenue luz del garaje, impoluto, como un objeto sacado directamente del escaparate de un concesionario. Con apenas trescientos kilómetros en el odómetro, era evidente que el difunto no había tenido tiempo de disfrutarlo. Los plásticos de fábrica aún cubrían los asientos y las superficies, dándole un aire de novedad que contrastaba con la oscuridad de la situación. "*Hombres y sus juguetes*", pensó con un desdén que le brotó de manera automática, como si con esa frase pudiera distanciarse de la crudeza de lo que había ocurrido. Pero aquel coche no era solo un juguete; era una pieza clave, una herramienta que le ayudaría a salir de aquella situación.

Con movimientos precisos, casi quirúrgicos, revisó el vehículo. Cada compartimento, cada rincón, podía esconder algo útil, y ella no podía permitirse pasar por alto ningún detalle, por insignificante que resultara. En la guantera, encontró los papeles de propiedad, doblados con cuidado, y una dirección escrita a mano que la llevaba a un pueblo cercano. Aquel nombre le resultaba vagamente familiar, como un eco lejano de una conversación olvidada. Pero lo que más le llamó la atención fueron las llaves de la casa del difunto, que yacían en el fondo de la guantera, frías y pesadas en su mano. Las guardó en el bolso con un gesto rápido, casi instintivo. Sabía que podrían ser útiles más adelante, aunque aún no supiera exactamente cómo.

Como socia mayoritaria del garaje, conocía cada rincón del lugar. Sabía que no había cámaras de seguridad, que la privacidad estaba garantizada. Aquel conocimiento le daba una ventaja, una sensación de control que necesitaba desesperadamente. Con la chaqueta del fallecido, que yacía abandonada en el asiento trasero como un testigo mudo, limpió las llaves del *Range Rover* con meticulosidad, eliminando cualquier rastro de sus huellas dactilares. Luego, con un movimiento rápido y calculado, las arrojó debajo de otro coche, donde quedarían ocultas, perdidas en la penumbra del garaje. Nadie podría relacionarla con aquello. Nadie.

Finalmente, se deslizó en el asiento de su *Mercedes*, un vehículo que reflejaba su estatus, su elegancia, pero que ahora parecía una carga más en su espalda. Encendió el motor con suavidad, casi como si temiera que el ruido pudiera delatarla, y salió del garaje con discreción, fundiéndose en el amanecer que comenzaba a teñir el cielo de un naranja cada vez más intenso. Mientras conducía, su mente no dejaba de dar vueltas. Las autoridades se agolpaban frente al portal de su bufete, pero ella ya estaba lejos, moviéndose en las sombras como un fantasma. Sabía que tenía que cambiar de coche, borrar sus huellas, desaparecer por un tiempo. Pero, sobre todo, tenía que descubrir quién le había tendido aquella trampa. Alguien había jugado sucio, había movido las piezas en su contra, y ella no estaba dispuesta a perder. No ahora. No después de todo lo que había sacrificado.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

La inspectora Nieves Rivas era una figura icónica dentro de la Policía Nacional, no solo por su impresionante historial de casos resueltos, sino por la fuerza inquebrantable que emanaba de su presencia. A sus cuarenta y tres años, su nombre resonaba en los pasillos de la comisaría como sinónimo de eficacia y determinación. Su ascenso había sido meteórico, pero no gratuito. Cada medalla, cada distinción, era el resultado de horas interminables de trabajo, de noches en vela revisando expedientes, de decisiones difíciles tomadas en fracciones de segundo. Sin embargo, detrás de esa fachada de profesionalismo impecable, había una historia personal que pocos conocían en profundidad, una historia que había forjado su carácter y su vocación de manera irrevocable.

Nieves nunca había soñado con ser policía. De joven, su pasión había sido la economía. Se licenció con honores y comenzó a trabajar en una de las firmas más prestigiosas de Madrid. Su vida parecía encaminada hacia el éxito financiero, con un sueldo

envidiable y un futuro prometedor. Pero todo cambió cuando Jaime Barrios, su novio desde los dieciocho años, entró en escena.

Jaime había sido su primer amor, el hombre con quien había compartido sueños y proyectos. Se casaron a los veinticuatro años en una ceremonia íntima que parecía marcar el inicio de una vida idílica. Sin embargo, tras el matrimonio, Jaime reveló su verdadera naturaleza. Las palabras amables se convirtieron en insultos, las sonrisas en puños cerrados. Nieves vivió años de abuso en silencio, ocultando las cicatrices físicas y emocionales bajo una máscara de normalidad. Su entorno lo sabía, pero nadie intervino hasta que llegó el día en que Jaime la apuñaló doce veces y la dejó por muerta en un descampado. Su pecado: haber celebrado su cumpleaños con unas amigas.

Milagrosamente, un taxista la encontró y la llevó al hospital. Sobrevivió, pero el precio fue alto: tres meses en cuidados intensivos, un mes y medio en coma, y dos paros cardíacos que la dejaron clínicamente muerta durante diez minutos. Jaime, sin embargo, solo recibió ocho años de prisión debido a un error en la cadena de custodia que comprometió pruebas cruciales. Aquel fallo judicial, perpetrado por un agente incompetente, fue la chispa que encendió la llama de la justicia en Nieves. Decidió que dedicaría su vida a proteger a quienes, como ella, habían sido víctimas de la violencia y la impunidad. Así, dejó atrás su carrera como economista y se sumergió en el estudio de las oposiciones al cuerpo de policía. Las aprobó a la primera, destacando como una de las mejores de su promoción. Nieves Rivas no solo había sobrevivido; había renacido con un propósito.

Esa mañana, mientras el cielo se teñía de un azul intenso que anunciaba el amanecer, Nieves recibió una llamada que la sacó de su permiso de una semana. La noticia de la muerte de un mafioso en el despacho de una abogada penalista había llegado a oídos de sus superiores, y decidieron que ella era la persona idónea para liderar la investigación. Con resignación, buscó una niñera para su hijo de siete meses, fruto de una gestación in vitro, y lo dejó con el corazón en un puño. Los hombres ya no tenían cabida en su vida; el sueño del príncipe azul había quedado enterrado en el pasado.

Aparcó su Peugeot 3008 en la Plaza Cervantes, un lugar que ahora bullía de curiosos y agentes de policía. Se ajustó el abrigo, sintiendo el frío de la mañana, y se colgó la placa al cuello. No necesitaba presentaciones; todos la conocían. Al entrar en el edificio, se sorprendió al descubrir que el interior no coincidía con la fachada antigua y señorial. El vestíbulo estaba revestido de mármol caro, con tonos claros que reflejaban la luz de manera casi opulenta. Alicia Sáez Hierro, la abogada dueña del despacho, tenía un gusto exquisito, y eso se notaba en cada detalle.

Al subir las escaleras, Nieves no pudo evitar fijarse en la alfombra impecable que cubría los peldaños. Estaba tan limpia que parecía recién colocada. Al llegar al último piso, se encontró con una puerta acorazada que valía una fortuna. Una placa dorada anunciaba el bufete de Alicia Sáez Hierro, abogada penalista. "*Cómo brilla*", pensó Nieves al ver su reflejo en el metal. Un técnico forense, una chica con varios piercings en el rostro, estaba tomando muestras del marco y la cerradura.

—¿Está forzada? —preguntó Nieves, observando con atención el proceso de obtención de huellas.

—No lo parece —respondió la chica quitándose la mascarilla—. Es una puerta prácticamente imposible de forzar. Cuando llegamos, estaba cerrada.

—¿Quién la abrió? — inquirió Nieves curiosa.

—La asistente judicial —intervino un policía desde el interior del despacho.

Nieves reconoció la voz al instante. Era Fernando Salcedo, conocido como Ferni, el agente cuyo error había permitido que Jaime saliera de prisión antes de tiempo. La sola presencia de él le provocó un nudo en el estómago y unas ganas irrefrenables de darse media vuelta e irse de allí para no coincidir con él. Pero Nieves no era de esas, sabía que su trabajo sí era crucial.

—Vaya... No me acordaba de que estabas destinado aquí - dijo Nieves con una frialdad calculada.

El agente Salcedo, pese a la opinión de Nieves, era —y seguía siendo— un excelente agente. Había aprobado las oposiciones con notable juventud, y comprendió desde temprano que su verdadera vocación estaba en las calles, donde se sentía plenamente realizado. A sus cuarenta y seis años, conservaba un aspecto aceptable considerando el desgaste de su profesión: una ligera prominencia abdominal que asomaba bajo un traje que le quedaba estrecho —testigo silencioso de demasiados almuerzos rápidos y escaso ejercicio—, un implante capilar no del todo logrado y ese persistente aroma a colonia económica que nunca pasaba desapercibido.

Pero más allá de las apariencias, Salcedo poseía un instinto policial excepcional. Su verdadero talento residía en su capacidad para conectar con las víctimas, para extraer información donde otros solo veían callejones sin salida. Su trato respetuoso y su empatía natural le granjeaban la confianza incluso de los más reacios a colaborar.

Sin embargo, ni sus méritos profesionales bastaban para ganarse el favor de Nieves. En este cuerpo, bastaba un solo error, uno solo, para que la sombra del descrédito se cerniera sobre una carrera. Y Salcedo, pese a sus aciertos, no había sido la excepción.

—Seamos profesionales, Nieves —respondió Ferni evitando su mirada—. Recibimos una llamada del juzgado. Una persona con pulsera telemática llevaba demasiado tiempo aquí y no respondía a las llamadas. Cuando llegamos, la puerta estaba cerrada. Tuvimos que llamar a la asistente para que nos abriera. Dentro encontramos el cadáver de Julio Matesanz.

—¿Y la abogada? —preguntó Nieves, ignorando el tono conciliador de su compañero y centrándose en su trabajo. Era una herida demasiado arraigada como para tender puentes.

—No sabemos nada de ella. Tiene el móvil apagado, su coche no está en el garaje ni en las calles aledañas y no la localizamos en su casa - explicó Ferni.

Nieves asintió y pasó junto a él sin mirarlo. Había aprendido a mantener una distancia emocional con Ferni, aunque el rencor

seguía latente en su interior. Se enfundó el traje especial para no contaminar la escena y entró en el despacho de Alicia. La estancia era un reflejo de la personalidad de la abogada: moderna, cara y llena de detalles cuidados al milímetro. Muebles de madera oscura, un butacón de cuero acolchado, sillas de diseño y una mesita de cristal asimétrica completaban el escenario. En el centro de la habitación, el cadáver de Julio Matesanz yacía sobre un charco de sangre con un color blanquecino que indicaba que ya llevaba unas horas muerto.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Nieves al forense, que estaba tomando fotografías al cadáver para poder documentar la escena.

—Parece un tiro en la frente con un calibre pequeño —respondió señalando con un dedo a la cabeza del hombre—. No hay señales de pelea. El disparo se hizo a metro y medio, más o menos al no haber pólvora en la herida

—¿Hemos encontrado la pistola? – preguntó echando un vistazo a su alrededor.

—Ahí – dijo señalando a un punto indeterminado del suelo al lado de una estantería con los libros del código penal.

La expresión del difunto era un retrato congelado de sorpresa, como si la muerte lo hubiera alcanzado en un momento de total incredulidad. Sus ojos, abiertos como platos, reflejaban una mezcla de shock y desconcierto, como si en el último instante de su vida hubiera visto algo que su mente no podía procesar. La boca, ligeramente entreabierta, parecía querer articular una palabra, una pregunta, un grito que nunca llegó a salir. De ella brotaba un fino reguero de sangre que serpenteaba lentamente hasta perderse en la alfombra del despacho, manchando su superficie con un rojo oscuro y brillante que contrastaba con el lujo del entorno.

Nieves se acercó con paso firme, observando cada detalle con la meticulosidad que la caracterizaba. El joven, que no debía tener más de treinta años, yacía en una posición casi natural, como si hubiera caído hacia atrás sin oponer resistencia. Su rostro, aún joven y con rasgos marcados, denotaba una vida que había sido truncada

demasiado pronto. "*Con lo joven que es*", pensó la inspectora, sintiendo un ligero peso en el pecho. No era la primera vez que veía a alguien morir antes de tiempo, pero cada caso le recordaba la fragilidad de la vida y la brutalidad de quienes la arrebataban sin piedad.

Se agachó junto al cuerpo, evitando tocar nada, y estudió la escena con atención. La herida en la frente era limpia, precisa, como si el asesino hubiera actuado con frialdad y precisión quirúrgica. No había señales de lucha, ni de forcejeo y en el despacho no había absolutamente nada fuera de lugar. El joven había sido sorprendido, quizás por alguien en quien confiaba, alguien que había estado lo suficientemente cerca como para dispararle a quemarropa sin que él pudiera reaccionar. Nieves se preguntó qué habría pasado por la mente del chaval en esos últimos segundos. *¿Habría sentido miedo? ¿O simplemente no había tenido tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo?* Nunca lo sabremos.

Nieves recorrió la escena con mirada experta. Sobre la mesa, un expediente del difunto revelaba su historial delictivo. Dos tazas de café elegantes, aún con restos del líquido en su interior, llamaron su atención. Ordenó que se tomaran muestras para analizar el ADN y el contenido de las mismas. En el suelo, una pistola de nueve milímetros, numerada con un cartelito amarillo con el número 3, parecía fuera de lugar en aquel entorno lujoso y ostentoso. Nieves la examinó brevemente antes de dejarla en su sitio. Nada fuera de lo común. Una pistola bonita y reluciente que parecía no haberse usado mucho.

En un mueble cercano, una fotografía en blanco y negro captó la atención de Nieves. La imagen mostraba a Alicia Sáez Hierro junto a otra mujer y un hombre de edad avanzada, probablemente su padre. La escena transmitía una sensación de calidez y unidad, un momento familiar congelado en el tiempo. *"Su familia*", pensó Nieves, sosteniendo la foto entre sus manos por un instante antes de dejarla cuidadosamente en su lugar. Le pareció importante devolverle a aquel objeto un poco de la intimidad que parecía haberse perdido en medio del caos de la investigación. Aquella foto era un recordatorio de que, más allá del lujo y el poder, Alicia era

una persona con raíces, con vínculos, con una historia que ahora parecía estar en peligro.

Junto a la foto, una máquina de café de cápsulas de alta gama destacaba por su diseño elegante y moderno. Era un modelo caro, de esos que no solo preparan café, sino que lo convierten en una experiencia. Nieves se acercó y la inspeccionó con curiosidad. Al abrir el depósito de agua, notó algo que le hizo fruncir el ceño: estaba completamente vacío y seco, como si alguien lo hubiera secado con esmero. No había rastro de humedad, ni una sola gota adherida al plástico. Y lo que era aún más extraño: no había cápsulas usadas que coincidieran con el café que aún quedaba en las tazas sobre la mesa.

Nieves conocía bien aquel modelo de máquina. Ella tenía una similar en casa, y sabía que, por mucho que se vaciara el depósito, siempre quedaban algunas gotas residuales. Aquella máquina, sin embargo, estaba impecable, como si hubiera sido limpiada con una meticulosidad casi obsesiva. "*Qué raro*", pensó para sus adentros, mientras recorría con la mirada el resto del despacho. Aquel detalle, aparentemente insignificante, le resultaba inquietante. ¿Por qué alguien se habría tomado la molestia de limpiar la máquina de café tan minuciosamente? ¿Qué intentaban ocultar?

Se quedó unos segundos más observando la máquina, como si esperara que revelara algún secreto. Luego, con un suspiro, se apartó y continuó examinando la escena. Sabía que aquel pequeño enigma podía ser una pieza clave en el rompecabezas que estaba intentando armar. Alguien había estado allí, alguien que había tenido el cuidado de borrar sus huellas, de dejar todo en orden, de no dejar rastro. Pero Nieves no era de las que se rendían fácilmente. Aquel despacho, con su lujo y su aparente perfección, escondía algo.

Nieves salió al portal y se detuvo un momento, respirando el aire frío de la mañana que se colaba por la puerta entreabierta que conducía a la azotea. Miró hacia arriba, donde la luz del amanecer comenzaba a filtrarse por el hueco de la escalera, iluminando el polvo que flotaba en el aire como partículas de oro suspendidas en el tiempo. La puerta de la azotea, apenas entreabierta, se mecía

suavemente con la brisa, como si alguien hubiera pasado por allí recientemente y no se hubiera molestado en cerrarla del todo.

Con paso firme, subió los últimos peldaños y empujó la puerta con un gesto decidido. El viento frío la recibió de lleno, acariciando su rostro y despeinando su cabello. La azotea era un espacio amplio y despejado, con una vista imponente de la Plaza Cervantes. Desde allí, podía ver el bullicio de los curiosos que se agolpaban tras el cordón policial, sus rostros expectantes y sus murmullos formaban un zumbido constante que se elevaba hasta donde ella estaba. Más allá, la ciudad se extendía en un mosaico de edificios, calles y luces que comenzaban a apagarse con la llegada del día.

Nieves se acercó al borde de la azotea, apoyando las manos en la barandilla fría mientras observaba el panorama. Su mente, sin embargo, no estaba en la belleza del amanecer ni en el ajetreo de la plaza. Su pensamiento estaba en Alicia, la abogada desaparecida cuyo despacho era ahora el epicentro de un misterio que se complicaba por momentos. *"¿Dónde estás, Alicia?",* pensó, mientras su mirada se perdía en el horizonte, como si esperara que la ciudad le diera alguna pista, alguna señal que la guiara hacia la verdad.

Sabía que encontrar a Alicia era clave para resolver el caso. No solo porque era la última persona que había visto con vida al difunto, sino porque su desaparición olía a huida, a secreto, a algo que no encajaba. Nieves no creía en las coincidencias. Alicia había desaparecido justo cuando un mafioso aparecía muerto en su despacho, y eso era demasiado sospechoso para ignorarlo.

Se quedó unos minutos más en la azotea, dejando que el frío la despejara, que el viento le ayudara a ordenar sus ideas. Sabía que lo que venía no sería fácil. Tendría que seguir pistas, interrogar a testigos, revisar cámaras de seguridad y enfrentarse a un montón de preguntas sin respuesta. Pero no importaba. Nieves Rivas no era de las que se rendían. Había sobrevivido a lo peor que la vida le había lanzado, y aquel caso no sería la excepción.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

El aire en el despacho de la abogada estaba cargado de secretos y preguntas sin respuesta. Mientras la inspectora estudiaba el cadáver, a kilómetros de distancia, Alicia cruzaba el umbral de un edificio fantasma en Guadalajara. Volver a casa era una opción suicida; lo sabía con la misma certeza con que sabía que su nombre ya circularía en todas las comisarías. El cepo se estaría cerrando en ese mismo instante sobre su dirección, sus cuentas, su vida. Ella era demasiado lista como para caer en los errores en los que caían siempre sus clientes.

Antes de subir, hizo una parada estratégica en una tienda de mala muerte. Uso dinero en efectivo. Siempre efectivo para no dejar rastro digital. Compró unos vaqueros baratos, una blusa blanca, unas zapatillas y un abrigo anodino que le ayudara a pasar desapercibida. El dinero en metálico que siempre guardaba en el cajón de su despacho era ahora su único salvavidas. Su coche, caro y que llamaba demasiado la atención, desapareció en la penumbra de un trastero subterráneo de la finca para evitar que la policía descubriera su ubicación. Alicia podía ser acusada de muchas cosas, pero de imprudente, no.

El edificio exhalaba un suspiro de polvo y abandono. Se suponía que en esos momentos debería estar en plena ebullición de grúas y obreros, pero su batalla particular con un concejal de obstinada moralidad había paralizado las obras y sumido en un limbo legal la demolición. La misma frustración que la envenenó durante meses era ahora su tabla de salvación. La ironía le provocó una sonrisa amarga mientras pensaba en mandarle una caja de bombones a ese concejal en cuanto acabara la pesadilla.

En el silencio espectral del primer piso, se despojó del vestido de noche y lo dejó caer en el centro de la sala vacía, como la piel de su vida anterior. Un fragmento de espejo, colgado torcidamente en el baño, le devolvió la imagen de una extraña: el rostro, pálido y demarcado, era un mapa de la tensión de las últimas horas. *"Dios mío",* susurró para sus adentros. El fantasma en el cristal la

observaba con sus mismos ojos, pero vacíos, como si estuviera juzgándola desde otra dimensión.

Se sumió en el cuarto de baño y abrió el agua de la ducha. Esta escupió un agua turbia y fría, un castigo que aceptó de buen grado para borrar las huellas del miedo. El chorro helado la devolvió a una realidad cruda. Se secó con lo primero que encontró—el vestido de la noche anterior—y se vistió con la ropa vulgar que ahora era su disfraz. Al mirarse de nuevo, la mujer de éxito se había esfumado. En su lugar había una superviviente anónima. *"Pues pa'alante",* se ordenó, sellando un pacto con la determinación mientras trazaba una lista mental de tareas.

La pregunta crucial martilleaba su mente: ¿Quién había apretado el gatillo? Y, más importante, ¿por qué elegirla a ella como chivo expiatorio? Su memoria era un agujero negro. Sabía que su confusión sería, ante un tribunal, la perfecta confesión de culpabilidad. Nadie se creería que no se acordaba de algo tan importante como de un homicidio. No le quedaba opción: tendría que investigar ella misma y entregarse solo cuando tuviera la verdad en la mano. Iba a hacer exactamente lo que siempre aconsejaba no hacer a sus clientes, pero ella no era un delincuente común. Era una abogada acorralada que conocía el sistema por dentro.

Su siguiente movimiento la llevó a un locutorio de dudosa fama, donde un niño, que no debería estar trabajando, le vendió un móvil prepago sin hacer preguntas. Un delito menor que para ella era un salvoconducto. Buscando anonimato, se refugió en una cafetería que el tiempo había olvidado. El local apestaba a tabaco rancio y aceite recalentado. El camarero, un hombre hosco, limpiaba un vaso con un trapo que parecía empeorar las cosas.

—Un café. Solo —dijo ella, rechazando unos churros lacios que el hombre le ofreció de una bandeja metálica.

—Putas pijas —masculló el hombre, creyendo que no lo oía.

Alicia ignoró el comentario y desbloqueó el móvil. Introdujo los datos de un correo electrónico fantasma y marcó el número que más veces había llamado en los últimos años.

—¿Sí? —respondió la voz de Carmen, su asistente.

—No cuelgues —la voz de Alicia era un hilo tenso, mientras sus ojos escudriñaban la calle esperando que en cualquier momento un coche patrulla apareciera y la detuviera—. Escúchame.

—Alicia... Te buscan por todos lados. Está la policía aquí —la voz de Carmen era un susurro ahogado, lleno de pánico—. Matesanz está muerto y todo el mundo piensa que has sido tú.

—Es una trampa, Carmen. Desperté aturdida y... él estaba allí. Muerto.

—Joder, ¿qué pasó anoche?

—No lo recuerdo. Es como si me hubieran borrado la memoria. Lo último es estar trabajando... y luego, nada.

—Mierda —fue todo lo que Carmen pudo articular, aunque intuía que no se creía del todo su amnesia.

—Necesito tu ayuda. Discreción absoluta.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? – preguntó ella entre susurros.

—Lo sé. Saca mis casos del archivador. Sólo los de Matesanz. Alguien nos tenía juntos en el punto de mira. Tiene que ser un antiguo caso, alguien a quien hicimos daño.

—Lo intentaré... ¿Dónde estás?

La pregunta, lógica, sonó a trampa en los oídos de Alicia. La desconfianza era ahora su único instinto, y ese instinto le decía que no tenía que responderla.

—Cuento contigo, Carmen —cortó la comunicación y apagó el dispositivo para evitar que la geolocalizaran.

Su mirada se posó en el vaso de café, donde una película grasienta se había formado en la superficie. El asco la venció. Se levantó para marcharse cuando la voz del camarero la detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Las pijas son demasiado buenas para mi café? — una risa boba de un parroquiano alcoholizado secundó la burla mientras el camarero esbozaba una sonrisa burlona.

Alicia se volvió lentamente. Su mirada, ahora fría y afilada como una navaja, se clavó en el hombre.

—Mire, el café da asco, al igual que todo lo demás aquí. Pero en algo lleva razón: si quisiera, podría comprar este antro, tirarlo abajo y construir lo que me diera la gana.

—Putas pijas —farfulló él, herido.

—Y hágase un favor —añadió Alicia, ya en la puerta, lanzando la última estocada—. Compre un quita grasas. Esto es una pocilga.

La puerta se cerró a sus espaldas, dejando atrás el olor a rancio y el eco de su desafío. Afuera, la ciudad era un tablero de ajedrez hostil, y ella, una pieza acorralada que, por primera vez, no conocía las reglas del juego.

## AGOSTO DE 2020. NEREA.

Tendida en la cama, completamente desnuda bajo el peso del calor sofocante que envolvía la habitación, Nerea miraba al techo con los ojos abiertos, incapaz de conciliar el sueño. El silencio de la madrugada era casi opresivo, roto solo por el leve zumbido de un ventilador que giraba lentamente en un rincón, sin lograr aliviar la sensación de asfixia. Las sábanas, arrugadas y empapadas de sudor, habían sido arrojadas al suelo horas antes, pero ni siquiera eso ayudaba. El insomnio se había apoderado de ella, como un viejo enemigo que conocía demasiado bien.

Se pasó los dedos por el vientre plano de manera mecánica, un gesto que había adquirido en la infancia y que ahora repetía casi sin darse cuenta. Era una forma de calmarse, de encontrar algo de consuelo en la rutina, aunque en ese momento no parecía funcionar. Su mente no dejaba de dar vueltas, repasando una y otra vez los eventos de las últimas horas, las preguntas sin respuesta, las decisiones que había tomado y las que aún tenía que tomar. Cada

pensamiento era como una piedra más en el montón que llevaba sobre los hombros.

Con un suspiro, se incorporó en la cama, apoyándose en los codos y soltando un leve suspiro. El movimiento hizo crujir levemente el colchón, que no era precisamente nuevo. Alargó el brazo hacia la mesita de noche y cogió el móvil, iluminando su rostro con la luz fría de la pantalla. Las seis y cuarto de la mañana. "*A la porra el sueño*", murmuró para sí misma, con una mezcla de resignación y frustración. Sabía que no había vuelta atrás; el día había comenzado, aunque ella no hubiera descansado ni un solo minuto.

Devolvió el teléfono a la mesita y apagó el despertador con un gesto brusco. No tenía sentido dejarlo encendido; no iba a dormirse en los próximos cuarenta y cinco minutos y el sonido estridente de la alarma solo empeoraría su ya de por sí mal humor. Se quedó sentada en la cama, con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en los muslos, mirando al vacío. El cansancio le pesaba en los párpados, pero su mente seguía alerta, como si estuviera en una especie de limbo entre la vigilia y el agotamiento.

—¿Me haces un café? — preguntó Víctor desde el otro lado de la cama. No se había percatado que estaba despierto como ella.

La tentación había estado ahí desde el principio, latente, como una chispa que esperaba el momento adecuado para encenderse. Y tardó dos días en caer. Fue una tarde cualquiera mientras repasaba unos expedientes en el almacén, un lugar apartado y silencioso donde podía concentrarse sin distracciones. El aire olía a papel viejo y polvo, y la luz tenue de una lámpara colgante creaba sombras que se extendían por las paredes. Nerea estaba absorta en su trabajo, con el pelo recogido en un moño desordenado y las mangas de la camisa arremangadas, cuando la puerta se abrió.

Él entró sin hacer ruido, pero su presencia llenó la habitación de inmediato. Víctor, su jefe, diecisiete años más joven que ella, tenía ese aire despreocupado y canalla que siempre la había atraído. Llevaba la camisa un poco desabrochada, como si no le importaran

las formalidades, y una sonrisa traviesa que parecía decirle que sabía exactamente lo que estaba pensando. No hubo palabras, ni preámbulos. Solo miradas que se cruzaron y un magnetismo que los atrajo el uno hacia el otro como imanes.

Fue rápido, desenfrenado, casi salvaje. Los expedientes cayeron al suelo, olvidados, mientras él la levantaba y la sentaba sobre el escritorio. Nerea no pudo evitar reír entre dientes, una risa nerviosa y emocionada, mientras sus manos recorrían el cuerpo de Víctor con una urgencia que no había sentido en años. Él la besó con una intensidad que la dejó sin aliento y ella respondió con la misma pasión, olvidándose por completo de dónde estaban y de quién podía verlos.

Después, cuando el mundo volvió a su lugar y la realidad se impuso, Nerea se quedó mirando al techo, con el pelo despeinado y una sonrisa tonta en los labios. Víctor estaba a su lado, apoyado en el escritorio, con una expresión de satisfacción en el rostro. No dijeron nada; no hacía falta. Sabían que aquello no sería la última vez.

Y no lo fue. A partir de ese día, sus encuentros se volvieron más frecuentes, más intensos. Víctor era un amante excepcional, siempre dispuesto a sorprenderla, a llevarla al límite. La llevaba a cenar a restaurantes caros de la capital, donde la trataba como a una reina, y Nerea se dejaba llevar por la fantasía, olvidándose por un momento de las responsabilidades y las preocupaciones que la agobiaban.

En la empresa, todo el mundo sabía lo que estaba pasando. Los rumores corrían como la pólvora, pero nadie decía nada. Era como si hubieran llegado a un acuerdo tácito para fingir que aquello no estaba sucediendo. Nerea lo sabía, pero no le importaba. Víctor era su escape, su pequeña dosis de adrenalina en una vida que, por lo demás, era bastante monótona.

Aunque, en el fondo, sabía que aquello no podía durar para siempre. Víctor era joven, impredecible, y ella no quería engañarse pensando que aquello era algo más de lo que realmente era: una aventura. Pero, por el momento, estaba dispuesta a disfrutarlo, a vivir en esa burbuja de pasión y complicidad que los mantenía

unidos. Después de todo, la vida era demasiado corta para negarse los placeres que te ofrecía, ¿no?

—Claro - se fue a levantar, pero Víctor la cogió por las caderas y la devolvió a posición horizontal. No hicieron falta más explicaciones para saber lo que iban a hacer después de eso.

Una hora más tarde, esta vez sí, Nerea estaba haciendo el café en la cocina mientras él se daba una ducha. Llevaba siempre en el coche un traje de repuesto y se lo estaba poniendo bajo las miradas furtivas de su amante. Qué guapo era...

—Aquí hace un calor de cojones —le dijo él con perlas de sudor en la frente—. Deberías poner aire acondicionado...

—¿Me lo pagas tú? —respondió ella con naturalidad.

—No tengo otra cosa mejor que hacer... —cogió la taza de café y le dio un sorbo, acto seguido, puso cara de asco—. Joder... Está ardiendo, ¿no tienes hielo?

Ella se levantó, abrió el congelador y le sacó un hielo para el vaso del señorito. Él la miró complacido y entonces bebió del café con cara de asco otra vez, pero sin quejarse.

—Bueno, me tengo que ir a firmar un contrato con unos paletos – anunció él con urgencia.

—Joder qué despectivo...

—Si los vieras... Unos moroños de manual.

—¿Te veré hoy? – preguntó ella sin quitarle la vista de encima.

—No, tengo una cita.

Una daga pareció caer sobre Nerea y helarle la sangre en un instante. Las palabras de Víctor resonaron en la cocina como un eco frío y cortante, aunque él las había pronunciado con total naturalidad, como si no fueran más que un comentario casual. Dejó el vaso lleno en el fregadero y, sin más, inclinó el recipiente para verter su contenido por el desagüe. El líquido desapareció con un sonido suave, casi imperceptible, pero para Nerea fue como si el mundo se hubiera detenido.

Ella lo miró con los ojos abiertos y la expresión congelada en una mezcla de incredulidad y confusión. ¿Acababa de decir lo que ella creía que había dicho? ¿O era su mente jugándole una mala pasada, distorsionando las palabras en medio del cansancio y el estrés? Pero no, la mirada de Víctor, ese aire golfo y despreocupado que tanto le atraía, confirmó que no había habido error. Él lo había dicho, y lo había hecho sin pestañear.

Víctor se apoyó con las dos manos sobre la encimera, inclinándose ligeramente hacia delante, como si estuviera a punto de contarle un secreto. Su sonrisa era traviesa, casi burlona, y sus ojos brillaban con esa chispa de malicia que tanto la volvía loca. Pero esta vez, esa expresión no le resultó atractiva. Esta vez, le provocó un nudo en el estómago, una sensación de inquietud que no podía ignorar.

—¿No pensarías que eras la única? —preguntó él con una sonrisa en la cara.

—No... Bueno, no sé.

—Nerea, que tenemos una edad... No eres la única. Tú y yo lo pasamos bien sin más.

—Ya, pero...

—Pero nada. Nos vemos más tarde que me tengo que ir. Y cambia esa cara - dijo al darse cuenta -, que anoche cuando la tenías en tu boca no te quejabas tanto.

Se fue de allí rápidamente, dejándola sola en la mesa de su cocina con un café malo en la mano que ya ni siquiera se atrevía a probar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que ella hiciera nada por detenerlas, como si fueran la única forma en que su cuerpo podía expresar la confusión y el dolor que sentía. El silencio de la cocina era opresivo, roto solo por el leve tic-tac del reloj de pared y el sonido distante del tráfico en la calle.

Nerea se miró en el reflejo de la ventana, viendo a una mujer que no reconocía del todo. Su rostro estaba pálido, los ojos hinchados y enrojecidos, y su expresión transmitía una mezcla de tristeza y frustración. "*Soy una idiota*", pensó con una claridad que le

dolía más que cualquier otra cosa. Había caído en la trampa, había permitido que Víctor la envolviera en su juego, y ahora estaba pagando el precio.

El café, frío y amargo, seguía en su mano, pero lo dejó sobre la mesa sin ganas de beberlo. No tenía sentido. Nada tenía sentido en ese momento. Se preguntó cómo había llegado a ese punto, cómo había permitido que una relación que comenzó como una aventura emocionante se convirtiera en algo tan tóxico, tan destructivo. Víctor había sido su escape, su dosis de adrenalina, pero ahora se daba cuenta de que también era su perdición.

Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, mirando hacia afuera sin ver realmente. Las calles estaban vacías, iluminadas por las farolas que proyectaban sombras alargadas sobre el asfalto. Era tarde, o quizás muy temprano; ya no sabía. El tiempo parecía haberse detenido para ella, atrapada en ese limbo de emociones contradictorias.

Con un suspiro, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respiró hondo. Sabía que no podía quedarse así, lamentándose eternamente. Tenía que hacer algo, tomar el control de su vida de nuevo. Pero, por el momento, se permitió ese momento de debilidad, ese instante en el que podía reconocer que se había equivocado, que había sido una idiota.

Se sentó de nuevo en la mesa, apoyando la cabeza en las manos. El café seguía allí, frío e intacto, como un recordatorio de todo lo que había salido mal. Pero también era un símbolo de que, a pesar de todo, ella seguía allí, resistiendo. Y tal vez, solo tal vez, eso era suficiente por ahora.

## 14 DE JULIO DE 2024. NIEVES.

Nieves se sentó frente a su escritorio, rodeada de pilas de documentos, testimonios y declaraciones que los agentes habían recopilado en la zona. El caso se resistía a avanzar, y la frustración

comenzaba a apoderarse de ella. Nadie parecía haber visto nada, y la abogada seguía ilocalizable, como si se hubiera esfumado en el aire. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquel despacho lujoso, donde el cadáver de Julio Matesanz yacía sobre un charco de sangre y las respuestas parecían estar tan lejos como el primer día.

La inspectora no podía afirmar ni descartar que Alicia estuviera muerta o que fuera la autora del asesinato. Sin embargo, algo no encajaba. Dejar el cuerpo en su propio despacho era una señal de culpabilidad demasiado obvia, casi chapucera, y eso no coincidía con la personalidad de una mujer conocida por ser implacable y perfeccionista. Alicia no parecía el tipo de persona que cometería un error tan básico. A menos, claro, que alguien más estuviera detrás de todo esto. ¿Ocultaba algo la abogada que le llevara a matarlo? ¿Qué pasó realmente esa noche?

Con un suspiro, Nieves abrió su portátil y comenzó a adentrarse en la vida de la víctima. Lo que encontró fue un compendio de crímenes y delitos que se remontaban a su adolescencia. Todo había comenzado cuando tenía dieciséis años, cuando fue detenido por primera vez por darle una paliza a un trabajador de la empresa de su padre. Aquel incidente, que podría haber marcado el inicio de un historial delictivo, se resolvió con un trato económico. Los cargos desaparecieron como por arte de magia y Julio siguió su vida como si nada hubiera pasado.

Pero aquello fue solo el principio. A medida que Nieves profundizaba en los informes, descubría una lista interminable de delitos: extorsión, tráfico de drogas, lavado de dinero, agresiones... Julio Matesanz era un hombre peligroso, conectado con el mundo del crimen organizado, y su nombre aparecía una y otra vez en investigaciones que nunca llegaron a nada. Siempre había alguien dispuesto a testificar a su favor, siempre había un vacío legal o una prueba que desaparecía misteriosamente. Era como si el sistema estuviera diseñado para protegerlo.

Nieves frunció el ceño mientras leía. Julio no era una víctima inocente; era un criminal con un historial largo y bien documentado. Pero eso no explicaba por qué alguien lo habría matado en el

despacho de Alicia. ¿Qué conexión había entre ellos? ¿Era solo una relación profesional, o había algo más?

La inspectora se reclinó en su silla, mirando al techo mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Sabía que tenía que seguir indagando, que tenía que encontrar a Alicia y descubrir qué papel jugaba en todo esto. Pero también sabía que no sería fácil. Ese hombre tenía enemigos por todas partes, y cualquiera de ellos podría haber querido verlo muerto.

Tras la muerte de su padre, heredó no solo las empresas familiares, sino también un imperio que, bajo su gestión, creció de manera exponencial. Según la versión oficial, el aumento de los beneficios se debía a una estrategia de diversificación inteligente y a inversiones audaces en sectores emergentes. Sin embargo, los informes de la Policía Nacional y de la Unidad Central Operativa (UCO) contaban una historia muy diferente. Según ellos, el verdadero motor de aquel crecimiento desorbitado era el tráfico de estupefacientes procedentes de Italia, una operación que Julio había perfeccionado con la precisión de un relojero suizo. Una joya de chico, sí, pero del tipo que brillaba en los bajos fondos.

Ahora, Julio se encontraba en arresto domiciliario, un castigo que parecía más un guiño a su estatus que una verdadera medida de restricción. Lo habían pillado con unos ingresos desorbitados que no podía justificar, y aunque la detención fue un golpe mediático, su estancia en casa en lugar de en una celda, dejaba claro que aún conservaba ciertos privilegios. Estaba a la espera de juicio, un proceso que prometía ser largo y lleno de giros dramáticos, como correspondía a un narcotraficante de su talla.

Para su defensa, había contratado a una de las mejores abogadas de Madrid: Alicia Sáez Hierro. Era la elección obvia para alguien como él, alguien que necesitaba no solo un defensor legal, sino alguien capaz de mover hilos en las sombras, de encontrar vacíos legales y de asegurarse de que, pase lo que pase, él saldría lo menos escaldado posible. Alicia era conocida por su implacabilidad, por su capacidad de ganar casos que parecían perdidos y por su habilidad para manejar clientes de alto perfil sin perder la

compostura. Era, en resumen, la abogada perfecta para alguien como Julio.

Pero ahora, con Julio muerto en su despacho y Alicia desaparecida, todo aquel escenario se había vuelto aún más complicado. Nieves no podía evitar preguntarse si la abogada había sido cómplice, víctima o simplemente una pieza más en un juego mucho más grande. ¿Había sido el asesinato de Julio un ajuste de cuentas dentro del mundo del narcotráfico? ¿O había algo más, algo personal, que había llevado a alguien a matarlo justo cuando estaba a punto de enfrentarse a un juicio que podría haberlo enviado a prisión durante décadas?

La abogada era, en apariencia, el epítome de la discreción y el éxito. Una mujer de poco menos de treinta años que había ascendido rápidamente en el mundo judicial, ganándose una reputación como una abogada implacable y astuta. Su carrera había despegado gracias al patrocinio de uno de sus profesores de la universidad, quien, al jubilarse, le había legado toda su cartera de clientes. Desde entonces, Alicia había resuelto con éxito numerosos casos, convirtiéndose en un nombre respetado y temido en los tribunales. "*Una abogada de raza*", decía un artículo publicado en una prestigiosa revista de derecho penal, y no era para menos.

Además de su carrera legal, Alicia había diversificado sus intereses en el mundo empresarial con inversiones en construcción y bienes raíces que le reportaban ingresos enormes. Su vida era acomodada, casi lujosa, pero sin ostentaciones excesivas. Vivía en una casa en el exclusivo barrio de Espartales Norte, un lugar que ahora estaba vacío y silencioso. La alarma llevaba conectada desde el día anterior, y no había registros de que alguien hubiera entrado o salido. Su coche, un Mercedes de alta gama, tampoco aparecía por ningún lado. Era como si Alicia se hubiera esfumado sin dejar rastro.

Nieves no podía evitar sentir que las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, aunque no del todo. Alicia tenía la posibilidad de encontrarse con Julio sin levantar sospechas; después de todo, era su abogada. Tenía los medios: la pistola encontrada en la escena del crimen estaba registrada a su nombre. Pero lo que no encajaba era el motivo. ¿Por qué Alicia, una mujer exitosa y con una carrera

en ascenso, arriesgaría todo para matar a un cliente que, además, le reportaba ingresos considerables? Con los honorarios que percibiría por defender a Julio, podría haberse comprado otra casa sin problemas. No tenía sentido.

Aun así, Nieves no podía ignorar las pruebas. Alicia era, en ese momento, la sospechosa más plausible. Y aunque algo en su instinto le decía que no encajaba del todo, no tenía más remedio que actuar. Con un suspiro, tomó la decisión que llevaba rumiando desde que comenzó a repasar el caso: emitir una orden de búsqueda y captura para la abogada. Tenía que encontrarla, tenía que hablar con ella. Solo así podría desentrañar la verdad detrás del asesinato del constructor.

Mientras redactaba el informe, Nieves no pudo evitar sentir una punzada de duda. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿O estaba persiguiendo a una mujer inocente mientras el verdadero asesino seguía suelto? No lo sabía, pero una cosa era clara: no podía permitirse el lujo de esperar. El tiempo era crucial, y cada minuto que pasaba sin respuestas era un minuto que el asesino podía estar usando para cubrir sus huellas.

Con la diligencia firmada y enviada, Nieves se reclinó en su silla, mirando al techo mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero también sabía que no descansaría hasta encontrar a Alicia y descubrir qué había ocurrido realmente en aquel despacho. La verdad estaba ahí fuera, en algún lugar, y ella estaba decidida a encontrarla.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

—Lo mejor que tengo es esa C15 —afirmó el dueño del taller, con un peto azul manchado de grasa y otros fluidos que contaban historias de otros motores, otros tiempos.

Alicia buscaba lo opuesto a su propio coche: algo invisible que pasara desapercibido ante ojos indiscretos, especialmente los de la

ley. Había recorrido varios talleres con esa esperanza sin éxito. Aquella furgoneta, sin embargo, parecía desafiar toda expectativa de discreción. El color original, un gris apagado, se perdía bajo una constelación de abolladuras y arañazos. Los plásticos estaban resquebrajados; los asientos, desgarrados como cicatrices de un pasado agitado, y olía como si en otro momento hubiera transportado animales.

—¿En serio? —preguntó, conteniendo un gesto de incredulidad.

El mecánico abrió la puerta y giró la llave. El motor rugió con una vitalidad inesperada, casi desafiante.

—Cuando se acabe el mundo —dijo con un deje de orgullo herrumbroso—, estos bichos seguirán rodando.
—¿Cuánto? —insistió Alicia, sin aliento para regateos.
—Dos mil —respondió él, seguro de su ventaja en la negociación.

Ella extrajo un fajo de billetes de cien y contó lentamente cuatro.

—Si no es que no quiera… - dijo el mecánico viendo el fajo que aún le quedaba en la mano – Es que uno tiene ciertos gastos…

Alicia añadió otro billete, y luego otro más.

—No habrá más —advirtió, clavando la mirada en el hombre y sujetando el fajo con fuerza.

Él cogió el dinero con una sonrisa de oreja a oreja y le entregó las llaves.

—Los papeles, si eso, otro día – dijo mientras guardaba los billetes en el bolsillo del peto.

*"De puta madre",* pensó Alicia al deslizarse en el asiento, respirando ese aire a gasoil y abandono. Poco después, la furgoneta se perdía entre calles secundarias, dejando atrás una estela de humo y dudas.

Casi una hora después, llegaba a la urbanización Santo Domingo, en Algete. Un lugar de silencios caros y jardines perfectos donde la gente compraba discreción y seguridad. Dio un par de vueltas por la manzana, escudriñando sombras y personas. Divisó un coche aparcado más adelante con dos figuras dentro. *"Poli",* intuyó al instante al ver el tipo de coche y cómo se fijaban en la casa en la que ella se tenía que colar. Ellos, por su parte, apenas repararon en la furgoneta: *un vehículo de servicio*, supusieron, invisible por ordinario.

Aparcó en un callejón trasero, dejó el coche sin cerrar —¿quién robaría semejante chatarra? — y se adentró entre los setos que bordeaban la mansión. Las ramas le arañaron los brazos, pero al otro lado le esperaba un jardín vasto, casi onírico en su quietud. La piscina, cubierta por un velo de hojas, y los muebles de exterior, impecables, hablaban de un lujo que ya no tenía dueño.

Abrió la puerta trasera de la casa y se adentró en el lujo. El silencio era denso, roto solo por el leve roce de sus pasos. Desconectó la alarma con el mando del llavero y contuvo el aliento para ver si había alguien en el interior. Un ruido leve en la habitación contigua la paralizó. *"Se acabó",* pensó. Pero solo era un gato blanco que pasó con indiferencia a su lado, mirándola como a una intrusa más en su reino.

Subió al dormitorio y revisó cajones: juguetes sexuales, ropa interior masculina, algo de efectivo que guardó con urgencia para gastos y nada más. Luego, el despacho. La puerta, blindada, cedió con el llavero de la alarma. Dentro, casi vacío. Un escritorio de cristal, una foto del difunto, un butacón y nada más. O casi nada.

Frustrada, se dejó caer en la butaca y comenzó a girar, como en su infancia, buscando respuestas en el movimiento. No era posible que allí no hubiera nada. Matesanz no podía salir de casa, y ese tipo de hombres era la clase de personas que guarda sus secretos bien cerca. Necesitaba desesperadamente encontrar algo que le ayudara a comprender, pero parecía resistirse.

Fue entonces cuando vio las marcas en el suelo, pequeños surcos que delataban un secreto, un movimiento repetitivo del mueble que había dejado sus marcas en la madera. Movió la mesa, levantó una

tabla suelta con un abrecartas y allí estaban: documentos. Los papeles que podían enviar a alguien a prisión… o salvarla a ella. Los cogió con urgencia y se sentó de nuevo en el escritorio para revisarlos con mirada crítica.

*"Me mintió",* pensó, con una mezcla de rabia y alivio al revisar los documentos que incriminaban al ya difunto mafioso. Las evidencias eran abrumadoras: transferencias a cuentas *offshore*, rutas, horarios… Lo suficiente como para mandar a su cliente por el resto de sus días a prisión. Encima, había sido tan poco inteligente de guardarlo en su casa, expuesto a que la policía lo encontrara en un eventual registro domiciliario.

Pero un sonido la devolvió a la realidad: el timbre de la puerta. Se asomó a la ventana y vio a los agentes de policía esperando a que alguien abriera la puerta. Recogió todo a toda prisa, borró sus huellas con un trapo que encontró por ahí tirado y escapó por la parte trasera, reactivando la alarma justo a tiempo para que nadie sospechara que ella había estado ahí.

Con el corazón en la garganta, arrancó la furgoneta y se alejó, mirando por el espejo retrovisor el creciente operativo policial que se agolpaba en las puertas de la mansión.

En la puerta principal, la inspectora Nieves Rivas esperaba, impaciente. Oyó el ruido de un motor diésel y alzó la vista. Una C15 se alejaba calle abajo. *"Como la que tuvo mi padre"*, recordó, sin imaginar que dentro de ese cascajo huían todos los secretos que acababan de perder.

## TODA UNA VIDA ATRÁS. CARMEN.

Carmen, con tan solo veintiséis años, era una joven abogada que había logrado abrirse camino en el mundo judicial gracias a su inteligencia, su determinación y una meticulosidad casi obsesiva. Con un padre ausente desde niña, había aprendido desde muy temprano que en la vida solo podía contar con su hermano, su

ingenio y su capacidad para no rendirse nunca. Esa resiliencia la había llevado a convertirse en una profesional respetada y en la mejor asistente judicial que Alicia podía desear.

Su figura menuda y su aspecto siempre impecable eran su sello personal. Carmen llevaba el cabello siempre arreglado, sin un solo pelo fuera de lugar, y su ropa, aunque no era de marcas caras, estaba siempre planchada y sin una arruga. Incluso su perfume, aunque era de imitación, tenía un aroma distintivo que anunciaba su presencia desde la sala contigua. Carmen controlaba cada detalle de su apariencia con una precisión casi religiosa, y nunca salía a la calle sin revisar su imagen una y otra vez frente al espejo que tenía en la entrada de su casa. Para ella, la presentación era tan importante como el trabajo en sí.

Pero lo que realmente hacía especial a Carmen no era solo su aspecto impecable, sino su personalidad. Era una persona peculiar, aunque no en el mal sentido que uno podría imaginar. Carmen era excesivamente detallista, no solo consigo misma, sino con todo el mundo que la rodeaba. Se acordaba de todos los cumpleaños, de todos los aniversarios y de los gustos personales de cada persona con la que interactuaba. Sabía que a su jefa le gustaba el café solo y sin azúcar, que el juez de turno prefería los informes impresos en papel reciclado y que el conserje del edificio adoraba los bombones de menta. Esa atención al detalle no solo la hacía querida por todos, sino que también la convertía en una asistente judicial excepcional.

Su relación con Alicia era más que profesional; había un vínculo de confianza y respeto mutuo. Carmen admiraba la inteligencia y la determinación de su jefa, y Alicia, a su vez, valoraba la lealtad y la eficiencia de Carmen. Juntas formaban un equipo imbatible, capaz de resolver los casos más complicados con una precisión que dejaba boquiabiertos a sus colegas.

Sin embargo, en ese momento, Carmen se encontraba en una situación complicada. Alicia había desaparecido, y la policía estaba buscándola por todos lados. Carmen sabía que su jefa no era culpable, pero también entendía que las apariencias podían ser engañosas.

Carmen había estado buscando durante un tiempo a una abogada con quien trabajar, alguien que no solo fuera competente, sino que también valorara su meticulosidad y su capacidad para anticiparse a las necesidades. Cuando encontró el nombre de Alicia Sáez Hierro, supo de inmediato que era la persona adecuada. Se puso tan contenta que ese mismo día envió su currículum y, al poco tiempo, Alicia la contrató. Desde entonces, Carmen se convirtió en un pilar fundamental en la vida profesional y personal de su jefa.

Alicia no era capaz de imaginar su vida sin los servicios de Carmen. Su asistente se encargaba de absolutamente todo, convirtiendo el despacho en un lugar impecable y acogedor. Siempre había flores frescas en los jarrones, galletas recién horneadas para acompañar los cafés de los clientes, y nunca, ni una sola vez, se habían quedado sin cápsulas para la máquina de café. Carmen tenía un sexto sentido para detectar cuándo un ambientador estaba a punto de gastarse y lo reemplazaba antes de que alguien más se diera cuenta. Para ella, todo era como un reloj suizo: precisión y meticulosidad en cada detalle.

La relación entre Carmen y Alicia era especial. Desde el primer momento, se entendieron muy bien, en parte debido a la poca diferencia de edad que había entre ellas. No eran solo jefa y asistente; eran compañeras, casi comadres. Incluso se grababan *TikToks* juntas en los momentos de descanso, riéndose y disfrutando de una complicidad que iba más allá del ámbito laboral. Carmen conocía todos los secretos de Alicia, no porque su jefa se los hubiera contado abiertamente, sino porque siempre estaba atenta, observando, y porque Alicia nunca hizo nada por ocultarlos. Parecía que Carmen siempre sabía lo que Alicia estaba pensando, anticipándose a sus necesidades antes de que ella misma las expresara.

Ya fuera organizando una reunión importante, recordándole a Alicia una fecha límite que se le había pasado por alto, o simplemente asegurándose de que su jefa tuviera un momento de tranquilidad en medio del caos, Carmen lo hacía todo con una eficiencia y una dedicación que dejaban a Alicia maravillada. No había tarea, por pequeña o grande que fuera, que Carmen no

pudiera manejar. Y lo hacía con una sonrisa en el rostro, como si disfrutara cada momento de su trabajo.

Pero ahora, con Alicia desaparecida y la policía buscándola, Carmen se enfrentaba a un desafío mayor que cualquier cosa que hubiera manejado antes. Sabía que tenía que usar todas sus habilidades, toda su meticulosidad y su capacidad para anticiparse a las necesidades, para ayudar a su jefa. No podía fallarle. No solo porque era su trabajo, sino porque Alicia era más que una jefa para ella; era una amiga, una confidente, casi una hermana.

Por eso, cuando Alicia la llamó desesperada, advirtiéndole de los problemas que se avecinaban, Carmen no titubeó ni un segundo. Sabía que tenía que actuar, y lo hizo con la misma precisión y discreción que caracterizaba todo lo que hacía. Mientras los policías entraban y salían del despacho, haciendo preguntas y revisando cada rincón, Carmen mantuvo la calma. Con una serenidad impresionante, siguió con sus tareas habituales, como si nada fuera ajeno a su rutina.

Pero en medio de ese aparente orden, Carmen llevaba a cabo un plan cuidadosamente elaborado. Mientras caminaba por el despacho, revisando documentos y atendiendo a los agentes con una sonrisa amable, se guardó de manera discreta un pendrive en el sujetador. Ese pequeño dispositivo contenía toda la información crucial que tenían sobre los casos más sensibles, incluido el de Julio.

Alicia y Carmen compartían una obsesión por el minimalismo y la eficiencia. No imprimían documentos innecesariamente; todo lo guardaban en pendrives individuales, organizados en pequeñas cajas de madera rotuladas con el nombre de cada cliente. Era un sistema limpio, ordenado y, sobre todo, discreto. Nadie notó que Carmen había tomado uno de esos pendrives. Para los agentes, ella era simplemente la asistente eficiente que les ofrecía café y les ayudaba a encontrar lo que necesitaban.

Mientras los policías seguían registrando el lugar, Carmen continuó con su trabajo, asegurándose de que todo pareciera normal. Pero en su interior, sabía que aquel pendrive era la clave para ayudar a Alicia. Contenía información que podía desentrañar la verdad detrás del asesinato de Julio Matesanz y, posiblemente,

limpiar el nombre de su jefa. Carmen no podía permitir que esa información cayera en manos equivocadas.

La luz mortecina de la sala de espera del bufete se filtraba a través de las cortinas de seda, proyectando sombras alargadas sobre los muebles de diseño impecable. Carmen, con el bolso apretado contra su pecho como un escudo, intentaba escabullirse sin ser vista. Sus pasos eran rápidos, casi sigilosos, pero justo cuando su mano rozaba el pomo de la puerta, una voz firme y dulce a la vez la detuvo en seco.

—Disculpe, no nos han presentado —dijo la inspectora Nieves Rivas, emergiendo de la penumbra como un espectro elegante. Su tono era amable, casi demasiado, como si estuviera interpretando un papel en una obra de teatro—. ¿Tiene cinco minutos para hablar conmigo?

Carmen se tensó. Sus dedos se aferraron con más fuerza al bolso, y sus ojos, ligeramente dilatados, buscaron una salida que no existía.

—Mire… es que me tengo que ir… —balbuceó, intentando esquivar la mirada inquisitiva de Nieves.

La inspectora no se inmutó. Con un gesto casi imperceptible, echó un vistazo a su alrededor, como si estuviera midiendo el espacio, calculando cada detalle. Luego, volvió a clavar sus ojos en Carmen, esta vez con una intensidad que hizo que el aire se volviera más denso.

—A tenor de las circunstancias, no creo que pueda tener muchas cosas que hacer… —dijo con una sonrisa que era de pura cortesía—. Serán sólo cinco minutos, y estoy segura que ayudará mucho a la investigación.

Nieves extendió el brazo hacia los sofás de la sala de espera, un gesto que, aunque aparentemente cortés, no dejaba lugar a dudas: no era una invitación, era una orden. Carmen tragó saliva y, con movimientos lentos, dejó el bolso sobre la mesa de centro. El sofá,

de cuero impecable y costoso, pareció devorarla cuando se sentó. Era cómodo, sí, pero en ese momento, cada fibra del tejido le recordaba lo atrapada que estaba.

—Es muy cómodo —comentó Nieves al sentarse frente a ella, cruzando las piernas con elegancia. Sus manos, enguantadas en látex negro, descansaron sobre las rodillas, y su mirada no se apartó de Carmen ni un segundo.

—Para Alicia todo tiene que estar muy cuidado… —murmuró Carmen, evitando el contacto visual. Jugueteaba con el borde de su falda, enrollando y desenrollando el tejido entre sus dedos.

—¿Desde cuándo trabaja aquí? —preguntó Nieves, sacando una agenda de cuero y un bolígrafo de plata. Lo colocó sobre un cojín que había dispuesto sobre su regazo, como si estuviera preparándose para escribir algo crucial.

—Hará algo más de un año, puede que dos… —respondió Carmen, titubeante.

—¿No sabe precisar cuándo comenzó a trabajar con su jefa? —la voz de Nieves era suave, pero la pregunta tenía un filo que cortaba como un cuchillo.

—Durante un tiempo alterné varios bufetes, no sabría especificarle. Una tiene que ganarse la vida… —dijo Carmen, con un tono que escondía un dejo de resentimiento.

—Y que lo diga… —Nieves anotó algo en su agenda, y el sonido del bolígrafo raspando el papel resonó como un trueno en el silencio de la sala. Carmen intentó leer lo que escribía, pero la inspectora inclinó ligeramente la agenda, ocultando sus notas.

—¿Qué opinión le merece su jefa? —preguntó Nieves, levantando la mirada de golpe, como si quisiera sorprender a Carmen en un descuido.

—Es una buena persona… —respondió demasiado rápido.

—Tengo entendido que tiene una fama de despiadada que no puede esquivar —replicó Nieves arqueando una ceja—. No veo cómo puede ser compatible ser buena persona con despiadada…

—No es más que un papel…—Carmen se ajustó el cuello de la blusa, como si de repente le faltara el aire para seguir hablando—.

Como entenderá, el estrado no deja de ser una obra de teatro donde ha de convencer a las personas de tu relato.

—Entiendo… —Nieves volvió a anotar algo, y esta vez Carmen notó cómo una gota de sudor frío le recorría la espalda. ¿Qué demonios estaba escribiendo?

—¿Conocía a la víctima? —la pregunta llegó como un golpe seco.

—No… —respondió Carmen, pero su voz tembló ligeramente.

—¿Cómo es posible que no conozca al cliente de su jefa? —Nieves inclinó la cabeza, como si estuviera estudiando a Carmen bajo un microscopio.

—No, a ver, sí lo conocía —rectificó Carmen, demasiado tarde.

—¿No lo conocía, o sí lo conocía? —la voz de Nieves era ahora más firme, más cortante.

—No en persona —aclaró Carmen, sintiendo cómo la presión en su pecho aumentaba—. Sobre el papel lo conocía.

—Entiendo… —Nieves volvió a anotar algo, y Carmen notó cómo sus manos comenzaban a temblar. Intentó esconderlas bajo la falda, pero no pasó desapercibido.

—¿Con qué frecuencia venía la víctima? —preguntó Nieves, sin apartar los ojos de su agenda.

—Semanalmente.

—¿Y cómo viniendo semanalmente no lo conocía en persona? —la pregunta era una trampa, y Carmen lo sabía.

—Nunca hablé con él —respondió, sintiendo cómo las palabras se le atascaban en la garganta.

—Entiendo —Nieves volvió a anotar algo, y el silencio que siguió fue tan denso que Carmen podía escuchar el latido de su propio corazón.

—¿Dónde estaba usted ayer cuando vino la víctima? —preguntó Nieves, levantando la mirada de golpe.

—Yo me acababa de ir… —respondió Carmen, sintiendo cómo el calor subía por su cuello.

—¿Dónde?

—A mi casa.

—¿Tiene alguien que pueda demostrarlo?

—No…

—Entiendo —Nieves volvió a anotar algo, y el silencio que siguió fue tan prolongado que Carmen sintió que el tiempo se detenía -. ¿Qué hacía anoche la víctima aquí? —preguntó, rompiendo el silencio de manera abrupta.

—Tratar su defensa para el caso —respondió Carmen, sintiendo cómo su voz sonaba cada vez más débil.

—Ya… —Nieves anotó algo más, y luego hizo una pausa, como si estuviera esperando a que Carmen cometiera un error.

—¿Tenían buena relación su jefa y su cliente? —la pregunta era directa, y Carmen sintió cómo el suelo se movía bajo sus pies.

—Creo que sí —respondió, pero su voz sonaba vacía.

—¿Cree… o sabe? —Nieves inclinó la cabeza, como si estuviera disfrutando del momento.

—Sé, bueno, no sé… —Carmen se corrigió, pero ya era demasiado tarde.

—Entiendo… —Nieves volvió a anotar algo, y Carmen notó cómo su respiración se aceleraba -. Retomando el tema de dónde estuvo usted ayer… ¿Puede indicarme paso a paso lo que hizo tras salir del despacho? —preguntó, y esta vez su tono era implacable.

Carmen tragó saliva. Sus mejillas se sonrojaron, y notó cómo el sudor frío le recorría la espalda. ¿Era sospechosa?

—Salí de aquí —respondió, intentando mantener la calma.

—¿A qué hora? —Nieves la miró directamente a los ojos, y Carmen sintió cómo su mirada la atravesaba.

—A las siete treinta.

—¿Es su hora normal de salida?

—Sí.

—Entonces… ¿Por qué pone en ese cartel que su horario de atención al público es hasta las ocho? —Nieves señaló un cartel detrás del mostrador que contradecía su testimonio.

—Está desactualizado… —mintió Carmen, evitando su mirada.

—Entiendo… —Nieves volvió a anotar algo, y Carmen sintió cómo el peso de la mentira la aplastaba.

—Bueno, salí… —continuó Carmen, intentando recuperar el hilo.

—A las ocho, ¿no? —la interrumpió Nieves, con una mirada curiosa que le ponía nerviosa.

—No, a las siete treinta como le he dicho —respondió Carmen, sintiendo cómo la frustración comenzaba a apoderarse de ella.

—Ay… disculpe… —Nieves hizo una pausa, como si estuviera disfrutando del momento—. Prosiga, por favor.

—Salí, fui a mi coche y me fui a mi casa sin ir a ningún lado más —respondió Carmen, sintiendo cómo cada palabra la hundía más.

—¿Dónde estaba aparcado su vehículo? —preguntó Nieves, sin apartar los ojos de su agenda.

—En el garaje de la plaza, justo aquí detrás.

—¿Su jefa también aparcaba allí?

—Sí.

—Entiendo… —Nieves volvió a anotar algo, y luego hizo una pausa, como si estuviera esperando a que Carmen cometiera otro error –. Disculpe una pregunta un poco más personal… ¿Con quién hablaba antes por teléfono?

Aquello cayó como un jarro de agua fría sobre ella. Pensaba que nadie le había visto, que sus cosas habían quedado en la más absoluta discreción. Si habían visto eso, ¿qué más habrían visto?

—Con una amiga…

—¿Alicia? – preguntó con curiosidad.

—He dicho amiga, no jefa.

—¿Alicia no lo era?

—No… Sí… No sé…

—¿Podría indicarme de qué hablaba?

—De trivialidades…

—Un poco inoportuno, ¿no cree? – sonaba más reproche que mera curiosidad.

—No le sabría decir si es buen momento o no…

Anotó algo más en la agenda, la miró con dudas y cambió de conversación.

—¿Ha visto esto alguna vez? —Nieves hizo un gesto a un policía, que le entregó una bolsa transparente con una pistola en su interior.

—No —respondió Carmen, pero su voz sonaba temblorosa.

—¿Su jefa tiene armas?

—No, que yo sepa…

—Entiendo —Nieves anotó algo más, y luego revisó sus notas por un segundo—. ¿Tendría algún inconveniente en hacerse la prueba de la pólvora?

Carmen sintió cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor. Aquello, definitivamente, terminaba de confirmar que era sospechosa.

—¿Tiene una orden? —preguntó Carmen, adoptando un aire de jurista.

—No, pero, conforme lo veo, sólo dos personas tenían acceso al despacho: usted y su jefa, además de Julio Matesanz que, por motivos obvios, no pudo dispararse a sí mismo a metro y medio de distancia —respondió Nieves, con un semblante serio que dejaba entrever lo serio de la situación—. Hacerse la prueba sería un gesto de buena fe.

—Claro, en cuanto me enseñe una orden lo haré… —respondió Carmen, intentando mantener la compostura.

—Entiendo… —Nieves anotó algo más, cerró la agenda y se guardó el bolígrafo en el bolso—. ¿Sabe dónde está su jefa?

—No.

—¿Me lo diría si lo supiera?

—No.

—Entiendo… Al menos es sincera —Nieves se levantó, con un movimiento fluido y elegante—. Bueno, no tengo nada más de lo que hablar con usted…

—¿Puedo irme? —preguntó Carmen, sintiendo cómo la esperanza renacía en su pecho.

—No, hasta que se vayan los agentes es mejor que no —respondió Nieves, quitándose los guantes de látex de las manos—.

No quiero que luego se diga que hemos revisado expedientes que no nos corresponden… No se vaya muy lejos…

Nieves agarró sus cosas y se fue por la puerta con un aire de sofisticación que dejó a Carmen sintiéndose más pequeña que nunca. El silencio que quedó en la sala era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Carmen se quedó allí, sentada en el sofá de cuero, sintiendo cómo el peso de la culpa y el miedo la aplastaban.

Al cabo de cuatro horas interminables, Carmen finalmente salió a la calle, pero la sensación de estar siendo observada no la abandonó. Cada paso que daba, cada giro que hacía, sentía que alguien la seguía. Decidió dar un par de vueltas por la Calle Mayor de Alcalá de Henares, parándose aquí y allá, fingiendo mirar escaparates mientras confirmaba, por los reflejos en los cristales, que efectivamente había dos personas detrás de ella: un hombre y una mujer que intentaban pasar desapercibidos, pero que no lograban engañarla. "*Yo hubiera hecho lo mismo*", pensó Carmen sin un ápice de reproche. Sabía que los investigadores estaban haciendo su trabajo, pero eso no hacía las cosas más fáciles para ella.

Era la única que podía hacer llegar la información del pendrive a Alicia, pero la presencia de los agentes le complicaba todo. No podía moverse con la libertad necesaria sin arriesgarse a que la descubrieran. Necesitaba un plan, y rápido.

Decidió sentarse en una cafetería con vistas a la calle, eligiendo una mesa cerca de la ventana para poder vigilar a sus perseguidores sin que lo notaran. A los dos minutos, la pareja que la seguía entró y se sentó en una mesa detrás de la suya. Pidieron cafés para llevar y pagaron en el acto, pero Carmen sabía que no tenían intención de irse. Estaban allí para vigilarla.

Sacó su móvil y lo colocó sobre la mesa, fingiendo revisar las redes sociales mientras pensaba en su siguiente movimiento. Llamó al número desde el que Alicia la había contactado antes, pero el teléfono estaba apagado. "*Mierda*", murmuró en voz baja, sintiendo cómo la frustración se apoderaba de ella. Los dos policías, sentados a su espalda, fingían no mirarla, pero Carmen sabía que estaban

pendientes de cada uno de sus movimientos, por lo que guardó el móvil en el bolso y lo cerró con recelo para que nadie lo cogiera.

El pendrive, escondido debajo de su sujetador, parecía quemarle la piel. Era su única baza, la clave para ayudar a Alicia, pero no podía arriesgarse a sacarlo allí, no con los agentes tan cerca. Tenía que idear una manera de hacer llegar esa información a su jefa sin levantar sospechas.

Mientras tomaba un sorbo de su café, Carmen comenzó a pensar en opciones. Podría intentar perder a sus perseguidores, pero sabía que no sería fácil. También podría buscar a alguien de confianza que le ayudara, pero no podía arriesgarse a involucrar a más personas. Necesitaba una solución rápida y discreta.

De repente, una idea cruzó su mente. Sacó su móvil y comenzó a teclear un mensaje, simulando estar absorta en las redes sociales. No podía enviar la información directamente, pero tal vez podía dejar una pista, algo que solo Alicia entendería. Escribió un mensaje cifrado, utilizando una estratagema que se le ocurrió en ese mismo momento. Lo envió al número desde el que Alicia le había escrito, con la esperanza de que su jefa lo recibiera.

Mientras esperaba una respuesta, Carmen siguió fingiendo normalidad, tomando sorbos de su café y revisando su teléfono de vez en cuando. Sabía que no podía quedarse allí mucho tiempo; los agentes podrían empezar a sospechar. Con un último vistazo a la calle, decidió que era hora de irse. Pagó su cuenta, se levantó y salió de la cafetería, caminando con calma, pero con determinación.

Cuando pasó al lado de ellos, se detuvo un segundo en su mesa, los miró de arriba abajo y se decidió a hablar.

—Ahora voy a por el coche, luego a casa y no saldré – les dijo mirándolos, mientras ellos le devolvían el gesto con indiferencia profesional—. Lo digo para que se ahorren el tener que seguirme todo el día-. Se puso las gafas de sol y salió de la tienda.

Los agentes la siguieron, manteniendo una distancia prudente, pero Carmen ya tenía un plan. Sabía que no podía permitirse el lujo de fallar. Alicia dependía de ella, y no iba a defraudarla.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. JUAN.

Juan Matesanz era, sin duda, el problema mayor de la familia. Y no, no es un error gramatical. Aunque era el hijo primogénito, su vida era un desastre absoluto que pesaba como una losa sobre todos. A sus 34 años, Juan cargaba con dos divorcios desastrosos, una adicción severa a las drogas y una reputación que avergonzaba incluso a sus propios padres. Era el hijo que nunca cumplió las expectativas, el que siempre estuvo al borde del abismo, arrastrando consigo el nombre de la familia.

Desde niño, Juan lo tuvo todo: dinero, privilegios y una vida sin restricciones. Pero ese privilegio resultó ser su mayor maldición. Con una mente débil y sin disciplina, a los trece años ya había perdido el interés por los estudios y había encontrado un placer más adictivo: la cocaína. Con dinero de sobra, la droga nunca le faltó. Su familia lo sabía, pero mientras no causara demasiados problemas nadie decía nada. Ni siquiera sus padres, quienes preferían ignorar sus excesos antes que enfrentarse a la cruda realidad.

A los veinte años, Juan ya había pisado la cárcel en varias ocasiones por incidentes menores, fruto de sus noches de desenfreno entre cocaína y alcohol caro. Cuando su padre, el patriarca del clan, falleció, ni siquiera él consideró tomar las riendas del negocio familiar. Todos sabían que no era capaz. Su hermano menor, Julio, asumió el mando, y mientras Juan siguiera recibiendo dinero, no había conflictos. O, al menos, eso creían.

Pero los problemas de Juan no terminaban con las drogas. Sus caprichos eran interminables. Si quería un coche deportivo, lo conseguía. Si pedía una casa más grande, se la alquilaban. Nadie se atrevía a contradecirlo y su lista de deseos seguía creciendo, igual que su decadencia. Era un pozo sin fondo, un hombre que vivía en un ciclo interminable de excesos y arrepentimientos fugaces.

Esa mañana, Juan estaba en su cocina esnifando cocaína sobre la encimera con la bata desabrochada, dejando a la vista más de lo que cualquiera querría ver. Tras acabar la línea con su elegante canuto de oro, limpió los restos con un dedo y se los frotó por las

encías. Se desplomó en el sofá, ignorando las más de treinta llamadas perdidas en su móvil. En algún momento, se quedó dormido, sumido en un sueño intranquilo y lleno de pesadillas.

Una bofetada lo despertó de golpe. Solo una persona en la familia se atrevía a hacerle algo así: Amanda, su hermana menor. Con un carácter férreo y una determinación que contrastaba con la debilidad de Juan, Amanda era la única capaz de plantarle cara a él y a cualquiera de la familia. Su presencia en la habitación era como un soplo de aire fresco en medio del caos que Juan había creado a su alrededor.

—Tápate la polla con la puta bata —le ordenó Amanda, señalando con un gesto brusco hacia su estado de erección visible bajo la bata desabrochada. Su tono era cortante, lleno de desprecio, pero también de urgencia. No había tiempo para rodeos.

—No me hables así... —empezó a replicar Juan con una voz que pretendía ser firme, pero que solo sonaba quebrada y débil. Sin embargo, otra bofetada lo hizo callar de inmediato. Amanda no tenía paciencia para sus tonterías. Le tiró una almohada para que se cubriera, y él, aunque a regañadientes, obedeció mientras ella lo miraba con una mezcla de desdén y frustración.

—¿Por qué no respondes las llamadas? —preguntó Amanda, mostrándole su móvil con las notificaciones de llamadas perdidas en la pantalla. Había más de treinta, y todas de números familiares. Su voz era fría, pero cargada de una intensidad que hacía imposible ignorarla.

—No me toques los... —intentó replicar Juan otra vez, pero otra bofetada lo detuvo en seco. Esta vez, el golpe fue más fuerte, y Juan entendió que, si su hermana estaba allí, algo grave había sucedido. Amanda no era de las que perdía el tiempo con visitas innecesarias.

—Han matado a Julio —dijo Amanda sin un ápice de emoción, una vez se había recompuesto de la actividad física de pegar a su hermano.

No se le veía ni mínimamente afectada por ello, como si las bofetadas fueran algo rutinario en su relación con Juan. Su voz era

plana, pero sus ojos reflejaban una furia contenida que hacía que sus palabras resonaran como un trueno en la habitación.

Juan se quedó en silencio, con la almohada apretada contra su cuerpo y la mirada perdida en algún punto del suelo. Las palabras de Amanda lo golpearon con más fuerza que cualquier bofetada. Julio, su hermano menor, el que había tomado las riendas del negocio familiar, estaba muerto. Y él, una vez más, no había estado allí para hacer nada.

El impacto de la noticia dejó a Juan sin palabras. Julio no solo era quien manejaba los negocios familiares con mano firme, sino también el que mantenía a Juan en su tren de vida desenfrenado. Julio nunca le decía que no a la interminable lista de caprichos de Juan, y este había entendido hacía muchos años que la mejor manera de seguir viviendo como lo hacía era mantener a Julio en el poder. Ahora, con él muerto, todo su mundo se tambaleaba.

—¿Cómo? —atinó a preguntar Juan, temeroso de otra bofetada que, afortunadamente, no llegó. Su voz sonaba débil, casi infantil, como si no pudiera procesar del todo lo que acababa de escuchar.

—Le dispararon en la cara, en el despacho de su abogada —respondió Amanda con frialdad, como si estuviera relatando un hecho cotidiano. - Me lo dijo uno de los policías en nómina.

—¿Los italianos? —preguntó Juan, tratando de conectar las piezas. Su mente, nublada por la cocaína y el alcohol, intentaba encontrar una explicación lógica, aunque fuera en los lugares más oscuros.

—¿Qué italianos? ¿qué cojones dices? – preguntó ella con cara de incredulidad y un tono de voz que avergonzaba a Juan -. Parece que fue la abogada —dijo Amanda sin dar más detalles, pero con una mirada que dejaba claro que no había lugar para dudas.

—¿Una mujer? —preguntó Juan, incrédulo, como si eso fuera imposible. Su tono denotaba una mezcla de sorpresa y desprecio, algo que no pasó desapercibido para Amanda.

—¿Quieres otra hostia? —respondió ella, fulminándolo con la mirada. Su voz era un cuchillo afilado, y Juan supo que no debía seguir por ese camino.

—Perdona, Amanda... —murmuró, bajando la mirada. Era raro escuchar a Juan pedir disculpas, pero Amanda era la única persona en el mundo capaz de arrancarle algo parecido a la humildad.

Amanda se levantó con un movimiento brusco y se dirigió al minibar. Sirvió dos copas de whisky, aunque solo una estaba destinada a ser bebida. Sacó un sobre de droga del minibar y lo mostró con desaprobación, sosteniéndolo entre sus dedos como si fuera algo repugnante. Juan desvió la mirada, avergonzado. Aunque sus problemas de drogas eran plenamente conocidos por toda la familia, que lo consideraba el apestado, no le gustaba que nadie pusiera el foco de atención sobre su adicción. Lo hacía sentir inferior, y eso era algo que no podía soportar.

—Por Julio —brindó Amanda, chocando su vaso contra el de Juan sin llevar el suyo a los labios. Su gesto era simbólico, una forma de marcar el momento sin necesidad de palabras.

—Por Julio —repitió Juan, vaciando el vaso de un solo trago. Se quedó pensativo, con el cristal vacío sobre sus piernas, tratando de calmar su erección y, al mismo tiempo, de procesar la magnitud de lo que acababa de escuchar. Sabía que los problemas no hacían más que empezar.

Amanda dejó su vaso lleno sobre la mesa y se acercó a Juan con una caja de zapatos en las manos. La abrió con un gesto firme, revelando su contenido: una pistola y una foto de la abogada. La imagen mostraba a una mujer seria, de mirada penetrante, que ahora era el centro de todo aquel caos.

—Es tu turno de hacer justicia —dijo Amanda con una voz que no admitía réplica. - Eres el hermano mayor.

Juan miró la pistola, luego la foto, y finalmente a su hermana. Sabía que no había vuelta atrás. Amanda no le estaba pidiendo, le estaba ordenando. Y él, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no tenía otra opción que obedecer.

Juan tragó saliva, sintiendo cómo el nudo en su garganta se hacía más grande. Amanda lo observó con una mirada dura, como si ya

anticipara su reacción. Para ella, Juan era un inútil, y no se equivocaba. Había pasado la mayor parte de su vida evadiendo responsabilidades, hundido en un pozo de drogas, alcohol y caprichos absurdos. Pero ahora, por primera vez, tenía una tarea seria encomendada por la familia, y no podía simplemente ignorarla.

—No hay ningún problema, ¿verdad? —insistió Amanda, con un tono que dejaba claro que no era una pregunta, sino una exigencia. Sus ojos no se apartaban de los de Juan, como si estuviera desafiándolo a decir que no.

—No... claro que no —respondió él, incapaz de formular otra respuesta. Su voz sonaba débil, casi temblorosa, pero Amanda no pareció notarlo. O, si lo notó, decidió ignorarlo.

Sin decir una palabra más, Amanda cogió su bolso y se lo colgó del hombro con un movimiento brusco. Los tacones de sus zapatos resonaron en el suelo de madera mientras se dirigía hacia la puerta, dejando atrás a Juan con la pistola y los documentos sobre la mesa. El eco de sus pasos fue su única despedida.

Juan se quedó sentado, mirando fijamente la pistola y el sobre que contenía los documentos. Por primera vez en su vida, sentía el peso de una responsabilidad real, algo que iba más allá de sus caprichos y adicciones. Pero la pregunta era inevitable: ¿sería capaz de cumplirla?

Se levantó del sofá con movimientos torpes, todavía afectado por la cocaína y el alcohol. Cogió la pistola con manos temblorosas, sintiendo el frío del metal contra su piel. Nunca había sido un hombre de acción; siempre había dejado que otros resolvieran sus problemas. Pero ahora, no había nadie más. Era él o nadie.

Miró la foto de la abogada, estudiando cada detalle de su rostro. Era una mujer seria, de mirada penetrante, que ahora era el centro de todo aquel caos. Juan no sabía mucho sobre ella, pero sabía que si Amanda le había encomendado esta tarea, era porque confiaba en que él podía hacerla. O, al menos, porque no tenía otra opción.

Con un suspiro, guardó la pistola en la caja y cogió el sobre con los documentos. Sabía que no podía fallar, no esta vez. La familia lo

necesitaba, y aunque no fuera el hombre que todos esperaban que fuera, tal vez esta era su oportunidad de demostrar que aún valía para algo.

Se dirigió hacia el dormitorio, sintiendo cómo el peso de la responsabilidad lo aplastaba. Pero, por primera vez en mucho tiempo, también sintió una chispa de determinación. Tal vez, solo tal vez, era hora de dejar de ser el apestado de la familia y convertirse en algo más. O, al menos, intentarlo.

## 14 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

"*Qué puto día más largo*", pensó Nieves, frotándose los ojos con cansancio mientras observaba cómo los técnicos registraban la casa del mafioso con una minuciosidad calculada. El sol ya se había escondido, dejando atrás un cielo teñido de tonos oscuros que anunciaban el final de un día agotador. La casa, imponente y lujosa, parecía no tener nada fuera de lugar, como si nadie hubiera estado allí en horas. Pero Nieves sabía que las apariencias engañaban, y estaba decidida a encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera arrojar luz sobre el caso.

Subió las escaleras hacia el dormitorio principal, movida por una curiosidad casi morbosa. Quería saber cómo vivía un hombre como Julio Matesanz, qué secretos podía esconder en su espacio más íntimo. Al abrir la puerta, se encontró con lo previsible: una cama enorme, con sábanas de seda que brillaban bajo la luz tenue de la lámpara de noche. El mobiliario era caro, de diseño moderno, pero lo que más llamó su atención fue la colección de juguetes sexuales dispuestos en un armario abierto. No era algo que la sorprendiera, pero sí que le daba una idea de la personalidad de Julio: un hombre que vivía para el placer, sin importarle las consecuencias.

Nieves recorrió la habitación con mirada analítica, abriendo cajones y revisando cada rincón. No encontró nada fuera de lo común, solo más evidencia de una vida lujosa y desenfrenada. Sin embargo, algo en el ambiente le decía que allí había más de lo que

parecía. Tal vez no en el dormitorio, pero en algún lugar de esa casa había respuestas.

Bajó las escaleras y se reunió con los técnicos, que seguían trabajando sin descanso.

—¿Alguna novedad? —preguntó, esperando que alguien hubiera encontrado algo útil.

—Nada todavía, inspectora —respondió uno de ellos, sin levantar la vista de su trabajo. - Parece que todo está en orden, pero seguimos buscando.

Nieves asintió, sintiendo cómo la frustración comenzaba a apoderarse de ella. Sabía que no podía rendirse, que tenía que seguir buscando, pero el cansancio y la falta de pistas la estaban desgastando.

Nieves entró en el despacho, un espacio diáfano y minimalista que contrastaba con el resto de la casa. No había muebles aparte de la mesa de cristal y el sillón en el que ahora se sentaba. Bajo la mesa, los técnicos habían retirado dos tablas del suelo, revelando un hueco que ahora estaba vacío. No había nada allí, ni rastro de lo que pudiera haber estado escondido. La sensación de frustración crecía en Nieves, pero algo en su instinto le decía que no podía rendirse.

Se sentó en el sillón y una corriente eléctrica pareció recorrer toda su columna vertebral. Sabía que estaba sentada en el mismo lugar donde Julio Matesanz había construido su imperio, donde muchas vidas se habían visto manejadas por los hilos invisibles que teje el dinero. Era una sensación incómoda, casi macabra, pero necesaria. Desde allí, podía observar a los técnicos que seguían registrando la habitación con meticulosidad, aunque era evidente que no iban a encontrar nada útil.

Nieves se quedó mirando el vacío del despacho, tratando de conectar las piezas del rompecabezas. Por algún extraño motivo, la abogada había decidido acabar con su cliente y auto inculparse. Pero nada de ello tenía sentido. Alicia no encajaba en el perfil de una asesina, y menos aún de alguien que cometería un crimen tan

chapucero. Nieves veía en todo esto algo más oscuro, algo que las pruebas no alcanzaban a revelar.

De pronto, su mirada se detuvo en un objeto sobre la mesa: un abrecartas. Estaba colocado en una esquina del escritorio, como si alguien lo hubiera dejado allí a toda prisa. Aquello desentonaba con el orden que imperaba en toda la casa. Nieves lo cogió con cuidado, examinándolo bajo la luz. Era un objeto sencillo, pero bien hecho, con un mango de madera oscura y una hoja afilada. No parecía tener nada especial, pero su presencia allí, en medio de un despacho vacío resultaba sospechosa.

—¿Han revisado esto? —preguntó a uno de los técnicos, sosteniendo el abrecartas en alto.

—No, inspectora —respondió el técnico, acercándose.

—Háganlo, se me hace raro que todo esté tan sumamente colocado y esto se encuentre en medio de la mesa y el hueco para los documentos vacío.

—Como usted mande – guardó el objeto en una bolsa de pruebas con decisión y se puso a escribir algo en la misma.

—No me trate de usted – dijo Nieves incorporándose de la silla y dispuesta a irse del despacho.

—Como usted desee – repitió el técnico sin la más mínima intención de tutearla –, aunque sinceramente creo que es un objeto que no tiene interés alguno para el caso.

Nieves no estaba convencida. Sabía que, en los casos más complicados, las pistas más importantes a menudo estaban escondidas a simple vista. Giró la bolsa transparente con el abrecartas entre sus dedos, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera darle una pista. Finalmente, notó algo en el mango.

—Tráeme una lupa —ordenó Nieves, sin apartar la vista del objeto.

El técnico obedeció rápidamente y Nieves examinó la pieza con atención. Ahí, justo en el mango, había una clara huella dactilar.

—¿Lo habéis cogido vosotros? - preguntó Nieves a los técnicos, obteniendo silencio como respuesta negativa - Pues buscar huellas.

Nieves salió de la casa de la víctima con una sensación de frustración que no podía sacudirse. Antes de irse, llamó a los agentes que seguían a la secretaria, pero no obtuvieron nada útil de su vigilancia. Parecía que todos los caminos llevaban a un callejón sin salida. Mientras cerraba la puerta de la mansión por última vez, no pudo evitar pensar en cuántas vidas habían sido destruidas para construir aquel imperio de lujo y corrupción. Cuántos muertos, cuántas familias rotas, cuántas historias de dolor se escondían tras esas paredes imponentes.

Aparcó su coche en el garaje comunitario de su edificio y subió a su piso con paso cansado. Despidió a la canguro con diez euros extra de propina y la promesa de volver a contratarla al día siguiente. La mujer se fue con una sonrisa, pero Nieves apenas la notó. Estaba completamente derrotada, física y mentalmente agotada por el caso que parecía no tener sentido.

Se preparó una infusión de manzanilla, buscando algo de calma en medio del caos, y se sentó al lado de la cuna de Lucas, su hijo pequeño. El bebé dormía plácidamente, ajeno a las preocupaciones que atormentaban a su madre. Nieves le dio un beso suave en la frente, sintiendo cómo el amor por su hijo le daba fuerzas para seguir adelante, incluso en los momentos más oscuros.

Mientras observaba a Lucas, dormido y con una expresión afable que hacía hasta el corazón más duro se quebrara, su mente no dejaba de dar vueltas. Las piezas del caso no encajaban. Todo parecía deliberadamente encauzado para inculpar a la abogada. Pero Nieves no podía creer que Alicia, una mujer conocida por su inteligencia y astucia, hubiera cometido tantos errores. Matar a Julio en su despacho, dejar el cadáver allí y huir sin más... no tenía sentido. Alicia era demasiado lista para algo tan chapucero.

"*Hubiera sido muy fácil matarlo al bajar del coche*", pensó Nieves, recordando el garaje del despacho, un lugar desierto y sin cámaras de seguridad. Mover el cadáver también habría sido sencillo, pero en lugar de eso, lo dejaron en el despacho, como si quisieran que lo

encontraran. Era una señal de culpabilidad demasiado obvia, casi como si alguien hubiera querido incriminar a Alicia deliberadamente.

Nieves suspiró, tomando un sorbo de su infusión. Presentía que había algo más, algo oscuro y complejo detrás de todo esto. Pero hasta que no tuvieran los resultados de la autopsia y más pruebas concretas, no podía hacer nada para responder a los interrogantes que la atormentaban. El caso era como un rompecabezas al que le faltaban piezas clave, y ella no podía forzar las respuestas.

Con un último vistazo a Lucas, Nieves se levantó y se dirigió a su habitación. Necesitaba descansar, aunque fuera solo unas horas. Sabía que al día siguiente tendría que volver a sumergirse en el caso, buscando las pistas que faltaban. Pero por ahora, se permitió un momento de paz, un respiro en medio de la tormenta. Porque, al final, sabía que no podía rendirse. La verdad estaba ahí fuera, en algún lugar, y ella estaba decidida a encontrarla.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Alicia se despertó de nuevo a las cuatro de la mañana, helada de frío en aquella casucha sin ventanas que había convertido en su refugio temporal. El ambiente era opresivo, y el silencio solo se rompía por el leve sonido de sus propios pasos mientras bajaba al garaje. Se tumbó en la furgoneta que había comprado, que, contra

todo pronóstico, resultaba bastante cómoda. Pero la mala conciencia no tardó en hacer de las suyas, desvelándola de manera irreversible.

Había revisado todos y cada uno de los papeles que había sacado de la casa de Julio Matesanz. Además de corroborar lo que ya sabía, había sacado algo en claro de todo aquello: su hermana, Amanda, poco antes de la detención de Julio, había presentado una OPA hostil en la empresa familiar para hacerse con el liderazgo. Todo se había paralizado por la súbita detención del empresario, pero eso no significaba que aquello hubiera acabado. Ni mucho menos.

Amanda era la sexta de siete hermanos, y la única que parecía tener la cabeza bien puesta. Julio, por su parte, tenía un hermano gemelo que ahora estaba en desintoxicación por un problema con la heroína. Una joya de familia, sin duda. Pero Amanda era diferente. Era lista, despiadada y ambiciosa, todo lo que sus hermanos no eran. Alicia la conocía de sobra; en ese mundillo, todos se conocían. Amanda era una persona con la que había que pensarse muy seriamente si tener negocios o no. Era imprevisible y hacía lo que hiciera falta para cumplir con sus objetivos, fuera cual fuera el precio.

La única que sacaba algo de la muerte de Julio era ella. Con él fuera del camino, podría hacerse con el control absoluto de la constructora familiar sin necesidad de votaciones ni adquisiciones hostiles. Tendría el poder que tanto ansiaba. Alicia lo sabía, y ahora estaba más convencida que nunca de que Amanda estaba detrás de todo aquello, pero necesitaba pruebas, algo concreto que la llevara hasta ella.

Cuando los primeros rayos de sol atravesaron lo que quedaba de la ventana rota, Alicia se levantó y se dio una ducha corta de nuevo. "*Qué ganas tengo de tirar el edificio entero abajo*", pensó en cuanto su piel tocó el agua helada que salía de aquellas tuberías de dudosa salubridad. Se puso algo de la ropa barata que había comprado y se miró al espejo. La imagen que le devolvía era la de una mujer visiblemente desmejorada: las ojeras comenzaban a pesarle sobre la cara, el pelo necesitaba una de sus mascarillas de cien euros el tarro, y la ropa era de mal gusto, nada que ver con los estilismos que solía llevar. Su piel tenía un tono mortecino, fruto de la falta de

nutrientes, y se dio cuenta de que se le había olvidado comer el día anterior consumida por los nervios de la situación.

"*Ea, pues pa alante*", pensó, sabiendo que no le quedaba más remedio que seguir adelante para poder aclarar todo lo que estaba sucediendo. Miró a un lado y a otro de la calle antes de salir. Quitando a un par de ancianos que estaban en un banco leyendo el periódico físico en pleno 2024, no había ni un alma por la calle. Salió y cerró la puerta con determinación, pues cerraba mal. Se adentró en una tienda de alimentación cercana y compró algo de desayuno, que se comió tras el volante de su maltrecha furgoneta.

Encendió el teléfono móvil por primera vez desde el día anterior y se horrorizó al comprobar las veinte llamadas perdidas que había en el terminal de su secretaria judicial. Con miedo, pulsó el botón verde de llamar y, al tercer toque, Carmen descolgó el teléfono.

—Te he llamado veinte veces —dijo Carmen al otro lado de la línea, con un tono que mezclaba preocupación y reproche.

"*Veintidós*", pensó Alicia, que siempre era precisa para todo, incluso en los detalles más pequeños. Pero no lo dijo en voz alta. En lugar de eso, respondió:

—Lo sé, pero ayer estuve en casa de Matesanz. Mejor dicho, cogí cosas que son de utilidad.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Carmen, con una curiosidad que no podía disimular.

—Su hermana Amanda quería echarlo de la empresa para hacerse cargo de la misma —explicó Alicia, bajando la voz, aunque estaba sola en la furgoneta—. Hace un par de meses presentó una propuesta para echarlo de la organización y quedarse ella con la división de la constructora. Lo que veo como un móvil bien claro para matarlo y endosarle el muerto a la tonta de turno.

—Véase, tú —dijo Carmen, con un tono que dejaba claro que no estaba bromeando.

—Yo... —Alicia hizo una pausa, sintiendo cómo el rencor hacia Amanda crecía dentro de ella. No la conocía en persona, pero ya la

odiaba con toda su alma—. Pero en esta familia todo lo veo posible. No tienen moral.

"¿*La tengo yo*?" se coló como un pensamiento intrusivo en una mente agotada como la suya. Por un momento, Alicia pensó en todas las estratagemas legales que había usado a lo largo de su carrera profesional para hacer que sus clientes —culpables en su mayoría— siguieran en la calle y delinquiendo. En los años que llevaba al frente del bufete, no recordaba el último caso que había tomado como *pro bono* o como abogada de turno. Estaba tan obcecada con el dinero y con los clientes de altos vuelos que había olvidado por completo lo que la llevó a estudiar derecho: la protección de los más indefensos.

—¿Estás? —preguntó Carmen desde el otro lado de la línea, interrumpiendo sus pensamientos.

—Estoy... —respondió Alicia, sacudiéndose la momentánea introspección—. Como iba diciendo, ¿me has conseguido los archivos?

—Sí... he creado un *Google Docs* en el que puedes leerlos. No veo otra forma de hacértelos llegar. No estoy segura de que no me estén vigilando el correo electrónico.

—Chica lista... —dijo Alicia, con una sonrisa fugaz.

—Lo debes tener en tu correo falso, del que aún me acuerdo.

—Gracias... No sé qué haría sin ti... —susurró Alicia, sintiendo un atisbo de alivio al saber que Carmen seguía de su lado.

—Alicia, ¿dónde estás? —preguntó Carmen, con un tono que denotaba preocupación genuina.

Un silencio incómodo se hizo en la línea. Alicia no quería contarle a Carmen dónde estaba. Desconfiaba de todo el mundo en ese momento, incluso de su asistente más leal. No podía arriesgarse a que la detuvieran y acabar como noticia en todas las televisiones. Confiaba en sus dotes como abogada y en que no iba a cometer errores, pero no confiaba en las dotes del resto de personas. Decidió salir por la tangente y responder la pregunta con otra pregunta.

—¿Te siguen? —dijo con voz seria, indicando que no había posibilidad alguna de contarle su paradero.

—Eso creo... —respondió Carmen, con un tono de decepción que era palpable incluso a través del teléfono.

—Sigue con cuidado, tengo que cortar... —zanjó Alicia, sintiendo cómo la tensión volvía a apoderarse de ella.

Antes de que Carmen pudiera responder, Alicia colgó el teléfono y lo apagó de nuevo. Respiró hondo, sintiendo cómo el peso de la situación caía sobre sus hombros. Sabía que no podía confiar en nadie, pero también sabía que no podía hacer esto sola. Necesitaba a Carmen, pero no podía arriesgarse a ponerla en peligro.

Con un último vistazo al espejo retrovisor, Alicia arrancó la furgoneta y se adentró en las calles de la ciudad, decidida a seguir adelante. La verdad estaba ahí fuera, en algún lugar, y ella estaba dispuesta a encontrarla, sin importar lo que le costara. Pero también sabía que, en el fondo, tenía que enfrentarse a sus propios demonios. Porque, al final, no solo estaba luchando por su libertad, sino también por recuperar algo de la persona que una vez fue.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

El despacho del médico forense era un lugar que Nieves odiaba con toda su alma. A pesar de los esfuerzos por hacerlo más cálido y acogedor —con bancos de madera bonitos, plantas de hojas grandes que no sabía nombrar y una iluminación suave—, no podía ocultar lo que realmente ocurría detrás de esas puertas que se alineaban en un pasillo recto y bien iluminado. Para Nieves, ese lugar siempre sería un recordatorio de la muerte, de la fragilidad de la vida y de las cicatrices que llevaba consigo.

Sentada en uno de esos bancos, esperando al médico forense, los pensamientos repetitivos que la asaltaban cada vez que bajaba allí comenzaron a florecer. En cada visita, no podía evitar imaginarse a sí misma tumbada en una de esas mesas de acero, abierta en canal,

víctima del malquerer de su exmarido. La imagen de su propio cuerpo, con la piel mortecina y la cara desencajada por los navajazos que le habían asestado de manera cruel e inhumana, se colaba en su mente como una película que no podía detener. A veces, si la espera se prolongaba, incluso se imaginaba lo que el médico forense hubiera dicho en su autopsia: los golpes previos, las puñaladas, el pelo enmarañado de escombros del sitio donde la tiraron, los moretones... Era como si su mente reviviera una y otra vez aquel trauma, como si nunca pudiera escapar de él.

Pero la Nieves de entonces había muerto. La mujer que ahora esperaba en ese pasillo era otra, una que había renacido de las cenizas de aquella tragedia. Había reconstruido su vida, se había convertido en inspectora, en madre, en una luchadora. Sin embargo, las cicatrices seguían ahí, latentes, recordándole lo frágil que era todo. Por eso, cada vez que entraba en ese lugar, sentía que una parte de ella se resquebrajaba.

Daba gracias al cielo todos los días por haber tenido un niño y no una niña. Así, al menos, su hijo no tendría que vivir lo que a ella le había tocado vivir. No tendría que enfrentarse a la violencia, al miedo, a la sensación de impotencia que ella había sentido durante años. Su hijo sería fuerte, estaría a salvo. O eso esperaba.

La puerta se abrió al cabo de quince minutos de espera, y el médico forense, Carlos Buendía, le hizo pasar con un leve movimiento de mano. Nieves entró en la sala, sintiendo cómo el aire frío y el olor a desinfectante la envolvían. Carlos Buendía era un hombre que, a sus setenta y siete años, debería estar jubilado, pero su pasión por la medicina y la verdad lo mantenían en activo. Era un forense incisivo, escrupuloso y con una carrera que lo avalaba como uno de los mejores en su campo. Sin embargo, en las distancias cortas, era una persona de pocas palabras, que no soltaba información hasta que había terminado su proceso meticuloso. Eso sacaba de quicio a más de un investigador, pero Nieves sabía que valía la pena esperar.

Cuando Nieves entró, el cadáver de Julio Matesanz ya estaba sobre la mesa metálica, con los fluidos drenados y la piel del cráneo cuidadosamente recolocada para taparle la cara. Carlos había abierto

la cabeza, y el cerebro ahora reposaba sobre un plato metálico, listo para ser examinado con más detalle. La escena era clínica, casi fría, pero Nieves sabía que cada detalle que Carlos había registrado era crucial para el caso.

El forense no dijo nada al principio, concentrado en sus notas y en los instrumentos que tenía sobre la mesa. Nieves se quedó de pie, observando la escena con una mezcla de respeto y curiosidad. Sabía que interrumpirlo no era una opción; Carlos era un hombre que seguía su propio ritmo, y cualquier intento de apresurarlo solo lo haría más lento.

Finalmente, el anciano levantó la vista y la miró por encima de sus gafas.

—Ya he hecho la autopsia. No tenía ganas de esperar y me aburría —dijo el forense con su habitual tono despreocupado y directo. Era famoso por hacer lo que quería y cuando le daba la gana, sin importarle los protocolos ni las expectativas de los demás.

—¿Y bien? —preguntó Nieves, sabiendo que era una batalla perdida intentar sacarle más información de la que él estaba dispuesto a dar. Decidió callar y seguirle el juego, esperando que, con paciencia, obtendría lo que necesitaba.

—La bala ya está en el despacho técnico. Era una bala del calibre 22 —anunció Carlos, sin darle mayor importancia.

Aquello terminó de confirmar las sospechas de Nieves: la pistola había sido plantada. El arma que habían encontrado en la escena del crimen, con las probables huellas de la abogada, era del calibre 9 milímetros. Por tanto, la pistola en la escena no era la que había matado a Julio Matesanz. No tenía sentido. *¿Por qué dejar un arma que no coincidía con el calibre del disparo? ¿Era una pista falsa? ¿O simplemente un error?*

—Por lo demás —siguió el forense, sin percatarse de los engranajes mentales que se activaban en la mente de Nieves—, un hombre que gozaba de buena salud y que era adicto a la cocaína… Parece una contradicción, pero es la pura realidad.

—No me extraña... —murmuró Nieves, más para sí misma que para Carlos.

—El informe de toxicología lo confirma, y además había restos blancos en su nariz. No hay sorpresas. A juzgar por su estado, la adicción era reciente.

—¿A qué hora murió? —preguntó Nieves, tratando de mantener el hilo de la conversación.

—Entre las nueve y las once de la noche —respondió Carlos, con su habitual precisión.

—Mucho antes de que fuéramos... —murmuró Nieves, pensando en cómo encajaba esa información con el resto de la investigación.

—Adiós —dijo Carlos abruptamente, desapareciendo de su despacho con las manos en la espalda, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir y su presencia allí no era requerida.

Nieves se quedó sola en la sala, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas comenzaban a moverse en su mente. La discrepancia en el calibre de la bala era un detalle crucial. ¿Por qué había una pistola de 9 milímetros en la escena si el disparo había sido con un calibre 22? ¿Era una trampa para incriminar a Alicia? ¿O había algo más que no estaba viendo?

Además, la hora de la muerte confirmaba que Julio había sido asesinado mucho antes de que la policía llegara al lugar. Eso significaba que alguien había tenido tiempo de sobra para manipular la escena, para dejar pistas falsas o para asegurarse de que todo apuntara hacia la abogada.

Nieves respiró hondo, sintiendo cómo la frustración y la determinación se mezclaban en su interior. Sabía que el caso no iba a resolverse solo, y que cada detalle, por pequeño que pareciera, podía ser la clave para desentrañar la verdad. Pero también sabía que no podía permitirse el lujo de cometer errores. Tenía que ser meticulosa, paciente y, sobre todo, persistente.

Bajó una vez más la vista al cadáver de Julio Matesanz, allí postrado, completamente indefenso y sin vida. Ese hombre, que en vida había tenido el destino de muchas personas en sus manos, no siempre había tomado las mejores decisiones. Había sido una mala

persona, eso era innegable, pero ahora yacía en una mesa de acero, reducido a un cascarón vacío. Nieves posó su mano sobre el hombro frío del cadáver, sintiendo cómo el contacto con la piel sin vida le recordaba lo efímera que podía ser la existencia.

—Aunque fueras un cabronazo, mereces que alguien te haga justicia —dijo Nieves en voz baja, como si le estuviera hablando directamente al cadáver. Sabía que Julio no podía escucharla, pero esperaba que, en algún lugar, alguien o algo escuchara su promesa. No se trataba solo de resolver un crimen; se trataba de hacer lo correcto, de asegurarse de que la verdad saliera a la luz, sin importar quién fuera la víctima.

Con un gesto tierno, casi maternal, cogió la sábana que estaba al lado de la mesa y cubrió el cuerpo de Julio. Era un acto simbólico, una manera de dar por zanjada su presencia en ese lugar y de cerrar un capítulo, al menos por ahora. Sabía que el caso no terminaría ahí, que aún quedaba mucho por investigar, pero en ese momento, necesitaba hacerlo. Necesitaba recordar que, más allá de los crímenes y las malas decisiones, había una humanidad que no podía ser ignorada.

Nieves se quedó un momento más en silencio, mirando la figura cubierta bajo la sábana. Luego, respiró hondo y se dio la vuelta, saliendo de la sala de autopsias con paso firme.

## 8 DE ABRIL DE 2022. ALICIA.

Alicia aparcó su BMW en el aparcamiento para personal de la prisión de Soto del Real. Había recibido una llamada de un cliente de altos vuelos que ahora estaba entre rejas, fruto de lo que ella consideraba una mala defensa en la vista preliminar. "*Que se aguante*", pensó Alicia al recordar que el hombre había contratado a su competencia en lugar de a ella. Sin embargo, sabía que no podía permitirse el lujo de rechazar un caso, especialmente cuando su reputación estaba en juego.

Dejó su bolso de marca en el escáner y permitió que un guardia le pasara el detector por todo el cuerpo sin tocarle ni una sola vez. Alicia estaba acostumbrada a estos procedimientos, pero nunca dejaban de incomodarla. Una vez cubiertos todos los trámites, la llevaron a una sala para abogados y clientes, un espacio diseñado para garantizar la confidencialidad, libre de escuchas. Se sentó en una silla incómoda y sacó su móvil, usando la cámara frontal para retocarse un poco el pintalabios, que se negaba a permanecer del tono de rojo que había comprado. Era un gesto casi automático, una manera de mantener el control en un entorno que le resultaba hostil.

Al poco rato, la puerta se abrió y apareció un hombre seguido de un guardia. Lo sentaron frente a ella, y Alicia levantó la vista para encontrarse con Julio Matesanz. El hombre, detenido por presunta asociación ilícita, tenía cerca de treinta años, aunque Alicia nunca había sido buena calculando la edad de las personas. Lo que sí notó de inmediato fue su aspecto: pelo rubio natural y rizado, ojos verdes eléctricos que parecían sacados de una revista y una cara que, incluso en esas circunstancias, no estaba nada mal. Su cuerpo, evidentemente trabajado en el gimnasio, se notaba incluso bajo la ropa de marca que llevaba puesta. Hasta iba bien perfumado, algo que a Alicia le resultó casi irónico en un lugar como aquel.

—¿Eres Alicia? – preguntó él con una voz suave y medida, casi como si temiera romper el frágil silencio que envolvía la habitación.

Sus ojos, inquietos, buscaban los de ella, intentando adivinar qué pensaba aquella mujer de mirada fría y gesto impasible.

—Usted es el señor Matesanz – respondió Alicia con tono profesional, pero con una ligera arista de desdén.

Mientras hablaba, guardó el teléfono en su bolso con movimientos precisos, como si cada gesto fuera calculado al milímetro. De su bolso sacó un block de notas impecable y una pluma estilográfica que brilló bajo la luz fluorescente de la sala. "*Una pluma de mil euros*", pensó él, notando el mensaje tácito: ella no era una cualquiera.

—Primero, darle las gracias por venir aquí… – comenzó él, titubeante, como si las palabras le pesaran en la boca.

—No se preocupe–lo interrumpió Alicia, con una sonrisa que dejó ver sus dientes recién blanqueados–. Sé apreciar cuando una persona se equivoca de abogado y quiere que le saque del lío en el que se ha metido.

Su voz era clara, sin rastro de reproche, pero tampoco de empatía. Era una declaración de hechos, nada más.

—Bueno… Tanto como equivocarme… – murmuró él, desviando la mirada hacia la mesa, como si buscara refugio en la madera desgastada.

—Entonces, en ese caso, que pase un buen día, señor Matesanz.

Alicia no perdió tiempo. Cogió sus cosas con la misma eficiencia con la que las había sacado, se levantó y empujó la silla hacia la mesa con un sonido seco que resonó en la habitación. Dio media vuelta, lista para marcharse.

—Está bien, me equivoqué – una voz quebrada surgió a sus espaldas, deteniéndola en seco–. ¿Puede sentarse?

Alicia se detuvo, respiró hondo y se volvió lentamente. Sus ojos se encontraron con los de él, y por un instante, pareció medir su sinceridad. Sin decir una palabra, regresó a su asiento, colocó el

block de notas sobre la mesa y sacó de nuevo la estilográfica, como si fuera una espada desenvainada.

—¿Me puede sacar de aquí? – preguntó él, consciente de que no tenía permiso para tutearla, pero incapaz de ocultar la desesperación que se filtraba en su voz.

—Ya veremos, por ahora no – respondió Alicia, seca, sin levantar la vista del block –. Su abogado anterior la cagó y se va a comer aquí los tres meses de provisional...

—Me cago en la hostia puta... – soltó él, golpeando la mesa con el puño cerrado. La frustración lo desbordaba, y por un momento, pareció olvidar dónde estaba.

Alicia lo miró con frialdad, como si aquel arrebato fuera solo un detalle insignificante en su día a día.

—Es lo que hay... Lo que ahora podemos hacer es tomar decisiones e intentar llegar a un acuerdo, o intentar que los cargos se desestimen. Claro, eso va a depender de si llegamos o no a un acuerdo usted y yo.

—Soy inocente... – insistió él, pero su voz sonó débil, como si ni él mismo se creyera sus propias palabras.

—Julio, soy abogada, sé que no lo eres – respondió Alicia, clavándole una mirada penetrante –. Haz el favor de no tratarme por tonta, yo no soy ninguna abogada de oficio ni ninguna jueza a la que camelarte.

Él bajó la mirada, incapaz de sostenerla.

—Yo... – comenzó a decir, pero las palabras se le atragantaron. El nerviosismo era palpable, como una nube que lo envolvía.

—Julio Matesanz – comenzó Alicia, abriendo la carpeta de papel que había permanecido intacta sobre la mesa hasta ese momento –. Veintinueve años de edad, nacido en Parla, Madrid. Heredaste la empresa cuando tu padre quedó indispuesto por un infarto cerebral, ante la hostilidad de tu hermano mayor, que es cocainómano; tu hermano gemelo, que es un completo inútil adicto a la fiesta; tus

dos hermanos medianos, que son poco más que dos despojos humanos adictos al juego, las putas y las malas cartas; y tu hermana pequeña, que no tiene los estudios necesarios aún. La niña de catorce años quedaba fuera de la ecuación. También tienes a tu hermana Amanda, mucho más joven que tú.

Hizo una pausa dramática, levantando la cabeza de los papeles para mirarlo fijamente y ver su reacción. Sabía que lo que iba a soltar ahora le iba a doler, pero por eso lo hacía.

—Si te sirve de consuelo – prosiguió-, es la que tendría que haber heredado el mando. Pero intuyo que al ser mujer… - Dejó la frase en el aire, cargada de significado, y observó cómo él tragaba saliva, incómodo –. ¿Sigo?

—Pues... – balbuceó él, pero Alicia no le dio tiempo a continuar.

Sigo – sentenció ella, implacable –. Estás detenido por asociación ilícita. No sé en qué momento pensaste que era buena idea el dejarte ver con la mafia italiana en el puerto de Valencia, donde te tomaron estas bonitas fotos. Sacó las imágenes del expediente y las deslizó sobre la mesa con un gesto teatral –. Da gracias a que te han detenido por esto y no por evasión de impuestos desde el año dos mil dieciocho, por el asesinato del capataz de obra de tu rascacielos en Madrid, por tráfico de cocaína en tus camiones y demás. ¿Sigo?

Él abrió la boca para responder, pero ella no le dio opción.

—Sigo. Tienes detrás a la UCO, la unidad de crimen organizado y a homicidios. También tienes una buena cantidad de multas de tráfico sin pagar – lo miró a los ojos con tono de reproche – Con lo que ganas, podrías pagarlas… ¡Qué menos! – añadió-. Como mucho, en dos años estarás en un juicio detrás de otro y pagando una fianza tras otra.

—Si tú lo dices... – murmuró él, derrotado.

—Lo digo, y tráteme de usted, que aún no sé si voy a ser su abogada o no – replicó Alicia, con una frialdad que cortaba como un cuchillo –. Debió quedarse con los negocios de su padre, que eran

más seguros que la deriva que ha tomado usted. En fin, que no se moleste en decirme nada, lo sé todo.

Hizo una pausa dramática, cruzó los brazos y lo miró fijamente.

—Ahora, y quiero que abra bien los oídos y el cerebro, la pregunta es clara: ¿Qué saco yo por defenderle a usted?

El silencio que siguió fue denso, cargado de una tensión que parecía expandirse por la habitación como una niebla espesa. Julio Matesanz se hundió en su silla, como si el peso de la situación lo empujara hacia atrás, mientras Alicia lo observaba con una mirada impasible, casi glacial. Sus ojos no parpadearon, no revelaron nada más que una paciencia calculada, como si fuera consciente de que el tiempo jugaba a su favor. Esperaba una respuesta, una reacción, algo que él aún no sabía cómo articular.

Julio señaló el block de notas que descansaba sobre la mesa, y ella, sin perder la compostura, se lo alargó con un movimiento preciso de su brazo. Él lo cogió junto con el bolígrafo, sintiendo el peso de ambos objetos como si fueran herramientas de un juicio inminente. Durante unos segundos que se le antojaron eternos, permaneció inmóvil, el bolígrafo suspendido sobre el papel, como si las palabras que debía escribir estuvieran atrapadas en un limbo entre su mente y la realidad. Finalmente, trazó un número con una caligrafía temblorosa, fruto de la incertidumbre que lo consumía. Una vez hecho esto, devolvió el block a Alicia con un gesto que denotaba tanto resignación como esperanza.

Ella lo cogió sin prisa, como si cada movimiento fuera parte de un ritual cuidadosamente coreografiado. Sus ojos recorrieron la cifra que él había escrito, y por un instante, un destello de algo — ¿sorpresa? ¿desaprobación? — cruzó su rostro, aunque desapareció tan rápido como había llegado. Sin decir una palabra, extendió la mano hacia Julio, pidiendo el bolígrafo de nuevo. Él se lo entregó, y ella, con un trazo firme y decidido, tachó el número que él había escrito y lo reemplazó por otro. Luego, dio la vuelta al block y se lo mostró con una expresión que no dejaba lugar a dudas: no había espacio para negociaciones.

Julio miró la nueva cifra y una risa seca, casi involuntaria, escapó de sus labios. Era una risa cargada de ironía, de comprensión tardía. En ese momento, supo que no tenía la sartén por el mango, que nunca la había tenido. Alicia estaba en control, y él no era más que un peón en un juego cuyas reglas apenas comenzaba a entender.

—Pues venga... a ver si lo vales —dijo él, con un tono resignado que apenas ocultaba una pizca de escepticismo. Sus palabras flotaron en el aire como un desafío, una prueba que Alicia había enfrentado demasiadas veces como para sentirse intimidada.

Ella no respondió de inmediato. En lugar de eso, mantuvo la calma, sabiendo que cada segundo de silencio aumentaba su ventaja. Había aprendido, a lo largo de los años, que aceptar la primera cifra era un error que podía costarle caro. No solo le restaba valor a su trabajo, sino que también minaba su credibilidad ante hombres como Julio: hombres acostumbrados a negociar, a medir fuerzas, a buscar grietas en la armadura del otro.

Alicia no era de esas que cedían fácilmente. Sabía que su valor no se medía solo en cifras, sino en la firmeza con la que defendía lo que merecía. Y Julio, aunque no lo admitiera, lo sabía también. Por eso su resignación no era más que una máscara, un último intento por mantener algo de control en una situación que ya se le escapaba de las manos.

Ella asintió levemente, sin perder la compostura, y guardó el block de notas en su bolso con un movimiento deliberadamente lento, como si quisiera recordarle que el tiempo también jugaba a su favor.

Alicia extendió el móvil hacia él con un gesto firme, casi imperativo, como si fuera una extensión natural de su autoridad.

—Llame a su gestor —dijo, sin dejar espacio para objeciones—. Y hágame una provisión de fondos del noventa por ciento de lo que le he pedido. Si sobra algo, por supuesto, me lo quedo como bonus.

Julio la miró fijamente, como si buscara en su rostro algún rastro de flexibilidad, alguna grieta por donde colarse. Pero no la encontró. Alicia no era de esas que cedían, y él lo sabía. Con un suspiro que

delataba su resignación, cogió el teléfono y marcó el número. Mientras hablaba con su gestor, su voz sonaba cansada, como si cada palabra fuera un esfuerzo adicional. Alicia lo observaba en silencio, con los brazos cruzados y una expresión que no dejaba lugar a dudas: no había vuelta atrás.

Cuatro días más tarde, Julio estaba en la calle. Pese a las advertencias de Alicia, pese a sus palabras claras y contundentes de que aquello no era posible. Él había tomado una decisión impulsiva al contratar al abogado anterior, quizás movido por la desesperación o por esa arrogancia que a veces lo caracterizaba. El resultado fue el esperado: el fracaso para él y la victoria para la letrada.

Fue así como comenzó aquella relación, marcada desde el principio por la desconfianza y los errores de cálculo. Una relación que, aunque ambos intuían abocada al fracaso, parecían incapaces de evitar. Alicia lo había visto venir. Sabía que hombres como Julio rara vez escuchaban, que creían saber más que los demás incluso cuando las evidencias les gritaban lo contrario. Y él, por su parte, había subestimado a Alicia, pensando que podría controlarla, que podría doblegarla a su voluntad. Pero no fue así. Nunca lo sería.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. JUAN.

Metido dentro del coche, estacionado en un rincón discreto detrás de la Plaza Cervantes, Juan llevaba ya veinte minutos alternando entre cocaína, esnifada con el dedo meñique como si fuera un ritual sagrado, y tragos largos y profundos de una botella de licor premium que había cogido de casa. Eran las nueve de la mañana, una hora absurda para alguien como él, pero el reloj había dejado de tener significado hacía años. Con su estilo de vida y su nivel de adicción, era un milagro que hubiera pasado de los veinte años, y mucho más que hubiera llegado a los treinta. Cualquier otro en su lugar ya habría muerto por sobredosis, o por alguna de esas noches

interminables en las que el cuerpo simplemente dice "*basta*". Pero no él. Él seguía ahí, resistiendo, o más bien sobreviviendo, aunque fuera a base de químicos y alcohol.

No sabía ni por dónde empezar. Su hermana le había encomendado una tarea, algo que, en teoría, debería ser sencillo, pero que a él le parecía una montaña imposible de escalar. No quería defraudarla, sobre todo porque ella era, probablemente, la próxima jefa de la empresa familiar. Una máquina que generaba millones de euros al año, un legado que nadie en su sano juicio confiaría a alguien como él. Lo sabía. En unos meses, la habría llevado a la quiebra. No por maldad, sino por pura incompetencia.

Estaba a punto de salir del coche cuando una pareja de policías locales apareció caminando tranquilamente por la calle, hablando entre ellos sin prestar atención a nada en particular. En ese instante, Juan se agachó instintivamente, desapareciendo detrás del salpicadero. No sabía muy bien por qué lo hacía; no había hecho nada malo, al menos no recientemente. Pero la paranoia era un efecto secundario habitual de la cocaína, y su mente, ya de por sí desordenada, se llenó de escenarios catastróficos. Respiró hondo, intentando calmarse, y comenzó a contar hasta diez para bajar las pulsaciones, pero con la cantidad de polvo blanco circulando por sus venas era absolutamente imposible que su cuerpo obedeciera. El corazón le latía como si quisiera salirse del pecho.

Finalmente, se bajó del coche, no sin antes dar un último trago a la botella y una dosis más por la nariz. El líquido ardía al bajar por su garganta, mezclándose con el sabor amargo de la cocaína. Caminó hacia la mitad de la plaza, mirando a su alrededor con desdén. "*Aquí solo viven paletos y muertos de hambre*", pensó su mente nublada por la droga y el desprecio de quien está acostumbrado a vivir en La Moraleja rodeado de lujos y privilegios. Todo le parecía cutre y decadente, aunque la realidad era que él rara vez salía de su burbuja: su urbanización privada, sus clubes exclusivos, su mundo de altos vuelos. Para él, cualquiera que no viviera en esos círculos, era digno de su desprecio.

Miró a un lado y a otro de la calle, pero no había nada que le diera una pista por dónde empezar. En el fondo, sabía que su

hermana le había encomendado la tarea al más inútil de los hermanos. Hasta la niña de dieciséis años de la familia lo habría hecho mejor que él. Era consciente de su incompetencia, pero eso no le impedía seguir adelante, aunque fuera a trompicones.

Fue entonces cuando, como por arte de magia, la vio aparecer. Ella caminaba apresurada por una de las calles, nerviosa, luchando con una bufanda mal enrollada y una gorra que a él le pareció cutre y ridícula. Pero no era su vestimenta lo que le llamó la atención, sino lo que representaba: una oportunidad. Sintió el tacto frío de la pistola en su cintura, y un impulso repentino lo llevó a moverse hacia ella. Contra todo pronóstico, la suerte parecía estar de su lado.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

El runrún del motor de la furgoneta era el único latido en el silencio opresivo que la envolvía. Alicia, sumida en un mar de papeles desparramados sobre el asiento del copiloto, sentía el peso del caso como una losa. Horas de análisis solo le habían dejado una certeza: su cliente era un mal bicho, y la lista de quienes deseaban

verlo muerto era tan larga como siniestra. Un déspota del dinero y el poder que trataba a las personas como peones desechables.

Entonces, como un rayo en una noche cerrada, la lógica emergió del caos. Los ricos siempre mueren por dinero. Siempre. Ese pensamiento brutal podó drásticamente la lista de sospechosos. Y había un segundo detalle, más sutil pero igual de letal: el asesino quería que encontraran el cadáver. Necesitaba un chivo expiatorio, alguien a quien señalar para escapar limpio. Eso descartaba a los matones comunes; este crimen olía a cálculo, a paciencia, a inteligencia fría.

Su mente, afilada como una navaja, comenzó a trazar conexiones invisibles. *¿Y si el objetivo no era uno, sino dos? ¿Una venganza maquiavélica que los destruyera a ambos?* La idea era seductora, pero al final, todas las flechas apuntaban a un solo nombre: Amanda. La hermana. La única que se beneficiaba directamente, la única con el motivo, la oportunidad y la sangre fría para urdir un juego tan sucio.

Pero una intuición no es una prueba. Necesitaba algo tangible, algo que ubicara a Amanda en la escena del crimen. Y en un edificio sin cámaras, en una zona de tiendas ancladas en el pasado, solo se le ocurrió una posibilidad: los boletos del garaje de la Plaza del Mercado. Un lugar que, irónicamente, era en parte suyo. Amanda no caminaba; se movía en coche. Y si su coche había estado allí aquel día... Era un hilo del que tirar, tan fino que casi resultaba invisible, pero era el único que tenía.

Una hora después, el chirrido de sus ruedas sobre el cemento de la última planta del garaje le erizó la piel. Apagó el motor. En el súbito silencio, solo se escuchaba el goteo lejano de una tubería. Con dedos ágiles, extrajo los boletos del depósito de la máquina de entrada, una carcasa metálica y fría. Su tacañería al negarse a modernizarla, ahora, podía ser su tabla de salvación. Desechó todas aquellas que correspondían con días anteriores y con varias horas posteriores al asesinato. Una vez hubo descartado todas ellas, se quedó con veinte boletos que correspondían exactamente con la franja horaria en la que sucedió todo. Pero al mirar las veinte

matrículas anónimas, un escalofrío la recorrió. No tenía forma de comprobarlas. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Solo alguien con acceso al sistema de tráfico podía esclarecer a quién pertenecían aquellos coches.

La frustración la dobló sobre sí misma, sentada en el bordillo de la acera del garaje. Entre esos trozos de papel estaba su vida, y no podía leerla. Necesitaba ayuda. Y solo una persona podía dársela ahora: la investigadora a cargo del caso. Una mujer de la que solo conocía su reputación implacable y metódica. Necesitaba contactar con ella, hacerle llegar esos trozos de papel que podían exculparla. Metió todos los trozos en un sobre que rescató de su bolso y escribió con manos temblorosas el nombre de la inspectora y la dirección de la comisaría. Sólo se le ocurría hacerlo de una forma sin ser descubierta.

Cruzó la Plaza Cervantes con paso rápido, sintiendo el peso del sobre en su mano como si fuera una bomba a punto de estallar. El edificio de correos, amplio y con un aire nostálgico, estaba casi vacío. En el mostrador, una empleada de estética gótica y actitud displicente mascaba chicle con intensidad bovina mientras revisaba sus redes sociales sin importarle lo más mínimo la clientela.

—¿Has cogido turno? —preguntó, sin levantar la vista del móvil.

—No, pero no hay nadie —argumentó Alicia, haciendo un gesto amplio hacia la sala desierta.

—Sin turno no la atiendo —replicó la joven con una frialdad burocrática que resultaba exasperante.

Alicia, con la paciencia hecha trizas, sacó el turno y esperó cinco minutos eternos bajo la mirada burlona de la empleada. Finalmente, le entregó el sobre con los boletos y la nota para la investigadora.

—¿Qué quiere hacer con eso?

—Pues mandarlo por correo certificado urgente, como le dije antes —respondió Alicia, conteniendo la irritación que le hervía en las venas.

La joven la escrutó de arriba abajo, dudando de que pudiera pagar el servicio, y luego tecleó con una lentitud deliberada.

—Son trece euros. ¿Sigues interesada? — preguntó de manera ofensiva.

—Claro que sigo interesada y claro que puedo pagarlo.

—¿Efectivo o tarjeta? – dijo mirándola incisivamente.

Alicia dudó. La tarjeta dejaba un rastro digital que saltaría todas las alarmas de la Policía Nacional, pero era la forma más rápida de que supieran que seguía viva y que, de alguna manera, estaba intentando colaborar con ellos. Arriesgándose, pasó la tarjeta. Era una declaración de intenciones. Que supieran que ella también se movía. En los segundos que el datáfono terminó en reaccionar ella ya se esperaba lo peor. Pensaba que en cualquier momento alguien saldría de una sala contigua y la detendría, o que emitiera una señal de alerta y la retuvieran allí, pero nada de eso sucedió.

El recibo del pago salió con un sonido metálico y ella lo agarró con dos manos con un alivio inmenso. Se lo guardó en el bolsillo y, antes de irse, miró a la empleada con asco.

—Gracias por nada – dijo sin esperar una respuesta.

—Muerta de hambre… —susurró la trabajadora pensando que no la había escuchado.

Al salir a la plaza, el calor de la adrenalina la obligó a quitarse la gorra y la bufanda. Avanzó con paso discreto hacia la calle lateral del garaje, pero al acceder a ella, un sexto sentido, una alarma visceral, le gritó que se detuviera.

Se volvió ligeramente y lo vio. Un hombre demacrado, con la mirada vidriosa y perdida, la seguía con la persistencia sombría de un sabueso. Sus pasos eran irregulares, arrastrados. Y entonces, en un golpe de lucidez aterradora, lo reconoció: era Juan, el hermano de la víctima. La droga y el dolor le habían nublado la razón, y ahora buscaba una venganza simple y brutal por la muerte de su hermano.

El pánico, agudo y electrizante, le ordenó correr. Entró en el garaje y se deslizó como una sombra bajo una rampa,

escondiéndose entre los bajos de dos furgonetas. El olor a gasolina y moho le llenó las fosas nasales. Contuvo la respiración, ahogando el sonido de su propio corazón, que martilleaba sus oídos como un tambor de guerra.

*Clip-clop. Clip-clop.*

Los pasos de Juan resonaron, lentos y deliberados, golpeando el suelo de cemento. No eran los movimientos erráticos de un drogadicto, sino los de un cazador que sabe que su presa está acorralada. Alicia apretó los puños hasta que le dolieron los nudillos, clavando la vista en el suelo. Primero vio sus zapatos. Luego, los bajos de sus vaqueros. Y, entonces, la mano. La mano derecha, que sostenía una pesada pistola negra, colgando lánguidamente a su lado.

Él se detuvo a escasos metros. Alicia podía oír su respiración, un resuello húmedo e irregular de alguien que lleva en la sangre más de lo que debería. Él olfateaba el aire, como si pudiera sentir el calor de su miedo.

La mente de Alicia, enloquecida, buscó una salida. Sus ojos escudriñaron la oscuridad y encontraron una lata de refresco vacía. Sin pensarlo, con un movimiento felino, la lanzó con fuerza al otro extremo del nivel.

*¡CLANG-CRASH!*

El estruendo metálico, amplificado por el eco, fue ensordecedor. Juan se giró bruscamente hacia el origen del ruido, gruñendo una maldición ininteligible. Alicia no esperó. Con la agilidad de la desesperación, reptó por el suelo frío y aceitoso hacia la puerta de las escaleras. La abrió con un cuidado milimétrico y se coló dentro.

No caminó; voló por las escaleras, saltándose los peldaños de dos en dos. Al llegar a su planta, jadeante, se lanzó dentro de la furgoneta. El motor rugió al primer intento, un sonido hermoso y poderoso. Pisó el acelerador y la furgoneta salió disparada hacia la salida.

Pero el destino es cruel. Al tomar la curva de la segunda planta, los faros iluminaron de lleno la figura demacrada de Juan, plantado en medio de la rampa como un espectro vengativo. Sus ojos, vacíos y llenos de odio, se clavaron en los de ella a través del parabrisas.

El tiempo se detuvo.

Ella pisó el freno, las ruedas chirriaron. Él, con movimientos de sonámbulo, levantó el arma. Dos fogonazos cegadores iluminaron la penumbra del garaje, seguidos por el estampido seco y brutal que retumbó en el espacio cerrado.

*¡BANG! ¡BANG!*

El cristal lateral de la furgoneta estalló en una lluvia de diamantes. Alicia sintió un latigazo ardiente en el brazo, un dolor agudo y punzante que le hizo gritar. Pero el instinto de supervivencia era más fuerte. Cambió el pie del freno al acelerador y lo pisó a fondo. El motor rugió y la furgoneta se lanzó hacia delante como un toro enfurecido.

El impacto contra el cuerpo de Juan fue sordo y brutal. Lo vio rodar sobre el capó con los ojos desencajados por el shock, antes de caer y desaparecer de su vista por el retrovisor. No miró atrás. Siguió conduciendo, esquivando pilares, con el viento silbando a través del cristal roto y una mancha carmesí expandiéndose lentamente sobre la manga de su chaqueta.

La pesadilla no había terminado. Solo acababa de comenzar.

## AGOSTO DE 2020. NEREA.

Después de descubrir que Víctor no era un hombre de una sola mujer, Nerea tomó la decisión de distanciarse. No quería seguir atada a alguien mucho más joven a quien siempre había considerado un *affaire* pasajero. Permitir que aquella relación superficial le robara más tiempo y energía se había vuelto inconcebible. Decidió centrarse en lo que realmente importaba: su vida, su trabajo y, sobre todo, recomponer los pedazos de su orgullo herido.

Sin embargo, ese orgullo reconstruido a base de fuerza de voluntad no lograba apagar del todo el leve escozor de la decepción. Era una astilla clavada en lo más profundo de su mente, un recordatorio constante de que, a pesar de su determinación, había algo que no terminaba de cerrarse. La juventud de Víctor, su desparpajo, su falta de compromiso... todo seguía dando vueltas en su cabeza, incluso cuando intentaba convencerse de que ya lo había superado.

Nerea estaba en su despacho dejando que el tiempo fluyera perezosamente hasta la hora de salida. Era agosto, y en la residencia universitaria reinaba una calma calculada, como el susurro de una tormenta que amenaza, pero no termina de estallar. La mayoría de los estudiantes se habían marchado y el edificio, con las reformas de verano ya completas, parecía sumido en un letargo casi fantasmal. Las paredes recién pintadas, relucientes y limpias, parecían vacías de propósito.

*"No sé ni para qué me tienen aquí",* pensaba cada día de ese infernal mes de calor y monotonía. El trabajo escaseaba, y las horas se le hacían eternas.

Con un suspiro, se acercó a la ventana. Desde allí, podía ver el patio vacío, donde normalmente los estudiantes se reunían. Ahora, solo había un silencio que reflejaba su estado de ánimo. *"Bueno, al menos tengo tiempo para mí",* murmuró para sí misma, aunque en el fondo sabía que necesitaba algo más: cerrar ciclos, dejar ir lo que ya no le pertenecía.

De vuelta en su silla, sacó el teléfono móvil que guardaba en el cajón e intentó distraerse con la historia de *Wattpad* que solía leer. Pero aquel día, las palabras le parecieron vacías, incapaces de llenar el vacío que sentía. Finalmente, lo dejó a un lado con un suspiro de frustración y aburrimiento.

Cogió su taza y se dirigió a la máquina de café. Observó, hipnotizada, el fino chorro oscuro que llenaba la taza en una cadencia reconfortante. El aroma a café recién hecho flotaba en el aire, y por un momento, el simple acto de ver cómo se llenaba pareció detener el ruido constante de sus pensamientos.

Cuando volvió a su despacho, se detuvo en seco. Ahí estaba él. Víctor. Sentado en su silla, con esa sonrisa desvergonzada que antes le había parecido atractiva, pero que ahora le resultaba insoportable. Como no le había respondido a ninguna de sus llamadas, había decidido presentarse allí, invadiendo su espacio.

Nerea sintió cómo el corazón le latía con fuerza, una mezcla de ira, sorpresa y, aunque no quería admitirlo, algo de alivio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con una voz más firme de lo que esperaba.

Víctor se encogió de hombros.

—No contestabas mis llamadas… Pensé que sería mejor vernos en persona.

—No tienes derecho a aparecer así, Víctor. Esto ya terminó.

—¿Terminó? —preguntó, con un tono que pretendía ser despreocupado—. No creo que las cosas terminen así, Nerea. Tú y yo... tenemos algo.

—No, Víctor. Lo que teníamos ya no existe.

La tensión en el ambiente se hizo palpable. Nerea sintió cómo su estómago se encogía. Sabía que el momento de enfrentarle había llegado.

—Víctor —comenzó, dejando la taza sobre la mesa y apoyándose en el archivador—. Lo he estado pensando mucho y creo que lo mejor es que acabemos.

Él arqueó una ceja, confuso.

—¿Esto?
—Sí. Esto de vernos fuera del trabajo. Lo nuestro.
—No lo entiendo, Nerea…
—Pues yo sí —su voz sonó firme, aunque en el fondo temblaba—. Eres más joven que yo. Te estás viendo con otras mujeres. Y no tenemos nada en común.

Él la observó en silencio, pero entonces, con una frialdad que la desarmó, soltó:

—¿De verdad creías que eras la única? Por Dios, Nerea, podrías ser mi madre.

El golpe fue certero. Nerea sintió cómo algo dentro de ella se quebraba, pero se obligó a mantener la compostura.

—Por eso mismo debemos terminar —dijo con calma—. Es mejor antes de que nos hagamos más daño.
—No —la palabra salió de sus labios como una orden, tajante y fría.
—Víctor… Sé razonable.

Él se levantó lentamente. El aire se volvió pesado, opresivo.

—Al final, soy tu jefe —su voz tenía un filo autoritario y amenazante.

Nerea sintió cómo la sangre se le helaba en las venas, pero se negó a ceder.

—Si es así, entonces tendré que dejar el trabajo.

Víctor la observó durante unos segundos eternos. Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Al menos… ¿me darías un abrazo? —dijo, con una sonrisa ladeada que intentaba parecer tierna.

Ella lo miró, desconcertada. Por un instante, recordó los momentos dulces que habían compartido. Y, aunque sabía que todo debía terminar, su corazón flaqueó.

—Claro, tonto —respondió, sin darse cuenta de que sonaba a reconciliación.

Se acercó y se fundieron en un abrazo cargado de emociones contradictorias. Pero cuando Víctor le agarró la cara con expresión cariñosa, Nerea sintió que el momento se volvía demasiado íntimo, demasiado peligroso. Él intentó besarla. Ella se separó bruscamente.

—¡Víctor, he dicho que no!

El cambio en su rostro fue instantáneo. La máscara de amabilidad se resquebrajó, dejando al descubierto una rabia pura y primitiva. Antes de que Nerea pudiera retroceder, la mano de Víctor se enredó en su cabello con fuerza brutal, tirando de su cabeza hacia atrás hasta que el cuello le crujió. El dolor, agudo y punzante, le nubló la vista por un instante.

—¿Crees que puedes decirme que no a mí? —escupió las palabras, y su aliento le golpeó el rostro.

No hubo advertencia. El primer golpe, una bofetada seca y sonora, le estalló en la mejilla con la fuerza de un latigazo. El impacto, más que dolor, fue una explosión de luz blanca y desorientación. Cayó de rodillas, la piel de su rostro le ardía como si la hubieran prendido fuego. Intentó gatear, arrastrarse hacia la puerta, pero un puntapié en las costillas le cortó la respiración, enviándole una oleada de náuseas.

Con un esfuerzo sobrehumano, estiró el brazo hacia el pomo de la puerta, los dedos temblorosos a centímetros de la libertad. Pero él fue más rápido. La agarró de nuevo del pelo y la incorporó a la fuerza. El segundo golpe, más fuerte y calculado, la hizo girar sobre sí misma y estrellarse contra el borde metálico del escritorio. Un crujido sordo retumbó en su cráneo y un calor espeso y metálico

inundó su boca y su nariz. La sangre, primero un hilo y luego un reguero, manchó su blusa y salpicó el suelo limpio.

Aturdida por el dolor y el shock, vio cómo Víctor se desabrochaba el pantalón con una calma aterradora, sus ojos fijos en ella con una posesión vacía. *"Así es como más me gustan"*, musitó con una voz que ya no era humana. *"Sumisas y calladas".* Cuando sus manos ásperas agarraron su cabeza para forzarla hacia su entrepierna, el instinto de supervivencia estalló en Nerea con la fuerza de una bomba. Liberó un brazo y, con toda la fuerza que le quedaba, le golpeó en la ingle.

Víctor emitió un gruñido ahogado y se dobló. Nerea no lo pensó. Se arrastró, gateó, impulsada por un pánico ciego. Sangrando, jadeando, consiguió alcanzar la puerta y abrirla. Un grito ronco y desgarrado salió de su garganta, pidiendo ayuda a una residencia vacía. Pero la esperanza duró un suspiro. Una mano férrea se cerró alrededor de su tobillo y tiró de ella con una fuerza descomunal. Sus dedos se aferraron al marco de la puerta, pero fue inútil. Sintió un dolor lacerante en dos uñas que se partieron con un chasquido seco antes de que sus dedos resbalaran. La puerta se cerró de golpe. El sonido del pestillo al correrse resonó como un disparo en el silencio. Estaba atrapada.

Víctor, con el rostro contraído por una furia demoníaca, se abalanzó sobre ella. Ya no había palabras, solo el impacto sordo de sus puños, el crujido de sus propios huesos bajo la embestida, el frío del suelo contra su mejilla magullada. Nerea dejó de luchar. El dolor era un océano en el que se estaba ahogando. Lo último que vio, antes de que la oscuridad la reclamara, fue la silueta de Víctor despojándose de su ropa interior, sus ojos brillaban con un vacío que no era humano, mientras se alzaba sobre ella, dueño y señor de su pesadilla.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. CARMEN.

El corazón de Carmen latía con tal fuerza que parecía querer escupirse de su pecho. Respiró hondo, proyectando una calma que no sentía, pero cada uno de sus pasos resonaba en su mente como una advertencia. Al escudriñar la calle, su mirada, que pretendía ser casual, confirmó lo que ya sabía: ahí estaban. Dos agentes de la Policía Nacional, apostados en un vehículo a pocos metros, fingiendo no observarla.

Los había detectado la noche anterior. Siempre a una distancia prudente, siempre con una discreción profesional que, sin embargo, no lograba engañarla. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras apretaba los labios, conteniendo un torrente de maldiciones. *Me cago en la leche*. El rugido interno de rabia y frustración burbujeaba bajo su superficie, pero no podía perder el control. No ahora. Su plan original, sin embargo, se veía comprometido. La presencia de los agentes lo complicaba todo.

Subió a su coche y arrancó el motor con un rugido sordo. Como había anticipado, en cuestión de segundos, los policías hicieron lo mismo. Inició un meticuloso juego de ajedrez sobre el asfalto de la A-2, cada cambio de carril y cada curva eran calculados con precisión milimétrica. Por el retrovisor, los veía seguirla con sigilo profesional, y la tensión se apoderaba de su cuerpo enroscándose en sus hombros.

Sabía que no podría ejecutar su misión con ellos pisándole los talones. Tenía que despistarlos. Tras varios kilómetros de conducción impecable, tomó una salida hacia una zona industrial de calles desiertas y callejones sin salida. Una apuesta arriesgada. Pero el coche de los agentes tomó la salida detrás de ella sin perderla de vista.

El trayecto a Madrid fue un torbellino de cálculos frenéticos. Se adentraba en terreno peligroso. Había solicitado un expediente específico al registro central semanas atrás, una petición que fue rechazada de inmediato. Su oportunidad llegó con un descuido calculado: camufló la solicitud entre un montón de documentos que

su jefa, con excesiva confianza, firmó sin leer. Un riesgo enorme que ahora dependía de su capacidad para moverse entre sombras.

Aparcó en una calle tranquila de Vicálvaro. Los policías se detuvieron unos vehículos más atrás, observando. Carmen cerró su coche con un movimiento rápido y ajustó el bolso bajo el brazo, un gesto instintivo en un barrio donde los robos eran frecuentes. Con pasos firmes, se dirigió a una cafetería cercana.

Una vez dentro, pidió el café más elaborado del menú, una estratagema para ganar tiempo mientras analizaba el local y el empleado maldecía en silencio las múltiples elaboraciones. Ella no bebía café, pero eso era lo de menos. Sus ojos, disimuladamente, barrieron la sala hasta encontrarlos: los dos agentes, ahora en la cola, fingían revisar sus teléfonos. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios. *Así que no se rinden…*. Tampoco lo haría ella.

Se sentó en una mesa junto a la ventana con visión de la calle y de sus perseguidores. Cada sorbo era un gesto calculado, un segundo extra para que su mente trazara el siguiente movimiento. No podía permitirse un error.

Poco después, Carmen entraba en el juzgado. El ambiente frío y metódico le revolvía el estómago. Las paredes blancas y los suelos de mármol pulido reflejaban una luz artificial demasiado cruda que contrastaba con la oscuridad de sus intenciones. Se acercó a un auxiliar judicial, un hombre bajito y calvo que tecleaba con furia, los golpes secos de las teclas rompían el silencio como martillazos sobre sus nervios.

Esperó, aparentando una calma que no sentía. La tensión se acumulaba en su pecho mientras observaba a funcionarios, abogados y ciudadanos, todos ajenos a su lucha particular.

Tras una espera que se le hizo eterna, un hombre enjuto, con un traje gris que le bailaba en el cuerpo, apareció por el pasillo. En sus manos llevaba un sobre marrón, grande y grueso, que parecía contener mucho más que papeles. Carmen sintió un nudo en la garganta al verlo acercarse. El sobre parecía pesar con el lastre de todas las consecuencias.

—Firme aquí —dijo el hombre sin preámbulos, extendiéndole un formulario.

Su mano tembló levemente al firmar, pero mantuvo la compostura. Tomó el sobre, y el tacto áspero del papel bajo sus dedos fue un recordatorio de que no había vuelta atrás. Asintió con un gesto seco y el hombre se alejó con la misma discreción con la que había llegado.

Salió del juzgado sin mirar atrás, aunque sabía que las miradas de los agentes la atravesaban. *Solo un paso más, Carmen, solo uno más*, se repitió, mientras sus pasos resonaban en la escalera, marcando el ritmo de lo que estaba en juego.

Dentro de su coche, la sensación de ser observada persistía, pero ahora se veía opacada por la urgencia de descubrir el contenido del sobre. Con dedos ansiosos, rasgó el borde y extrajo un taco de papeles que parecía interminable. Durante más de una hora, devoró cada línea, cada nombre, cada fecha. El aire en el habitáculo se volvió espeso, sofocante, mientras las piezas de un rompecabezas complejo y oscuro empezaban a encajar.

A medida que avanzaba, una furia fría y abrasadora creció en su pecho. Sus dedos se crisparon alrededor de las hojas, pero se obligó a contener la tormenta. No podía perder el control. No aún.

Al final, lo encontró. Apartó todos los papeles excepto uno. Un simple folio que contenía la verdad que necesitaba. Lo dobló con cuidado meticuloso y lo guardó en el interior de su chaqueta, como un talismán, un secreto que solo ella custodiaría. Su mirada se desvió hacia el asiento trasero, donde el resto de los documentos yacían esparcidos, y luego se elevó hasta el espejo retrovisor.

Allí, a distancia, la vigilaban los policías. Pero ahora, todo cobraba sentido. Una claridad gélida y determinante la invadió, quemándole las entrañas. Sabía lo que tenía que hacer. Ya no sería una pieza en el tablero de otro.

*"Se acabaron los juegos."* Susurró para sí misma, arrancando el motor. *"Ahora me toca a mí."*

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

—¡Nieves! —gritó Marcos desde el otro lado del despacho con el tono elevado que ya era su marca personal—. ¡Tienes correo!

Nieves respiró hondo antes de entrar. La puerta del despacho de Marcos estaba entreabierta, y desde el umbral podía ver el caos que reinaba en su interior. Marcos era brillante, un joven que había ascendido en el cuerpo con una rapidez que despertaba admiración y envidias a partes iguales entre sus compañeros, pero su descontrol en las formas la sacaba de quicio. Él vivía a un volumen de voz alto perpetuo, como si el silencio fuera un enemigo al que había que derrotar a gritos, algo que contravenía por completo la obsesión de Nieves por el orden y la tranquilidad. Y el caos de su escritorio... Ni siquiera quería mirarlo. Montañas de papeles apilados de forma precaria, tazas de café abandonadas con restos secos en el fondo, notas adhesivas a medio pegar por todas partes —incluso en la lámpara—, como si el desorden fuera una declaración de principios.

Sin embargo, en medio de ese caos aparente, Marcos cumplía con su trabajo de forma impecable. Era como si el desorden fuera una extensión de su método de trabajo, un sistema que, aunque parecía caótico, había demostrado ser tremendamente efectivo. Nieves lo había visto resolver problemas que dejaban perplejos a los demás, encontrar soluciones innovadoras donde otros solo veían callejones sin salida. Y eso, aunque no quería admitirlo, le impresionaba.

Pero lo que más la inquietaba era lo otro. Lo que no se atrevía a decir en voz alta, ni siquiera a sí misma: Marcos le resultaba terriblemente atractivo. Esa combinación de inteligencia, juventud y un descaro controlado tenía un efecto en ella que detestaba admitir. Desde lo que le había ocurrido en el pasado, Nieves no confiaba en ningún hombre. Y Marcos, con su actitud despreocupada y su falta de respeto por las normas no escritas, solo reforzaba esa barrera que ella había construido con tanto cuidado. Pero era verlo, y un calor interno aparecía en ella como llevaba años sin hacer acto de presencia. Ese tono de piel moreno, sus ojos verdes que parecían ver más allá de lo evidente, su forma de vestir —siempre informal,

pero con un toque de elegancia—, incluso su olor, una mezcla de colonia fresca y café recién hecho... Vamos, le gustaba todo de él.

Nieves se obligó a sacudirse esos pensamientos. No podía permitirse el lujo de distraerse, no con él. Entró en el despacho con una expresión seria, decidida a mantener la profesionalidad por encima de todo.

—¿Sabes hablar en un tono normal? —le dijo mientras entraba en el despacho con su café y un sobre de azúcar, mirándolo de reojo con la misma mezcla de irritación y curiosidad de siempre.

—Encima de la mesa lo tienes —respondió él, señalando un sobre marrón sin levantar la vista del expediente que revisaba y haciendo caso omiso del reproche que le había lanzado su compañera.

Marcos estaba absorto en la lectura de unos papeles. Cada vez que leía un documento, parecía desconectarse del mundo, concentrado como un francotirador apuntando a su blanco. Nieves suspiró, dejó el café sobre su mesa y se permitió un momento de duda antes de mirar el sobre. *"Otra citación, seguro"*, pensó con desagrado. Pero antes de que pudiera tocarlo, el teléfono sonó, salvándola temporalmente del contenido de la misiva.

—Nieves, hermosa, soy Jaime —la voz del técnico de pruebas era inconfundible.

—Bueno, hermoso... —respondió con un deje de ironía.

Jaime era brillante, un hombre de múltiples talentos que hablaba con una familiaridad desarmante. Era de esas personas que, desde el primer momento, te hacían sentir como si lo conocieras de toda la vida. Su voz, cálida y llena de entusiasmo, tenía la capacidad de envolverte en una conversación como si fuera una manta reconfortante. Pero lo que realmente impresionaba de él era su mente. Con cinco carreras universitarias a sus espaldas, Jaime era un testimonio viviente de lo que podía lograr alguien con una curiosidad insaciable y una disciplina férrea. No solo era inteligente; era un erudito en múltiples materias, desde la filosofía hasta la

ingeniería, y podía saltar de un tema a otro con una facilidad que dejaba a cualquiera boquiabierto.

A primera vista, podía parecer un poco gañán, con su pelo despeinado y su ropa siempre un poco arrugada, como si hubiera salido corriendo de casa sin mirarse al espejo. Pero esa apariencia descuidada escondía a un hombre profundamente cultivado, alguien que podía citar a Nietzsche en una discusión sobre ética y, al minuto siguiente, explicar los principios de la termodinámica con una claridad que hacía que hasta los conceptos más complejos parecieran simples. Con Jaime, se podía hablar de todo: desde los últimos avances en inteligencia artificial hasta las obras más oscuras de la literatura rusa del siglo XIX. Y lo hacía con una pasión que era contagiosa, como si cada tema fuera una aventura que valía la pena explorar.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención de Jaime no era su intelecto, sino su humanidad. A pesar de sus logros académicos y su vasto conocimiento, nunca hacía alarde de ello. Al contrario, tenía una humildad que lo hacía aún más admirable. Escuchaba con atención, hacía preguntas inteligentes y siempre encontraba la manera de hacer que los demás se sintieran valorados. Era, en resumen, una de esas personas raras que lograban ser impresionantes sin resultar intimidantes.

Pero detrás de esa fachada de hombre cercano y amable, había algo más. Algo que no todos podían ver. Jaime tenía una profundidad emocional que solo mostraba a quienes realmente lo conocían. Era un hombre que había vivido, que había experimentado tanto la luz como la oscuridad, y eso se reflejaba en su manera de ver el mundo. No era solo un intelectual; era un ser humano complejo, lleno de matices y contradicciones, y eso era lo que lo hacía verdaderamente fascinante.

—He revisado la pistola, aunque no hace falta que te diga que no es el arma del crimen, ¿no? —dijo Jaime, con esa voz calmada pero llena de autoridad que siempre usaba cuando hablaba de su trabajo.

—No, no hace falta. Los calibres no coinciden —respondió Nieves, sosteniendo el teléfono con una mano mientras con la otra

jugueteaba nerviosamente con un bolígrafo sobre su escritorio.

—Exacto. El arma está registrada a nombre de la abogada, pero parece que nunca ha sido disparada. Con respecto a la bala, es del calibre 22 y parece que fue disparada con silenciador. Las estrías lo confirman.

Nieves se mordió el labio inferior, sintiendo cómo la frustración comenzaba a apoderarse de ella.

—¿Hay coincidencias? —preguntó, esperando de corazón que Jaime dijera que sí y que el caso diera un giro radical.

—No, lo siento —respondió él, y Nieves soltó un bufido de aire que delataba su desesperación.

—Una cosa menos... —murmuró casi para sí misma, mientras apoyaba la frente en la mano.

—Pero hay algo interesante con las tazas —dijo Jaime, cambiando el tono de voz, y Nieves sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Se incorporó en su silla, sujetando el teléfono con más fuerza y completamente excitada por lo que se avecinaba.

—¿Qué encontraste? —preguntó, intentando mantener la calma, pero sin poder ocultar la expectación en su voz.

—Lo que había dentro de las tazas era café, nada fuera de lo común. El ADN de una de ellas es de la víctima; el otro corresponde con el ADN de los pelos del butacón. Imagino que de la abogada.

—Tiene sentido —asintió Nieves, aunque su mente ya estaba corriendo hacia la siguiente pista.

—Pero escucha esto: en la taza que usó la abogada, encontré un compuesto químico adormecedor. La dosis era tan alta que habría noqueado a cualquiera en cuestión de minutos.

Nieves contuvo el aire, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza.

—¿Qué compuesto? —preguntó, casi sin aliento.

—Rohypnol. Solo en esa taza, no en la otra. Es muy extraño. Es como si alguien deliberadamente hubiese querido dormir a la

abogada.

Las palabras de Jaime resonaron en la mente de Nieves como un eco. El Rohypnol, una droga conocida por sus efectos sedantes y amnésicos, no era algo que se encontrara en una escena de crimen por casualidad. Esto cambiaba todo.

—Esto... esto es enorme, Jaime —dijo mientras su mente comenzaba a conectar los puntos. —Si la abogada fue drogada, entonces no pudo haber sido ella quien disparó. Alguien más estuvo allí. Alguien que quería asegurarse de que ella no interfiriera.

—Exacto —confirmó Jaime con un tono que denotaba satisfacción por haber encontrado algo significativo. — También existe la posibilidad que ella lo matara y, sin saber explicar muy bien el cómo ni el por qué, luego se echara esa droga en el café para dormirse…

—Suena raro, ¿no? – preguntó Nieves buscando confirmación.

—Hermosa, yo ya no sé ni lo que es raro ni lo que no… He visto de todo…

Nieves se reclinó en su silla, sintiendo cómo una oleada de adrenalina la recorría. Por primera vez en días, sentía que el caso estaba tomando un rumbo claro. Sabía que no sería fácil, pero también sabía que estaban un paso más cerca de la verdad.

Las piezas comenzaron a encajar y, al mismo tiempo, a desmoronarse en su mente. Nieves apretó los labios, sumida en un mar de preguntas que no parecían tener respuestas claras. ¿Por qué drogar a la abogada y no al mafioso que era claramente más peligroso? ¿Era una forma de incriminarla, de asegurarse de que fuera ella quien cargara con la culpa? ¿O simplemente querían sacarla del juego, neutralizarla sin matarla? Las posibilidades se acumulaban, pero ninguna ofrecía una explicación definitiva. Cada pregunta parecía abrir una nueva puerta, y detrás de cada puerta había más incógnitas.

—¿Estás? —preguntó Jaime, interrumpiendo su flujo de pensamientos.

—Sí, perdona... —respondió Nieves, sacudiéndose la niebla mental—. ¿Algo más?

—Sí —continuó Jaime, con ese tono metódico que tanto la tranquilizaba—. Las huellas de la pistola solo corresponden a Alicia, la abogada. Y la puerta no fue forzada.

Nieves cerró los ojos por un momento, sintiendo cómo la presión aumentaba en su pecho. Las huellas de Alicia en la pistola eran un dato crucial, pero también problemático. Si no había signos de que la puerta hubiera sido forzada, eso significaba que alguien con acceso al despacho había estado allí. ¿Alicia? ¿O alguien más que conocía la rutina de la abogada y sabía cómo moverse sin dejar rastro?

—Esto no cuadra —murmuró, más para sí misma que para Jaime —. Si Alicia fue drogada, ¿cómo terminó con la pistola en la mano? ¿Y por qué no hay rastros de alguien más en la escena? Y otra pregunta más, ¿por qué dejar en la escena una pistola que no es el arma del crimen? Es que nada tiene sentido…

—Es un rompecabezas —admitió Jaime—, pero hay algo que no estamos viendo. Alguien que conocía bien el lugar, que sabía cómo mover las piezas sin ser detectado. No sé, es todo muy raro… Lo he comprobado, no se le ha prescrito nunca ese fármaco a la abogada

—¿Y a la víctima?

—Menos aún, era alérgico al compuesto químico. La hubiera palmado con total seguridad…

—Esto se complica… Y yo que pensaba que esto iba a ser fácil – dijo resignada.

—Nada de eso, esto parece estar muy bien planeado…

Nieves asintió, aunque sabía que Jaime no podía verla.

—Tienes razón. Esto no es obra de un aficionado. Alguien con acceso y conocimiento está detrás de esto.

—Exacto —confirmó Jaime—. Y ese alguien no quería que Alicia interfiriera. La droga, las huellas, la puerta sin forzar... Todo apunta a un plan cuidadosamente orquestado.

Nieves se reclinó en su silla, sintiendo cómo el peso del caso se hacía más pesado. Sabía que estaban cerca de algo importante, pero también sabía que cada paso que daban los acercaba más a un peligro que no podían ver.

—Gracias, Jaime —dijo finalmente—. Esto es más de lo que teníamos antes. Ahora solo falta conectar los puntos.

—Siempre a la orden —respondió él—. Y, Nieves, ten cuidado. Esto huele a algo grande.

Colgaron al unísono, pero Nieves no podía dejar de pensar en lo extraño de todo aquello. Se recostó en su silla con la mirada perdida en algún punto del techo mientras Marcos seguía ajeno a su angustia, completamente inmerso en su lectura. Lo miró de nuevo, sintiendo esa mezcla de curiosidad y deseo que siempre la hacía estremecer. "*Concéntrate, Nieves*", se dijo a sí misma, intentando apartar esos pensamientos. Para desviar su atención, tomó el sobre marrón que había estado evitando y lo abrió con cuidado.

Un montón de tickets de un garaje cayeron sobre su escritorio, desparramándose como hojas secas en otoño, junto con una cuartilla escrita a mano. Nieves, siempre metódica, se puso los guantes antes de tocar los documentos, un gesto que finalmente atrajo la atención de su compañero. Él dejó de lado la lectura y se inclinó hacia adelante, con un interés genuino que rara vez mostraba.

—¿Qué pone? —preguntó, mirando los papeles con curiosidad.

—Ahora lo veremos... —respondió Nieves, más para sí misma que para él.

Leyó la nota en silencio, sus ojos recorrieron cada palabra con atención. Luego, con una voz firme pero cargada de emoción, la recitó en voz alta para Marcos:

*—Nieves: Sé que todo esto suena fatal, pero mi ausencia es calculada. Alguien me la quiere jugar, y no se lo voy a poner fácil. Sospecho que el asesino real usó el garaje de mi propiedad. En el sobre tienes todas las matrículas, números de serie y horarios de los*

*coches que estuvieron allí. He reducido la lista a estos papeles, pero yo no puedo cotejarlos. Algo me dice que Amanda Matesanz tiene mucho que callar. Soy inocente. Atentamente, Alicia.*

—Jo-der... —fue todo lo que Marcos pudo decir, con los ojos abiertos de par en par.

Nieves comenzó a revisar los boletos con la rapidez de quien busca una aguja en un pajar. "*Aquí puede estar la clave*", pensó, mientras sus dedos recorrían los números de matrícula y los horarios. Pero antes de que pudiera profundizar en la información, el jefe de la Unidad de Prevención y Reacción (UPR) irrumpió en el despacho. Su rostro, pálido y tenso, presagiaba malas noticias.

—Nieves, ha habido un tiroteo esta mañana a primera hora en la ubicación del caso. Un hombre disparó a un coche que escapó a toda velocidad. Los compañeros encontraron dos casquillos y restos de sangre, pero nada más. Cuando han sabido que estaba cerca de una escena del crimen me han telefoneado. Me acabo de enterar y creo que deberías saberlo.

Antes de que Nieves pudiera procesar esa información, el jefe ya se había marchado, dejando tras de sí un peso opresivo en el ambiente. Ella se quedó mirando los boletos, incapaz de decidir qué hacer primero. ¿Qué demonios estaba pasando?

Marcos la observaba, esperando una reacción. Nieves respiró hondo y se puso en pie, con la nota aún en la mano.

—Tenemos trabajo que hacer —dijo, con una voz que pretendía ser firme, pero que delataba la tensión que sentía.

Marcos se levantó de su silla, listo para seguirla.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó, con un tono que denotaba tanto determinación como preocupación.

—Por el garaje —respondió Nieves, recogiendo los boletos y metiéndolos en una carpeta—. Si Alicia dice que el asesino estuvo allí, entonces es ahí donde encontraremos las respuestas.

Mientras salían del despacho, Nieves no pudo evitar sentir que el caso estaba tomando un giro oscuro y peligroso. Tenía una pista, y eso era más de lo que había tenido en días.

## 15 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Alicia estacionó la furgoneta en el garaje improvisado, un lugar que se había convertido en su refugio tanto de la policía como de ese enemigo silencioso que, irónicamente, parecía conocerla demasiado bien. El motor se apagó con un estertor metálico, como un animal herido que finalmente se rendía, y el silencio que siguió se llenó con los ecos de su respiración agitada. El subidón de adrenalina aún latía en sus venas, haciendo que sus manos temblaran levemente al soltar el volante.

Miró su brazo y, con un sobresalto, notó la línea escarlata que atravesaba su piel. Una bala le había rozado, pero en el caos del momento no se había dado cuenta. Su mente, ocupada en sobrevivir, había ignorado el dolor. Ahora, sin embargo, la herida parecía gritarle, recordándole lo cerca que había estado de algo mucho peor. Miró al espejo retrovisor y se percató de que había un agujero de bala justo donde el retrovisor solía estar. "*Dios mío*", murmuró, sintiendo cómo el frío de la realidad se colaba en su cuerpo. Había pasado completamente desapercibido en medio de la huida, pero ahora era imposible ignorarlo.

El dolor era sordo, como un recordatorio constante de lo que había ocurrido, pero la adrenalina aún la mantenía en pie, alerta y lista para lo que viniera. Con movimientos torpes, se retorció como una contorsionista dentro del espacio reducido de la furgoneta, su pequeño santuario de seguridad, y logró quitarse la blusa. La tela, manchada de sangre, se despegó de su piel con un sonido húmedo

que le hizo fruncir el ceño. Examinó el daño: apenas un arañazo, una herida superficial que no requería más que un poco de limpieza y tal vez unos puntos. Pero era suficiente para recordarle lo frágil que era su situación.

"*Otra blusa a la basura*", pensó, con una resignación teñida de humor negro. Era una forma de lidiar con el peso de su realidad, de convertir algo tan trivial como una prenda de ropa en un símbolo de todo lo que había perdido. La blusa, arrugada y ensangrentada, fue arrojada al asiento trasero, donde se unió a otros restos de sus antiguos propietarios: papeles, mapas, y un par de zapatos que nadie usaba.

Alicia se reclinó en el asiento, sintiendo cómo el cansancio comenzaba a apoderarse de ella. El garaje estaba en silencio, pero su mente no. Las preguntas, los miedos y las dudas se acumulaban, formando una tormenta que no parecía tener fin.

Sin previo aviso, una oleada de emociones la desbordó. Lágrimas gruesas comenzaron a brotar de sus ojos y rodar por su rostro, mezclándose con el polvo y la suciedad que se habían acumulado en su piel. Alicia se apoyó en el capó de la furgoneta, como si fuera el único soporte vital que le quedaba en ese momento. Era un llanto descontrolado, visceral, como si todas las tensiones acumuladas en su pecho durante días, semanas, incluso meses, hubieran encontrado por fin una salida y estallaran de golpe.

Cubrió sus ojos con las manos, tratando de contener el río de lágrimas que se agolpaban por fluir descontroladamente, pero los pensamientos la asaltaban sin tregua, nublando su mente y arrastrándola a un abismo de recuerdos y emociones. Vio los rostros de su familia como fantasmas luminosos en la penumbra de su mente: su madre, frágil y consumida por la preocupación de pensar que su hija era una asesina; su hermana, atrapada en la incertidumbre de no saber dónde estaba ni si estaba a salvo; su abuela, demasiado mayor para soportar una verdad tan cruda; y su padre, una ausencia que todavía dolía como una herida abierta desde hacía mucho tiempo.

Recordó aquella foto en blanco y negro que dejó en su despacho junto a la máquina de café. Era una imagen de otra época, de otra

vida, en la que todos sonreían, felices y ajenos a lo que el futuro les depararía. Esa foto era un testimonio de una felicidad que ahora parecía pertenecer a otro mundo, a otra persona. Y lo lamentó. Lo lamentó con toda su alma. No haberla rescatado antes de que todo se viniera abajo era un error que ahora pesaba como una losa sobre su corazón. Cuando se dio cuenta de que no la tenía ya era demasiado tarde como para volver a por ella. Demasiado tarde para recuperar ese pedazo de su pasado, ese pedazo de sí misma.

Las lágrimas seguían cayendo, pero ahora eran silenciosas, como si su cuerpo ya no tuviera fuerzas para sostener el llanto. Alicia se deslizó lentamente hasta el suelo, apoyando la espalda contra la rueda de la furgoneta. El frío del cemento se filtró a través de su ropa, pero ni siquiera lo notó. Su mente estaba en otro lugar, en otro tiempo, en otra vida.

Por un momento, se permitió sentir. Sentir el dolor, la pérdida, la rabia, la impotencia. Pero también, en algún rincón de su ser, sintió una chispa de determinación. Sabía que no podía quedarse allí, que no podía permitirse el lujo de rendirse. Su familia, su vida, su futuro dependían de lo que hiciera a continuación.

Con un esfuerzo sobrehumano, se levantó. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, dejando una mancha de polvo y sangre en su rostro. Respiró hondo, sintiendo cómo el aire frío llenaba sus pulmones y la devolvía a la realidad. Miró a su alrededor, al garaje improvisado que había sido su refugio, y supo que no podía quedarse allí por mucho tiempo. Tenía que seguir adelante, por difícil que fuera.

—No es el fin —murmuró para sí misma con una voz que apenas era un suspiro—. Todavía no.

Subió al cuarto y encendió el móvil, el único vínculo que le quedaba con una rutina que ya no existía. Tres minutos eternos después, mientras el dispositivo cobraba vida, revisaba los expedientes que Carmen le había subido a un documento colaborativo para que ella los revisara. Lo hacía con la precisión de un cirujano, buscando patrones, pistas, cualquier indicio que

explicara por qué su vida se había convertido en un caos imparable. Su trabajo como abogada para la familia Matesanz había comenzado antes del confinamiento, cuando el patriarca la contrató para un caso menor que parecía intrascendente en ese momento. Desde entonces, su relación con la familia había evolucionado hasta convertirse en una red compleja de intereses, lealtades y traiciones. Ahora, esa red parecía estar asfixiándola, envolviéndola en un entramado del que no podía escapar. Algo de lo que había hecho a lo largo de esos años la estaba atando en el presente, y no sabía cómo liberarse.

Mientras repasaba los documentos, descartando casos menores y problemas laborales recurrentes, su atención se detuvo en algo inusual: una laguna en el orden meticuloso de sus archivos que siempre habían estado perfectamente numerados y seriados. Entre finales de 2020 y principios de 2021, un expediente estaba ausente. Un caso que no recordaba haber llevado, pero que alguien se había molestado en borrar u ocultar. Era extraño, casi perturbador, que algo tan evidente hubiera pasado desapercibido durante tanto tiempo*. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Y quién había tenido acceso a sus archivos para hacerlo desaparecer?*

Trató de llamar a su secretaria, buscando alguna explicación, pero la línea estaba muerta. "*Mierda*", murmuró, sintiendo cómo la frustración y la paranoia le erosionaban los nervios. Cada vez que creía estar cerca de una respuesta, algo la empujaba de nuevo hacia la incertidumbre.

Dio vueltas por la habitación, cerrando los ojos y contando hasta cien en un intento inútil de calmarse. Pero nada funcionaba. Las piezas del rompecabezas seguían desordenadas, y la sensación de que la respuesta estaba a su alcance, pero fuera de su vista, la consumía. Ese expediente, o la ausencia de él, era un eco que resonaba en su mente, un vacío que parecía gritarle que ahí estaba la clave. Intuía que encontrarlo significaba más riesgos, más peligro, pero también que era el único camino para recuperar el control de su vida.

Con un suspiro, se sentó en el suelo y comenzó a buscar en sus copias de seguridad en la nube, en sus correos electrónicos, en

cualquier lugar donde pudiera haber quedado un rastro de ese expediente perdido. Sabía que no sería fácil, que alguien había trabajado duro para ocultarlo, pero también sabía que no podía permitirse el lujo de rendirse.

—Tiene que estar aquí —murmuró para sí misma, mientras sus dedos tecleaban con rapidez—. Tiene que estar.

Y, en algún lugar de esa búsqueda desesperada, Alicia supo que esa era la clave de todo lo que estaba sucediendo. Por más que buscaba, no encontraba nada, es como si el destino hubiera querido hacer desaparecer ese contenido. Frustrada, apagó el móvil, pero en su mente ya sabía que tenía que hacer lo que fuera necesario para descubrir el contenido de ese expediente desaparecido.

## 16 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

Nieves revisó los documentos del garaje una vez más, incapaz de ignorar la evidencia que había llamado su atención: uno de los registros correspondía a un vehículo propiedad de Amanda, la hermana del difunto. ¿Qué hacía ella allí justo a la hora de la muerte de su hermano? Según el registro, el coche entró a las ocho de la noche y salió una hora más tarde, coincidiendo exactamente con la

hora del asesinato. Aquello no podía ser casualidad. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, pero aún faltaban demasiados detalles para tener una imagen completa. Sin embargo, Nieves sabía que no podía ignorar esa pista. Amanda tenía que tener algo que ver, y estaba decidida a descubrir qué.

Aparcó su coche oficial cerca de una cafetería en el barrio de Salamanca, un lugar que sabía que Amanda frecuentaba todas las mañanas. Era un sitio elegante, con mesas de mármol y lámparas de cristal que colgaban del techo, pero Nieves no estaba allí para disfrutar del ambiente. Entró al local con paso firme, consciente de las austeras dietas policiales, y pidió lo más barato de la carta: un café solo. El camarero le lanzó una mirada de reojo en señal de desaprobación, pero ella no le prestó atención. Tenía cosas más importantes en mente que lo que un empleado pensara de ella.

Se sentó en una esquina estratégica, desde donde podía observar la entrada sin ser vista fácilmente. Mientras esperaba, revisó las pruebas en su móvil, repasando una y otra vez los detalles que tenía hasta el momento. Nada concreto vinculaba aún a Amanda con el crimen, pero la coincidencia en tiempo y lugar era demasiado llamativa para ignorarla. Como mínimo, requería un interrogatorio formal, pero Nieves sabía que no podía llegar con las manos vacías. Necesitaba más, algo que la ayudara a presionar a Amanda para que hablara.

El café llegó, humeante y amargo, pero Nieves apenas lo probó. Su atención estaba puesta en la puerta, esperando ver a Amanda entrar en cualquier momento. Cada minuto que pasaba aumentaba su impaciencia, pero también su determinación. Sabía que no podía permitirse el lujo de cometer un error. Amanda no era una persona fácil de intimidar, y si había algo que ocultar, no lo soltaría sin luchar.

Tras veinte largos minutos en los que tuvo que alargar el café tanto como su paciencia, Amanda hizo su entrada. La seguridad de su andar coincidía con el lujo que la envolvía: un vestido Christian Dior de dos mil euros y unos Manolo Blahnik que multiplicaban por mil el precio del café que Nieves había pedido. Cada paso de Amanda resonaba con una elegancia que parecía desafiar la realidad misma, como si el mundo a su alrededor se ajustara a sus

estándares. Los camareros, ya acostumbrados a sus manías, se apresuraron a colocar en su mesa un café perfectamente preparado y una tostada de aguacate y salmón con pepitas de sésamo por encima. Veinte euros por un desayuno. En comparación, Nieves sintió que estaba en otro universo, uno en el que el lujo y la ostentación eran la norma y no la excepción.

Pero Nieves no estaba allí para admirar el estilo de Amanda. Tenía un trabajo que hacer. Con determinación, se levantó de su mesa, sacó discretamente su placa y se dirigió hacia ella mientras esta terminaba de pagar su desayuno "*pijo*", como lo llamaría mentalmente.

—Amanda Matesanz —dijo Nieves, con una voz firme pero calmada, mostrando su placa—. Soy la inspectora Nieves Rivas. Necesito hacerle unas preguntas.

Amanda la miró sin perder la compostura, pero Nieves notó un destello de algo en sus ojos. ¿Era miedo? ¿Nerviosismo? No podía decirlo con certeza, pero sabía que había tocado un nervio.

—Está bien, pero solo tienes el tiempo que tarde en tomarme el café – respondió Amanda con tono altivo y prepotente –. Después, las preguntas a mi abogado – sin darle tiempo a responder, cogió el café y se fue taconeando hasta la mesa que siempre usaba.

Se sentaron en una mesa alta con butacones de cuero que eran muy cómodos y acogedores. Las vistas de allí al corazón a la milla de oro hicieron que Nieves sintiera que estaba en otro universo muy diferente, aunque no perdió tiempo en formalismos y fue directa al grano. Sabía que no disponía de mucho tiempo.

—Está bien… En ese caso… ¿Qué hacía en el despacho de la abogada justo a la hora de la muerte de su hermano?

La pregunta cayó como un cuchillo. Amanda, que hasta ese momento había mantenido una actitud impasible, tensó el rostro. Sus manos, que llevaban el ritmo elegante de quien corta una tostada, se detuvieron.

—Eso es mentira —replicó con frialdad, volviendo a llevarse un trozo de tostada a la boca en un acto nervioso y de huida. Sus ojos, sin embargo, delataban una tensión que no podía ocultar por completo.

Nieves, preparada para esa negación, deslizó el recibo del garaje sobre la mesa con un movimiento suave pero firme. Amanda lo leyó con calma, como si estuviera estudiando un contrato, y luego lo dejó de nuevo en su lugar sin inmutarse.

—No puede probar que era yo —dijo, con una voz que pretendía ser segura, pero que tenía un deje de incertidumbre.

—¿Sabes qué es Madrid Central? —preguntó Nieves mientras guardaba el recibo en su chaqueta manteniendo la calma, pero con una mirada penetrante.

Amanda esbozó una sonrisa condescendiente. Dejó la taza que tenía en la mano en el platillo con una calma deliberada y se preparó para asestar el siguiente golpe.

—El sitio donde los coches de los muertos de hambre no pueden circular por ser demasiado viejos y contaminantes. Un privilegio que la chusma ya no tiene…

Nieves enarcó una ceja, sin dejar pasar el comentario despectivo.

—Qué manera tan despectiva de nombrar a los simples mortales… ¿No crees?

—¿No es lo que son? —se reafirmó Amanda en tono altivo, como si estuviera hablando de una clase inferior de ser humano.

—*Anyway*... —continuó Nieves, ignorando el desprecio en la voz de Amanda—, pues justo eso, pero en Alcalá de Henares. Cámaras que registran matrículas y conductores para multarles en el caso de que no tengan acceso. Además, el despacho de la abogada está en la zona de bajas emisiones y cualquier vehículo que pase por las inmediaciones quedará inevitablemente registrado.

Sacó una foto en blanco y negro de Amanda al volante, entrando y saliendo de la zona restringida. Amanda ni siquiera necesitó verla para entender que la habían atrapado. Sus labios se apretaron en una línea fina y, finalmente, cedió ante la evidencia.

—Está bien, estaba allí —admitió, con un tono que mezclaba resignación y desafío.

Nieves no perdió tiempo en aprovechar la confesión.

—¿Qué hacía en ese lugar en el momento de la muerte de su hermano? Usted vive muy lejos de Alcalá. No puede ser casualidad.

Amanda guardó silencio por un momento, como si estuviera sopesando sus opciones. Luego, con un suspiro que parecía cargado de más de lo que estaba dispuesta a revelar, respondió:

—Fui a ver a mi hermano. Teníamos... asuntos pendientes.
—¿Asuntos pendientes? —repitió Nieves con una mirada que no dejaba espacio para evasivas—. ¿De qué tipo?

Amanda desvió la mirada, como si buscara una respuesta en el aire. Luego, se quedó mirándola con semblante serio, como si la estuviera analizando.

—Eso es algo entre mi hermano y yo. No tiene nada que ver con lo que le pasó.

Nieves no se dejó intimidar.

—En este momento, todo tiene que ver con lo que le pasó. Si no me da una explicación convincente, tendré que considerar su presencia allí como un motivo de sospecha.

Amanda apretó los labios y, momentáneamente, pareció que iba a cerrarse por completo. Pero luego, con un gesto de frustración, dijo:

—Está bien. Fui a hablar con él sobre la empresa. Había discrepancias... y necesitábamos resolverlas.

—¿Discrepancias? —preguntó Nieves, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿De qué tipo?

—Eso es confidencial —respondió Amanda, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Un tenso silencio se apoderó de la mesa, como si el tiempo se hubiera detenido por un momento. Amanda parecía debatirse internamente entre hablar o callar, sus ojos permanecieron fijos en la taza de café que tenía frente a ella, como si buscara respuestas en el líquido oscuro. Nieves, observándola con la intensidad de un ave de presa, sabía que la mujer estaba a punto de pedir un abogado. Era lo lógico, lo esperado. Pero, contra todo pronóstico, Amanda optó por hablar.

—Te lo contaré —dijo finalmente, levantando la mirada para encontrarse con los ojos de Nieves—, porque, si juego bien mis cartas, puedo ganar más de lo que pierda.

## 13 DE NOVIEMBRE DE 2024. AMANDA.

—No puede ser... - le respondió Amanda a su abogado de manera incrédula - Mi hermano no puede estar pensando en llegar a un acuerdo... ¿Es gilipollas o qué cojones le pasa?

—Amanda, lo sé de una fuente fidedigna. Lo tienen bien pillado y quiere tirar de la manta... Esta tarde tiene una reunión con su abogada para cerrar los flecos del caso y declararse culpable a cambio de una condena menor. Va a arramblar con todo y con todos…

Amanda se levantó de su butacón con un movimiento elegante, pero lleno de tensión contenida. Caminó hacia la pequeña barra que había en un rincón de la habitación, donde una botella de coñac reposaba junto a un par de copas de cristal tallado. Con manos que apenas temblaban, se sirvió una generosa cantidad y se llevó la copa a los labios, bebiéndola de un trago. El líquido ardiente le quemó la garganta y un pensamiento fugaz cruzó su mente: *"Joder, qué asco"*.

Sin embargo, Amanda no era alguien que permitiera que sus debilidades se mostraran tan fácilmente. Antes de darse la vuelta y que alguien pudiera ver la mueca de desagrado que amenazaba con aparecer en su rostro, se obligó a mantener la compostura. Respiró hondo, disimulando el ardor del coñac con una expresión de serenidad que había perfeccionado a lo largo de los años. Fingió que le gustaba, como si aquel trago fuera un placer refinado en lugar de una necesidad desesperada por calmar los nervios.

—¿No se da cuenta que esto es el fin como hable? - preguntó ella poniendo una copa a su abogado, que era treinta años mayor que ella y con cierto gusto hacia el alcohol -. Se acabaron los contratos, las obras, el dinero… todo, joder.

—Lo sé Amanda, lo sé... Pero es una cosa personal —el hombre le dio un trago y se levantó a dejar el vaso en su sitio - Lo único que podemos hacer es minimizar los daños, en el caso de que se pueda hacer. Podríamos decir que Julio actuaba él solo y que no éramos conocedores de las actividades ilícitas que estaba desarrollando.

Amanda apoyó los dos brazos en el frío cristal de la ventana, sintiendo cómo el peso de sus pensamientos la aplastaba. Trataba de buscar claridad, de ordenar las ideas que se agolpaban en su mente como un enjambre de avispas, pero por ahora solo podía

enfocarse en una cosa: la traición silenciosa de su hermano. Aquella revelación, aquel secreto que había descubierto por casualidad, la consumía por dentro.

Nadie en su sano juicio admitiría que había usado su empresa, la empresa familiar, como un medio para transportar drogas. Nadie. Era una mancha imborrable, un estigma que arruinaría todo lo que habían construido durante años. La reputación de la empresa se desmoronaría, los clientes huirían y los contratos se cancelarían. Sería el fin. El fin de todo lo que conocían.

El calor interno de Amanda iba en aumento, como una olla a presión a punto de estallar. La rabia, ese sentimiento que había intentado contener durante tanto tiempo, comenzaba a brotar sin control. Apretó los puños, sintiendo cómo las uñas se clavaban en las palmas de sus manos, pero el dolor físico era insignificante comparado con el tormento emocional que la consumía.

—¡Me cago en Dios! - gritó a la vez que tiraba un vaso contra la pared rompiéndolo en pedazos.

Amanda barrió la mesa con los brazos en un gesto brusco y violento, enviando todo lo que había sobre ella al suelo en una clara señal de rabia descontrolada. Los papeles volaron por los aires, las tazas de café se estrellaron contra el suelo y el sonido de cristales rotos resonó en la habitación como un eco de su furia. Su secretaria, que había presenciado estos arrebatos en más de una ocasión, actuó con rapidez y discreción. Cerró la puerta del despacho con un movimiento suave pero firme, asegurándose de que nadie más en la oficina pudiera ver el espectáculo que estaba dando la jefa.

El abogado, sentado en una esquina del despacho, ni se inmutó. Estaba acostumbrado a los arranques de Amanda, a esa furia que parecía brotar de lo más profundo de su ser cuando las cosas no salían como ella quería. Observó la escena con una calma casi inquietante, como si fuera un espectador en una obra de teatro que ya había visto demasiadas veces.

—Tenemos que hacernos cargo de él, Román - dijo acomodándose sobre el sillón completamente derrotada -. Ya sabes

a qué hago referencia.

—Lo he pensado, pero no hay tiempo - no era la primera vez que el abogado hacía ese tipo de "*gestiones*".

Amanda se frotó los ojos con los dedos de la mano, sintiendo el peso del cansancio y la frustración acumulados. Su mente, normalmente ágil y calculadora, daba vueltas en círculos, tratando de encontrar una salida a la situación en la que se encontraba. Pero las posibilidades eran escasas, demasiado escasas. Cada opción que consideraba parecía llevar a un callejón sin salida, a un riesgo demasiado grande, a una consecuencia que no estaba dispuesta a asumir.

Sin embargo, en medio de ese caos mental, tres opciones emergían con claridad, aunque ninguna de ellas fuera precisamente deseable. Las únicas salidas que veía eran drásticas, peligrosas, y cargadas de consecuencias irreversibles. Podía acabar con su hermano, con la abogada, o con los dos. Cada una de esas opciones la hacía estremecerse, pero también sabía que no podía permitirse el lujo de seguir esperando. El tiempo se agotaba, y con él, su paciencia.

—Puto inútil... —murmuró Amanda, con una voz cargada de rabia y frustración—. ¿Cuántas veces le dijimos que no queríamos meternos en las drogas?

El abogado, sentado frente a ella, asintió con un gesto de resignación. Él había sido una de las voces críticas que intentó hacer ver a Julio que ese negocio no resultaría en nada positivo, pero no le hizo caso.

—Muchas, Amanda. Muchas. Pero ya sabes que tu hermano no escucha a nadie. Mira que se lo dije cien veces… Pero él estaba demasiado obcecado con ese tema.

Amanda apretó los puños, sintiendo cómo la ira se acumulaba en su pecho.

—Casi prefiero al yonki del mayor... —dijo Amanda, con un tono que mezclaba desprecio y nostalgia.

El abogado la miró, comprendiendo el significado detrás de sus palabras. Juan era un despojo, pero un despojo manejable.

—Por lo menos sabemos a qué atenernos... —acabó la frase, con una voz que pretendía ser calmada, pero que no lograba ocultar del todo la tensión que sentía.

Amanda se reclinó en su silla, sintiendo cómo el peso de la situación la aplastaba. Sabía que el abogado tenía razón, que su hermano nunca había sido alguien que escuchara consejos o advertencias, pero eso no hacía que la traición doliera menos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, con una voz que temblaba de emoción—. ¿Cómo salimos de este lío?

El abogado respiró hondo, como si estuviera sopesando sus palabras antes de hablar.

—Tenemos que actuar con cuidado. Cualquier movimiento en falso podría empeorar las cosas.

Amanda asintió, sabiendo que el abogado tenía razón, pero también sabía que no podía permitirse el lujo de seguir esperando. Con un último suspiro, se levantó de su silla y comenzó a caminar por la habitación, como si el movimiento físico pudiera ayudarla a ordenar sus pensamientos.

—Está bien —dijo finalmente, con una voz que pretendía ser firme pero que delataba la tensión que sentía—. Hagamos un plan... Pero esta vez, no vamos a cometer errores.

Se hizo un silencio pesado entre los dos, cargado de tensiones no dichas y decisiones que flotaban en el aire como una amenaza. Amanda, con un gesto firme pero cortés, invitó a su abogado a salir del despacho dándole las gracias por haberle informado. Él asintió

en silencio, comprendiendo que su presencia ya no era necesaria, y salió cerrando la puerta con un suave clic.

Una vez a solas, Amanda se levantó de su silla con movimientos precisos, como si cada gesto estuviera calculado al milímetro. Caminó hacia la caja fuerte empotrada en la pared, giró la combinación con dedos seguros y abrió la pesada puerta de metal. Del interior sacó una pistola, fría y reluciente, que guardaba para casos como ese. Situaciones extremas que requerían soluciones extremas. Si no podía confiar en un profesional para resolver el problema, entonces alguien tendría que hacerlo. Y esa alguien, al parecer, era ella.

Minutos más tarde, aparcó su coche en un garaje cercano a la plaza donde sabía que su hermano Julio solía estacionar su flamante coche nuevo cuando tenía las reuniones con su abogada. Se quedó sentada al volante, con las manos aún temblorosas por la adrenalina que comenzaba a fluir en sus venas. Esperó, observando el reloj y el entorno con mirada vigilante. No tardó mucho en aparecer Julio, conduciendo con esa arrogancia que siempre lo caracterizaba. "*Se compra un coche nuevo para entrar en la cárcel*", pensó su mente analítica, incapaz de evitar el sarcasmo incluso en un momento como ese.

Julio se bajó del coche con esa actitud despreocupada que tanto la exasperaba. Amanda lo observó desde la distancia, sintiendo cómo el peso de la pistola en su bolso le recordaba lo que estaba a punto de hacer. Podría haberlo matado en ese instante, haberse acercado sigilosamente y disparar antes de que él se diera cuenta. Podría haberse ido después, dejando atrás un problema menos. Pero no. No podía. Había alguien más que sabía demasiado, alguien que también tenía que desaparecer si quería asegurarse de que todo quedara limpio. No podía acabar con uno sin el otro. Amanda no era una persona que dejara cabos sueltos.

Así que esperó. Diez minutos más tarde, se bajó del coche con movimientos deliberadamente calmados, como si fuera una mujer cualquiera paseando por la plaza. Dio vueltas de manera errática, fingiendo normalidad mientras su mente calculaba cada paso, cada posibilidad. Sabía que tenía que entrar en el bufete de la abogada,

pero la idea de lo que iba a hacer allí la paralizaba por dentro. No era una asesina, no había hecho algo así nunca. ¿Sería capaz de llevarlo a cabo? ¿Podría cruzar esa línea y vivir con las consecuencias?

Cuando finalmente se decidió, llamó a un portero automático y le abrieron sin preguntar. "*Estos paletos son imbéciles*", pensó, con un desprecio que compartía con su hermano. La facilidad con la que había entrado en el edificio solo reforzaba su desdén por la seguridad del lugar. Pero cuando llegó a la puerta del bufete, todo cambió.

Agarró el picaporte con una mano firme, apoyó el oído contra la puerta y contuvo la respiración. Del otro lado, escuchó voces. Dos, tal vez tres personas. No podía arriesgarse a entrar sin saber quién más estaba allí. Su plan, tan fríamente calculado minutos antes, comenzaba a resquebrajarse bajo el peso de la realidad.

**16 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.**

—Entonces, ¿me estás diciendo que fuiste allí para hablar con tu hermano y su abogada y convencerle de que no confesara? —preguntó Nieves, dejando que la incredulidad se notara en su voz.

Amanda había relatado su historia de manera demasiado medida, casi ensayada, como si hubiera practicado cada palabra frente al espejo antes de soltarlas. Nieves, con años de experiencia en interrogatorios, sabía reconocer cuando alguien le mentía, y esta versión descafeinada era un insulto a su inteligencia. La idea de que Amanda hubiera ido solo a "*hablar*" era ridícula, casi risible. Por otro lado, también sabía que nadie en su sano juicio confesaría abiertamente una tentativa de homicidio, especialmente alguien como Amanda, que siempre había demostrado ser fría y calculadora.

Amanda suspiró, aparentemente ignorando la duda implícita en la pregunta de Nieves, y continuó con su relato como si estuviera recitando un guion que había memorizado a la perfección.

—Como te decía, inspectora, solo quería evitar que mi hermano cometiera un error. No había otra intención en mi visita —dijo con una voz que pretendía ser convincente, pero que no lograba ocultar del todo la tensión que sentía.

Nieves la observó con atención, sin perder de vista ningún detalle de su lenguaje corporal. Sabía que Amanda estaba ocultando algo, pero también sabía que presionarla demasiado podría hacer que se cerrara por completo

—Cuando llegué —prosiguió con una voz que pretendía ser calmada pero que no lograba ocultar del todo la tensión que sentía —, escuché una fuerte discusión entre mi hermano y una mujer. La voz de ella estaba cargada de furia. Luego, de repente, hubo un silencio total. Fue entonces cuando entendí que algo había sucedido... Y me fui corriendo.

Amanda alzó la taza y bebió un sorbo largo y pausado de café. No era un gesto de sed, sino una pantomima, una cortina de humo para robarse unos segundos y recomponer la máscara. Al recostarse en el butacón, lo hizo con una calma tan meticulosa que resultaba

chirriante, como un mueble colocado con escuadra en medio del caos.

Mientras, la mirada de Nieves se posó sobre su libreta. Las anotaciones, pulcras y ordenadas, parecían burlarse de la incongruencia que tenían delante. La lógica, fría y obstinada, se alzaba como un muro: no había motivo para que Amanda cruzara medio Madrid para reunirse allí, en la guarida de la letrada, cuando un simple café en su salón o en la casa de su hermano habría bastado. A menos que el escenario fuera parte de la función. La presencia de Amanda en aquel despacho, en esa hora precisa, no era una casualidad; era una pieza clave en el tablero. Quería algo de la letrada, algo que iba más allá de un mero consejo.

Nieves no apretó los dientes ni frunció el ceño. Al contrario, una sonrisa ligera, casi imperceptible, se dibujó en sus labios. Dejaría que el hilo de la conversación se desenrollara, que la mentira creciera y se enredara en sus propias ramas. Solo necesitaba esperar. Esperar a que, entre tanta perfección calculada, apareciera la grieta. La única y mínima fractura desde donde poder hundir los dedos y desgarrar toda la farsa.

—¿Qué hiciste después? —preguntó, manteniendo su tono neutral, pero con una mirada penetrante.

Amanda respiró hondo, como si estuviera sopesando sus palabras antes de hablar.

—Me quedé esperando en mitad de la plaza —dijo finalmente con una voz que pretendía ser firme pero que delataba la tensión que sentía—. Al poco tiempo, vi salir a una mujer, como alma que lleva el diablo. No le vi la cara, así que no insistas en un retrato robot o algo por el estilo. Además, de haberla visto, jamás te lo diría.

Nieves asintió, notando cómo Amanda mantenía su tono controlado, como si tratara de evitar que la conversación se desviara hacia terrenos peligrosos. Sabía que estaba ocultando algo, pero también sabía que no podía permitirse el lujo de presionarla demasiado.

—Ya... —murmuró, con un tono que pretendía ser comprensivo, pero que no lograba ocultar del todo su escepticismo—. Pero si no me das más detalles, va a ser difícil avanzar en la investigación.

La mirada de la inspectora delataba cada una de sus dudas, y Amanda lo captó al instante. Sin prisa, como si el silencio incómodo le perteneciera, se inclinó para dejar la taza vacía sobre la mesa. Luego, se cruzó de piernas. Fue un movimiento sencillo, pero en él, la suela roja de sus zapatos destelló como la luz de una alarma. Un mensaje claro y conciso: estaba lejos de sentirse acorralada.

—Si no me crees, habla con mi abogado —dijo, con un tono que ahora era cortante, casi desafiante. Luego, señaló su taza vacía con un gesto desdeñoso—. El café se acabó, y con él, tu tiempo.

Amanda se puso de pie con elegancia, como si cada movimiento estuviera coreografiado para transmitir superioridad.

—Al café invito yo —dijo, dejando un billete de diez euros sobre la mesa. Sin esperar respuesta, giró sobre sus tacones y salió del local, cada pisada resonaba como un latido en la mente de Nieves.

Nieves se quedó inmóvil, hipnotizada por los restos del ritual de Amanda: la taza vacía, como un caparazón de porcelana fina, y los dos mordiscos geométricos y despreciativos en la tostada, que costaba lo mismo que su desayuno de una semana. Un veneno familiar le subió por la garganta. *Putas pijas*. La frase, afilada y vulgar, le supo a verdad y a envidia en igual medida. El gesto automático de ajustarse los cordones de su zapatilla deportiva desgastada —veinte euros que habían recorrido más kilómetros que muchos coches— fue el tacón que hundía ese pensamiento en la realidad. Su realidad.

Era un contraste tan brutal que casi resultaba obsceno: la elegancia ociosa frente a la utilidad gastada. Pero entonces, como el golpe seco de un martillo sobre el yunque de su mente, volvió el caso. El fantasma de la tostada a medio comer se desvaneció. Amanda, con sus suelas rojas y su desdén calculado, no era solo un espejo de lo que Nieves no tenía; era un nudo en la cuerda que

estaba tirando. Y los nudos, por muy lustrosos que parecieran, siempre acababan deshaciéndose para revelar lo que ocultaban.

El último vistazo de Nieves a la mesa no fue de nostalgia, sino de despedida. Dejaba atrás los restos de una batalla de apariencias para sumergirse de lleno en la guerra. Al salir a la calle, el aire invernal le golpeó el rostro con una crudeza que agradeció; no era una brisa, era un bautizo de realidad que limpió la niebla de su mente y dejó al descubierto una única certeza: Amanda mentía. Cada una de sus palabras elegantes había sido una losa sobre la verdad. ¿Y qué se escondía bajo ese montón de escombros pulidos? La pregunta ya no zumbaba en su cabeza, sino que latía con la urgencia de un tambor de guerra mientras se dirigía a su coche con una determinación que hacía eco en cada pisada.

Dentro del vehículo, el mundo se acalló. El ritual fue automático: encender el contacto, acomodarse en el asiento que había moldeado su cuerpo tras años de vigilias. Y entonces, el bolsillo. Al sacar el teléfono, un frío distinto al de la calle la recorrió. La pantalla, un rectángulo de silencio olvidado, estalló en vida al desbloquearla. Una retahíla de llamadas perdidas, un rosario de urgencia. Y luego, el mensaje. No lo leyó, lo absorbió. Y la frase, corta y brutal, no la dejó helada; la convirtió en hielo.

Alguien había intentado asesinar a la asistente judicial de Alicia.

El caso ya no era un peso que la empujaba. Era una bestia que respiraba a su lado, mostrando por fin los colmillos.

—¿Qué diablos está sucediendo? —murmuró para sí misma, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba.

Leyó el mensaje de nuevo, un dardo de texto escueto, se clavó en sus ojos: *"Intento de asesinato a la asistente judicial de Alicia. Un fallecido. Calle Herrerías 20. Urgente."*

Un latigazo de pura adrenalina, amargo y familiar, le recorrió el cuerpo. No fue frustración lo que apretó su pecho, sino una rabia fría. Cada paso hacia delante en este maldito caso era como pisar una losa que activaba una trampa nueva, más profunda y letal que la anterior.

El motor rugió con una tos áspera, un sonido que encajaba a la perfección con el nudo de urgencia en su estómago. El coche salió del aparcamiento escupiendo gravilla, tragándose la calle. El tiempo ya no era un lujo; era una venda que se le escurría de las manos. Habían intentado borrar a la asistente. Eso solo significaba una cosa: ella sostenía una llave. Y alguien, en la sombra, estaba dispuesto a dinamitar la cerradura con tal de que esa puerta no se abriera.

El paisaje urbano se desdibujaba en su carrera, un manchón de gris y luces. Su mente, en cambio, era un torbellino de caras y conexiones. La sonrisa impecable de Amanda, un escudo de porcelana. *¿Era la artífice o solo otra pieza decorativa en el tablero de otro?* El caso se expandía ante ella, como una mancha de tinta en un mapa, revelando contornos más vastos y siniestros de los que nunca había sospechado. No estaba investigando un delito. Estaba metida en las entrañas de una bestia, y esta acababa de enseñarle los colmillos.

## 16 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Alicia aparcó la furgoneta en el barrio del Val, una zona laberíntica de calles paralelas donde encontrar aparcamiento era casi una odisea. Tras dar varias vueltas infructuosas, tuvo que resignarse a dejar el vehículo mucho más lejos de lo que hubiera deseado. La distancia la incomodaba; prefería tener su vía de escape a mano, pero lo que buscaba era demasiado importante para permitirse el lujo de retroceder. Cada paso que daba hacia el Archivo Central de la Administración la acercaba más a la verdad, pero también la exponía a un riesgo cada vez mayor.

El Archivo Central de la Administración, un imponente edificio en Alcalá de Henares, se alzaba con su fachada sobria y discreta. Cualquier trámite burocrático de envergadura pasaba por allí, y era el lugar donde Alicia esperaba encontrar lo que necesitaba desesperadamente. Sin embargo, no era un sitio cualquiera: estaba custodiado por la Guardia Civil, que, además, la tenía en su radar. Esa simple idea bastaba para encender todas sus alarmas internas y hacerla dudar de la conveniencia de lo que estaba a punto de hacer.

Antes de abandonar su despacho aquella fatídica noche, Alicia había cogido un DNI falso junto con un fajo de billetes destinado a emergencias. Ahora era el momento de usarlo. Mientras avanzaba hacia la entrada principal, sus pasos resonaban en su mente como tambores de guerra. Frente a ella, una agente de la Guardia Civil observaba con atención a los visitantes que entraban. Su postura erguida y mirada analítica sugerían que no se le escapaba ni el más mínimo detalle. Alicia, con el DNI en la mano, sintió un sudor frío recorrerle la espalda.

La agente tomó el documento, revisó cada centímetro y luego alzó la vista, escudriñando a Alicia. Esta se maldijo por dentro mientras sonreía forzadamente, tratando de no mostrar nerviosismo. Recordó cómo había odiado la foto de aquel DNI falso: borrosa, con sombras desiguales y de una calidad dudosa. Ahora, le daba las gracias a su propia torpeza fotográfica. Tras unos segundos que se

alargaron como si fueran horas, la agente asintió y le permitió pasar con un leve movimiento de cabeza y sin mediar palabra.

Dentro del edificio, Alicia se detuvo un momento fascinada por el inmenso archivo. Los techos altos y los estantes interminables llenos de carpetas y libros le daban un aire solemne al lugar. El olor a papel viejo y tinta impregnaba el ambiente, transportándola por un instante a sus días de estudiante. Al fondo, tras un mostrador de madera pulida, una mujer tecleaba en su ordenador ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó la administrativa sin dejar de mirar la pantalla.

Cristina, como indicaba su placa, tenía unos cincuenta años, cabello castaño sin recoger y unas gafas de pasta que descansaban sobre la punta de su nariz, dándole un aspecto jovial y despreocupado. A pesar de su apariencia amable, Alicia percibió un deje de impaciencia en su tono, como si estuviera cansada de lidiar con solicitudes todo el día y con público que no tenía demasiada paciencia.

Alicia entregó un papel con el código del archivo que necesitaba, intentando mantener la calma mientras observaba cada movimiento de Cristina. La mujer tomó el papel, inspeccionó los números con una mirada crítica y los introdujo en el sistema sin mucha rapidez, como si el ritmo lento fuera una forma de protesta silenciosa. Alicia contuvo la respiración, sintiendo cómo el tiempo se alargaba de manera insoportable.

En ese momento, apareció un chico mucho más joven que Cristina con una carpeta bajo el brazo y una expresión de concentración en el rostro. Se puso a revisar unos papeles a su lado, murmurando algo para sí mismo mientras trabajaba. Alicia no podía evitar mirarlo de reojo, preguntándose si su presencia podría complicar las cosas. ¿Sería otro empleado? ¿O alguien más que podría hacer preguntas incómodas?

—¿Vamos a hipopresivos hoy? —preguntó ella al chico, quien respondió con un gesto afirmativo mientras se ajustaba los

auriculares a la oreja.
—Luego, si eso, pasamos a las máquinas y demás —añadió ella, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador, donde parecía absorta en algún documento interminable.

—¿Pero vas a ir? – preguntó él mirándola. Se cruzó de brazos y la miró con duda en los ojos.

—Que sí… - respondió ella apartando la vista del ordenador y mirándolo por encima de las gafas -. Luego la digo a la Merche que a qué hora va a ir.

Alicia, que observaba la escena desde el mostrador, sentía cómo la impaciencia le corroía por dentro. Cada minuto que pasaba era un obstáculo más en su ya ajustada agenda. Jugaba contra reloj, y aquella pérdida de tiempo la estaba sacando de quicio.

—Disculpen, me corre un poco de prisa —intervino Alicia, intentando mantener un tono cordial, aunque la tensión se filtraba en cada palabra que salía de su boca.

El chico y la mujer intercambiaron una mirada cómplice antes de volverse hacia ella. Sus expresiones eran frías, casi despectivas, como si Alicia fuera una intrusa interrumpiendo algo importante. Sin mediar palabra, el chico tomó un papel que estaba sobre la mesa y se alejó con pasos lentos, como si el tiempo no fuera con él, y con un gesto en la cara que no sabía identificar si era de burla o de disfrute por lo que sabía que se avecinaba.

—Bueno chica, a mí eso, como comprenderá, no me interesa —replicó Cristina con una frialdad que cortaba el aire—. Son tres euros de tasas. ¿Quiere abonarlas?

Alicia contuvo un suspiro.

—Si no queda otro remedio... —murmuró resignada mientras metía la mano en sus vaqueros para encontrar monedas que poder darle.

—Oye, mira, la que ha venido aquí eres tú —replicó Cristina, alzando ligeramente la voz y mirándola con cara de pocos amigos—.

A ver si ahora vas a pretender que te lo demos gratis. ¿Usted trabaja gratis? – preguntó mirándola con una mueca en su boca.

—No, no, perdone —se apresuró a disculparse Alicia, alzando las manos en un gesto conciliador—. No era mi intención parecer grosera.

Cristina la miró por encima del borde de sus gafas con una expresión que oscilaba entre la indiferencia y una leve sospecha. Sus ojos, fríos y calculadores, parecían sopesar si la disculpa de Alicia merecía ser aceptada o no. Tras unos segundos que se antojaron eternos, bajó la mirada y volvió a teclear en el ordenador con dedos ágiles, como si aquel incómodo intercambio nunca hubiera ocurrido.

De repente, el sonido mecánico de una impresora rompió el silencio. La máquina, situada en un rincón cercano, comenzó a escupir páginas con una eficiencia casi sorprendente. Alicia observó el proceso con cierta fascinación, distrayéndose por un momento de la tensión que la envolvía. "*Si sobrevivo a todo esto*, pensó, *quiero una impresora así para mí"*. La idea, por absurda que fuera, le provocó una sonrisa interior que le ayudó a mantener la compostura.

Cristina, sin levantar la vista de la pantalla, recogió los papeles recién impresos y los grapó con movimientos precisos y automatizados. Se los entregó a Alicia con un gesto seco, como si fuera un trámite más en su interminable jornada. La interacción había terminado y Cristina ya estaba de vuelta en su mundo digital, ajena a cualquier otra preocupación y retirándole la mirada a Alicia en clara señal de que la dejara en paz.

Alicia tomó los documentos con un murmullo de agradecimiento, apenas audible, y se dirigió hacia la salida avergonzada por la imagen de sí misma que había dado. ¿Era así siempre? ¿Había perdido la humanidad y trataba así de mal a todo el mundo?

Caminó con paso firme pero controlado, midiendo cada movimiento para no llamar la atención de las personas que pululaban por allí como si estuvieran dentro de una colmena. Su respiración era tranquila, aunque el ritmo acelerado de su corazón delataba la tensión que intentaba ocultar a todo el mundo.

Al pasar junto a los agentes de la Guardia Civil de la puerta, notó cómo su presencia parecía desvanecerse en el ambiente. Los agentes, absortos en una conversación trivial sobre los coches nuevos que les habían comprado para el servicio, no le prestaron la menor atención y siguieron a lo suyo como si Alicia no tuviera una orden de detención a sus espaldas. Aquel desinterés fue un alivio momentáneo, pero también un recordatorio de lo frágil que era su situación y de que en cualquier momento la suerte se le podía acabar. Con cada paso que la alejaba de aquel lugar, sentía cómo el peso de la adrenalina comenzaba a ceder, aunque sabía que aún quedaba mucho por delante.

Alicia avanzó hacia su furgoneta con paso decidido, pero su corazón dio un vuelco al ver un coche de la Policía Local estacionado justo delante. "*No puede ser la mala suerte que tengo*" murmuró para sí misma al ver el coche bloqueando su salida. El vehículo, con su distintivo azul y blanco, parecía vigilar el lugar como un guardián silencioso. ¿Estaban allí para detenerla? ¿Ese acto de obstaculizar la salida era deliberado? Por desgracia para ella, necesitaba aquel vehículo, y tendría que correr el riesgo de resolver todas esas preguntas.

Tragó saliva con dificultad, sintiendo cómo la tensión se apoderaba de su garganta. Con movimientos rápidos pero discretos, ajustó su bufanda para cubrirse mejor el rostro y subió las solapas de su chaqueta barata, como si esos pequeños gestos pudieran protegerla de miradas indiscretas y le dieran una apariencia completamente diferente.

Un vistazo rápido al retrovisor le confirmó que, al menos por el momento, estaba lo suficientemente oculta. Su reflejo en el espejo mostraba unos ojos alerta, brillantes por la adrenalina, pero su expresión era de una calma forzada. Respiró hondo, intentando recuperar el control e interpretar el papel que tenía que hacer.

Con una temeridad calculada, bajó la ventanilla y comenzó a tocar el claxon de la furgoneta para llamar la atención de los policías. Cada toque sonó estridente en el aire tranquilo de la calle, como una provocación deliberada. Alicia observaba con el rabillo del ojo,

esperando alguna reacción de los agentes. Tras el tercer toque, sus esfuerzos dieron resultado.

Un agente de la Policía Local salió de una farmacia cercana, moviéndose con una lentitud casi exasperante. Vestía un chaleco antibalas que le daba un aire de autoridad imponente, y sus pasos eran pausados, como si el tiempo no fuera con él. Alicia contuvo la respiración, observando cómo el agente se acercaba a su vehículo con una mirada inquisitiva.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamó el agente con una calma exasperante, alzando una mano en un gesto que pretendía ser tranquilizador, pero que transmitía más bien fastidio. Avanzó con pasos lentos hacia el coche de Alicia como si aquella situación fuera una molestia menor en su rutina diaria.

Alicia, sentada al volante, sintió cómo el pulso se le aceleraba. Sabía que cada segundo contaba. Con una voz que intentaba sonar convincente, pero que delataba un ligero temblor, soltó la mentira que llevaba preparada:

—Tengo que ir a recoger a mi hija... —dijo, añadiendo un tono apremiante a sus palabras, como si el reloj fuera su peor enemigo y tuviera una emergencia real que no podía ser resuelta por la acción de los policías.

El agente la miró por un instante, evaluando sus palabras. Sus ojos, fríos y profesionales, escudriñaron su rostro, pero Alicia mantuvo la mirada firme, ocultando el pánico que crecía en su interior. Finalmente, el agente se encogió de hombros, como si aquel asunto no mereciera más de su tiempo, y sacó las llaves del bolsillo para mover el coche.

—Que sí, que sí, tranquila —respondió con un tono casi condescendiente, mientras se subía a su coche con movimientos pausados y lo ponía en marcha.

El vehículo de la policía avanzó unos metros, dejando el espacio justo para que Alicia pudiera maniobrar. Ella no perdió ni un

segundo: arrancó la furgoneta con un movimiento brusco y el motor rugió como si compartiera su urgencia. Las ruedas chirriaron levemente al tomar la curva y, en cuestión de segundos, el barrio quedó atrás, difuminándose en el retrovisor como un recuerdo incómodo.

Los documentos, cuidadosamente guardados en el asiento del copiloto, estaban a salvo. Sin embargo, la sensación de peligro no la abandonaba. Era como una sombra pegada a su espalda, un recordatorio constante de que cualquier error podía ser fatal. Alicia apretó el volante con fuerza, sintiendo cómo el latido de su corazón resonaba en sus oídos. Sabía que no podía relajarse, no todavía.

La revisión de los expedientes tendría que esperar. Ahora, lo primordial era mantenerse libre, lejos del radar de las autoridades. Cada semáforo, cada cruce, cada coche que se acercaba por el espejo retrovisor era una posible amenaza. Respiró hondo, intentando calmar los nervios, y se obligó a reducir la velocidad. Llamar la atención era lo último que necesitaba.

Mientras conducía, su mente no dejaba de dar vueltas. ¿Había sido suficiente? ¿Había cubierto bien sus huellas? Solo el tiempo lo diría, pero por ahora, cada kilómetro que la alejaba de aquel lugar era una pequeña victoria.

## 16 DE NOVIEMBRE DE 2024. JUAN.

Ya en casa, Juan apenas podía soportar el dolor. El tobillo, magullado y visiblemente hinchado, palpitaba con un ardor insoportable que le recorría la pierna como una corriente eléctrica. Cada latido del corazón parecía enviar oleadas de dolor que se expandían desde la lesión, recordándole una y otra vez el golpe que lo había dejado en ese estado. La abogada no solo lo había derribado físicamente, sino que también había encendido una chispa de humillación que ahora ardía en su interior, consumiéndolo lentamente.

En el aparcamiento, cojeando como un animal herido, había logrado escapar por los pelos justo antes de que los agentes, alertados por los disparos, irrumpieran en la escena. Ahora, sentado en la penumbra de su apartamento en Madrid, la rabia era lo único que ocupaba su mente. Las paredes estrechas y el aire viciado de la habitación parecían amplificar su frustración, convirtiendo el espacio en una cárcel de su propia amargura.

La noche avanzó, pero no trajo consigo el descanso que anhelaba. El alcohol y las pastillas ilegales llenaban el silencio de su salón con una falsa sensación de calma. Una botella de ginebra a medio vaciar descansaba en la mesa, su contenido ámbar reflejaba la tenue luz de una lámpara solitaria. Junto a ella, un frasco de pastillas de colores opacos parecía burlarse de su desesperación.

El tobillo, ahora una marea negra y azul que se extendía bajo la piel, era un recordatorio constante de su derrota. El dolor en el costado, consecuencia del impacto al caer, le recordaba su fragilidad, algo que detestaba admitir. "*Esa maldita perra casi me mata*", pensó, masticando su resentimiento como si fuera un veneno dulce. Cada palabra en su mente alimentaba el fuego de su ira, convirtiendo su humillación en una obsesión. "*Y, encima, una mujer*" no paraba de pensar una mente carcomida por las ideas del machismo más anticuado.

Por más que lo intentaba, no podía evitar el pensamiento recurrente que lo atormentaba: ¿en qué momento se había

convertido en un inútil? La pregunta resonaba en su mente como un eco imparable, desgastándolo poco a poco. Con un gemido ahogado, se levantó del sofá y se tambaleó hasta el baño, apoyándose en las paredes para no caer. Al llegar frente al espejo, lo que vio lo dejó paralizado.

El hombre que lo miraba desde el cristal no era ni la sombra de lo que una vez fue. Su rostro, antaño atractivo y lleno de vitalidad, estaba ahora marcado por líneas profundas y una piel cetrina, fruto de las noches en vela, el exceso de alcohol y las drogas que consumía para escapar de sí mismo. Los ojos, rodeados de círculos oscuros, eran como dos pozos vacíos, sin brillo ni esperanza. Su pelo, antes grueso y lustroso, mostraba ahora entradas pronunciadas que nunca antes había notado. "*Qué decadencia…*" pensó, evaluando con crudeza sus últimos años de vida.

Trató de desviar su atención, de buscar algo en lo que concentrarse que no fuera su propio reflejo, pero el silencio de la casa lo golpeó como un puñal. Era un silencio denso, opresivo, que parecía ahogarlo. Nadie le llamaba. Ni su madre, ni sus hermanos, ni aquellos amigos que alguna vez habían llenado su vida de risas y complicidad. No quedaba ni un rastro de las decenas de mensajes que solía recibir cuando todavía era alguien, cuando la gente se acercaba a él para sacar algo de la familia, para beneficiarse de su apellido o de su influencia.

Ahora era un espectro, una sombra ignorada incluso por aquellos que alguna vez dijeron quererle. La soledad era su única compañera, y cada segundo que pasaba en aquel apartamento vacío le recordaba lo lejos que estaba de la persona que solía ser. Se apoyó en el lavabo, sintiendo el frío del mármol bajo sus manos, y cerró los ojos, intentando ahuyentar la sensación de vacío que lo consumía. Pero no había escapatoria. El espejo lo había devuelto a la realidad, y esa realidad era despiadada.

Tomó otro trago de ginebra directamente de la botella, sintiendo el líquido ardiente bajar por su garganta como un fuego que lo consumía por dentro. Cayó sobre la cama con un gemido, dejando que el alcohol lo envolviera en una neblina densa y reconfortante. Por un momento, sus pensamientos oscuros quedaron ahogados,

sumergidos en ese mar turbio de embriaguez. Pero el sueño, como siempre, fue breve.

Tres horas después, se despertó de golpe, el dolor del tobillo atravesándole como un clavo al rojo vivo le recordaba el día que había tenido. Maldiciendo entre dientes, se arrastró fuera de la cama y cojeó hasta el baño, donde se tragó un puñado de pastillas sin molestarse en contar las dosis. El agua caliente de la ducha lo envolvió, pero ni siquiera el vapor logró aliviar la tensión que cargaba en los hombros. Al mirar hacia abajo, comprobó con disgusto que su pie había empeorado: la hinchazón era más pronunciada, y los tonos morados y negros se extendían como una mancha de podredumbre bajo su piel.

Mientras el vapor llenaba el baño, su mente comenzó a maquinar un plan. Dar con la abogada no sería fácil; lo sabía demasiado bien. Ella era inteligente, fría y calculadora, todo lo que él ya no era en ese momento. Pero no estaba todo perdido. De repente, recordó a su asistente legal. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro mientras la imagen de la joven cruzaba su mente. "*Esa sí que es más fácil de manejar*", pensó, sintiendo cómo la idea de presionarla, de doblegarla hasta obtener lo que quería, le daba una dosis extra de adrenalina y con la que podría recuperar esa hombría perdida horas atrás.

El plan comenzó a tomar forma en su cabeza, alimentado por el resentimiento y la desesperación. No importaba cuánto tuviera que hundirse para conseguirlo; estaba dispuesto a todo

En poco más de una hora, estaba en el centro de Madrid, en un barrio que despreciaba profundamente. "*Un nido de muertos de hambre*", lo definía él, y su familia compartiría la opinión. Las fachadas descascaradas y los grafitis de colores desteñidos le parecían una afrenta personal. Todo allí le resultaba insufriblemente vulgar y le daba asco hasta respirar el mismo aire que respiraba la gente normal.

Cuando llegó al edificio, un bloque antiguo con un portal descuidado y paredes desgastadas por el tiempo, una mujer mayor con un carrito de la compra le abrió la puerta sin siquiera mirarlo. El anonimato de las grandes ciudades, indiferente y caótico, estaba de

su lado. Nadie preguntaba, nadie se fijaba. Era solo otra sombra en el paisaje urbano.

Al revisar los buzones, confirmó que la asistente vivía en el quinto piso. No había ascensor, por supuesto. Con un suspiro de fastidio, comenzó a subir las escaleras, notando el crujido de la madera bajo sus pies. Cada paso resonaba en el silencio del edificio, como si el propio lugar se quejara de su presencia. No pudo evitar pensar en lo deplorable que era todo aquello. ¿Cómo podía alguien soportar vivir en un sitio así? La idea lo repelía, pero también lo reconfortaba: si ella vivía allí, era vulnerable.

Al alcanzar el quinto piso, contuvo la respiración frente a la puerta. El silencio del rellano era tan denso que podía oír el latido de su propio corazón. Al acercar la oreja al marco, percibió un murmullo apagado, el roce de unos pasos cautelosos y el quejido de un mueble al moverse. La certeza de que había alguien dentro le recorrió la espalda como un escalofrío.

Con movimientos calculados que habían dejado de ser extraños para él, deslizó la mano bajo la chaqueta y sacó el arma. El acero frío contra su palma le produjo una familiar sensación de dominio, un espejismo de control que sabía efímero pero necesario. Antes de actuar, siguió el ritual: el frasco de cristal emergió de su bolsillo, el polvo blanco brilló bajo la tenue luz del pasillo. Con la precisión de quien ha repetido el gesto demasiadas veces, inclinó la cabeza y aspiró.

La cocaína le quemó las fosas nasales, un dolor breve que precedía al alivio químico. Notó cómo la sustancia se extendía por su torrente sanguíneo, anestesiando no solo su tobillo lesionado, sino también los últimos vestigios de duda. Su mente se aclaró con esa lucidez artificial que tanto necesitaba. Ahora estaba listo.

Su dedo presionó el timbre con decisión. Un tono electrónico resonó en el interior, seguido de un silencio espeso que pareció absorber hasta el sonido de su propia respiración. Juan se convirtió en una estatua, con los músculos tensos como resortes preparados para saltar. El tictac imaginario de los segundos se amplificó en su mente, cada uno de ellos cargado de posibilidades.

El aire olía a pintura fresca y a miedo. Sus pupilas, dilatadas por la cocaína, escudriñaban cada detalle de la puerta: el brillo del picaporte, las vetas de la madera, el pequeño arañazo junto a la cerradura. Sabía que tras esa delgada barrera se decidiría su futuro.

Cuando el mecanismo de la cerradura finalmente crujiera, estaría listo. Más que listo. Ansioso.

## NAVIDADES DE 2020. NEREA.

Desde el primer incidente con su jefe, la vida de Nerea se había convertido en un infierno disfrazado de normalidad. Todo comenzó de manera sutil, casi imperceptible: un gesto de poder, una mirada que se demoraba demasiado, un comentario ambiguo que cruzaba los límites de lo profesional. Pero pronto, las insinuaciones se transformaron en algo mucho más oscuro, más tangible.

Aquella primera agresión la dejó rota, no solo físicamente, sino emocionalmente. Fue como si algo dentro de ella se hubiera quebrado, algo que no podía reparar. Sin embargo, lo peor no fue el acto en sí, sino la trampa en la que se vio envuelta después. Intentó resistirse, alzar la voz, pero Víctor no solo era brutal en su forma de imponer poder; también era calculador, meticuloso. "*Si intentas algo, me aseguraré de que nadie crea tu versión*", le dijo con una frialdad que le heló la sangre. Luego, como si nada hubiera ocurrido, se

ajustó la corbata y salió de la habitación, dejándola sola con su dolor y su miedo.

Cada encuentro posterior era un recordatorio de su vulnerabilidad. Víctor no necesitaba usar la fuerza física cada vez; bastaba con una mirada, una palabra, un gesto, para que Nerea sintiera que el suelo se abría bajo sus pies. Por mucho que quisiera luchar, la amenaza de perderlo todo —su empleo, su reputación, incluso su seguridad y la de las personas a las que más quería— la paralizaba. Era como si una cadena invisible la atara, impidiéndole avanzar, respirar, vivir.

No encontraba una válvula de escape clara a su situación. Cada día era una batalla silenciosa, un intento desesperado por mantener las apariencias mientras su mundo se desmoronaba por dentro. Las noches eran las peores, cuando el silencio y la oscuridad le recordaban lo sola que estaba, lo atrapada que se sentía.

Víctor no era solo cruel; también era sarcástico, y su sadismo tenía un toque perverso de ironía. Tras una de sus agresiones más brutales, le aumentó el sueldo un veinte por ciento. "*Compensación*", anotó en la nómina con una frialdad que helaba la sangre, como si el dinero pudiera borrar las cicatrices físicas y psicológicas que le estaba infligiendo. Nerea odiaba cada billete que ahora ganaba; cada depósito en su cuenta era un recordatorio de su silencio, de su incapacidad para escapar. Se sentía cómplice de su propio tormento, atrapada en una jaula de oro que no había elegido.

Sus días se convirtieron en un ciclo interminable de ansiolíticos por la mañana, antidepresivos por la noche y un deseo constante de desaparecer. La medicación la mantenía funcional, pero no viva. Aun así, nunca dejó que sus hijos lo notaran. Para ellos, ella era fuerte, la misma madre que siempre había estado allí, imperturbable y llena de amor. Les sonreía, les cocinaba, les ayudaba con sus problemas, y en sus ojos, ella seguía siendo un faro de estabilidad. Pero dentro, Nerea se sentía como un barco a la deriva, sin rumbo y sin esperanza.

Cuando llegó diciembre, el silencio de la residencia universitaria durante las vacaciones le dio un respiro que no sabía que necesitaba. Por primera vez en meses, no tuvo que enfrentarse a

Víctor ni a las miradas compasivas y cómplices de algunos colegas que, aunque intuían lo que estaba pasando, preferían callar. El primer día de descanso durmió sin interrupciones, algo que no recordaba desde hacía mucho tiempo. Despertó a la una de la tarde, desorientada pero descansada y, por un momento fugaz, se sintió libre.

Aprovechó ese día para salir a cobrar un décimo de lotería de la empresa premiado con cien euros. Era un detalle mínimo, casi insignificante, pero en medio de su tormenta, aquel pequeño gesto significaba algo. Mientras caminaba hacia la oficina de lotería, respiró el aire frío de diciembre y sintió, aunque fuera por un instante, que la vida aún podía ofrecerle pequeños destellos de luz.

Ese billete, sin embargo, llevaba consigo otro recuerdo amargo, una herida que no cicatrizaba. Víctor se lo había lanzado sobre la mesa con desdén tras una de sus violaciones, como si fuera una propina después de un servicio. "*Para que puedas comprarte algo bonito, que seguro te hace falta*", dijo con una sonrisa venenosa, cargada de sarcasmo y crueldad. Nerea apretó los dientes al recordar esa escena, sintiendo cómo el rencor y la humillación se agitaban en su interior. Pero esta vez, decidió que ese dinero no sería un símbolo de su sufrimiento, sino una herramienta para transformarlo en algo bueno. Lo utilizaría para preparar una cena de Navidad digna para sus hijos, para convertir su dolor en algo hermoso, aunque fuera por una noche.

Compró cordero, gambones, cigalas y todo lo necesario para una mesa llena de abundancia. Regresó a casa con bolsas llenas de comida, decidida a crear un ambiente feliz, al menos por unas horas. Mientras caminaba, imaginaba las sonrisas de sus hijos, sus risas, el calor de la familia reunida. Eso la mantenía en pie.

Al llegar, abrió una cerveza y sacó un paquete de tabaco que había escondido en lo más profundo de un cajón. Lo reservaba para esos momentos en los que el peso del mundo era demasiado, cuando necesitaba un respiro, aunque fuera breve. Mientras cocinaba, se perdió en los preparativos, distrayendo su mente con el ruido de la radio y el aroma de las especias que llenaban la cocina. El ajo, el romero, el vino tinto hirviendo en la sartén… todo

contribuía a crear una ilusión de normalidad. Por un instante, incluso llegó a olvidarse de sus preocupaciones, sumergida en las tareas mecánicas que la mantenían ocupada.

El timbre sonó mientras preparaba una salsa, rompiendo el hechizo de aquel momento de paz. Miró el reloj: era demasiado temprano para que sus hijos llegaran. Con el delantal puesto y las manos aún húmedas, se dirigió a la puerta, esperando ver a uno de ellos con una sonrisa anticipada. Pero al abrir, su corazón se detuvo. Víctor estaba allí, de pie, con una sonrisa que helaba la sangre.

Intentó cerrar la puerta, pero él la empujó con facilidad, entrando a la fuerza. El golpe seco de la puerta al cerrarse resonó en el silencio de la casa, como un eco que anunciaba el horror que estaba por venir. Víctor la obligó a retroceder, avanzando con una determinación que helaba la sangre. Lo que ocurrió después era un ritual macabro que Nerea había vivido demasiadas veces, pero esta vez era diferente. Esta vez, el escenario no era una oficina fría y despersonalizada, sino su hogar, su santuario, el único lugar donde creía estar a salvo. Y ahora, ese lugar había sido violado por su verdugo.

Cuando Víctor se marchó un par de horas después, dejó doscientos euros sobre la mesa, como si fuera un recordatorio grotesco de su poder y el desprecio que sentía por ella. El billete yacía allí, inerte, pero cargado de significado. Nerea se quedó en el suelo, incapaz de moverse, su mente en blanco y su cuerpo sin voluntad le impedían reaccionar. Pasaron minutos, tal vez horas, antes de que lograra levantarse. Con una calma que rozaba la irrealidad, comenzó a recoger los pedazos de aquel día roto y a devolver el orden a la cocina.

Guardó la comida en el frigorífico, lavó la sartén que había dejado olvidada en la encimera y ordenó lo que Víctor había desordenado. Cada gesto era automático, mecánico, como si pudiera limpiar también lo que sentía por dentro. Pero no importaba cuánto frotara o arreglara, la mancha de aquel día no desaparecía.

Finalmente, llenó la bañera con agua caliente. El vapor empañó los espejos, ocultando su reflejo, como si el mundo estuviera de acuerdo en que no debía verse a sí misma en ese momento. Se

sumergió lentamente, sintiendo cómo el calor aliviaba su piel, pero no su alma. El agua la envolvía, cálida y reconfortante, pero era un consuelo efímero.

Con manos temblorosas, tomó una cuchilla que había escondido hacía tiempo, un objeto que nunca pensó usar, pero que siempre estuvo allí, como un último recurso en caso de que el dolor se volviera insoportable. Con un susurro inaudible, pidió perdón, no a sí misma, sino a sus hijos. Les pedía perdón por no ser más fuerte, por no poder protegerlos de un mundo que le había arrebatado todo. Cerró los ojos y dejó que el agua se tiñera de rojo, llevándose consigo el dolor que nunca pudo expresar.

## 16 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

Cuando Nieves llegó a la escena del crimen, la calle estaba desierta, envuelta en un silencio inquietante que solo era interrumpido por el zumbido lejano de la ciudad. Las luces intermitentes de los coches patrulla pintaban el asfalto de destellos azules y rojos, creando un contraste surrealista con la oscuridad circundante de aquel día plomizo. En el centro de aquel escenario sombrío, yacía el cuerpo, cubierto por una manta metálica que brillaba fría bajo la luz amarillenta de las farolas que aún no habían sido apagadas a aquella hora temprana de la mañana. Era un precario escudo contra la mirada de los curiosos, pero no podía ocultar la gravedad de lo ocurrido.

Nieves se acercó con paso firme, aunque el peso de la situación ya comenzaba a notarse en su expresión. Con cuidado, levantó la manta, y lo que vio le hizo contener el aliento. El impacto desde el quinto piso había transformado el cuerpo en una grotesca marioneta rota. Las extremidades estaban torcidas en ángulos imposibles, como si la gravedad hubiera jugado con la anatomía en su caída. El rostro, irreconocible, estaba desfigurado por el golpe, y el cráneo fracturado dejaba al descubierto una macabra mezcla de carne y hueso. Un reguero de sangre oscura serpenteaba por el asfalto,

avanzando lentamente hacia una alcantarilla cercana, como si intentara escapar de la brutalidad de lo sucedido.

Después de un momento de silencio pesado, Nieves se dirigió al edificio. Al cruzar el umbral, el olor a humedad y polvo viejo la envolvió, como si el lugar llevara años esperando a que alguien descubriera sus secretos. Comenzó a subir las escaleras, con cada paso sentía cómo el peso de la situación se hacía más palpable. En el tercer piso, su respiración se volvió trabajosa y tuvo que detenerse un instante apoyando las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento. "*Tengo que apuntarme al gimnasio*," pensó con sarcasmo, intentando aliviar la tensión que la embargaba.

Con un último esfuerzo, reanudó su ascenso, decidida a llegar al quinto piso y descubrir qué había llevado a aquella persona a saltar al vacío.

Al llegar al rellano, Nieves se encontró con la puerta del apartamento abierta de par en par, pero no por invitación. El marco estaba destrozado, astillado y deformado, como si alguien la hubiera derribado de una patada violenta. En el pasillo, un mueble destinado a guardar llaves y pequeños objetos yacía hecho añicos con su contenido esparcido por el suelo como si hubiera explotado desde dentro. Encima de los restos, un espejo colgaba torcido, su superficie estaba agrietada por una línea que serpenteaba desde el centro hasta el borde, como si el cristal hubiera recibido un impacto reciente. En el borde inferior, una mancha oscura y pegajosa se extendía acompañada de mechones de cabello pegados a la superficie, un testimonio mudo de la violencia que había ocurrido allí.

Nieves avanzó con cautela hacia la primera puerta que daba a la cocina. Las sillas estaban tiradas por el suelo, como si hubieran sido arrojadas en un arrebato de furia. Entre los restos de una taza rota, un charco de líquido marrón —probablemente café con leche— se extendía por el suelo, formando un patrón irregular que parecía contar una historia de caos. Justo en la entrada, otro mechón de cabello femenino, largo y oscuro, yacía en el suelo, como si fuera una señal de que allí había comenzado el horror.

El silencio del lugar era opresivo, casi tangible, roto solo por el lejano murmullo de las sirenas que llegaba desde la calle y el eco de sus propios pasos, que resonaban en el vacío del apartamento. Cada habitación parecía contener un secreto, una pieza más del rompecabezas que Nieves estaba decidida a resolver.

La puerta del comedor también estaba destrozada, con el cristal central hecho añicos. Los bordes afilados de los fragmentos brillaban bajo la tenue luz que se filtraba por las ventanas, como si fueran dientes de cristal dispuestos a morder a quien se acercara. Al entrar al baño, Nieves sintió que el aire se volvía más denso, más pesado. Aquel lugar parecía un matadero: la sangre impregnaba cada rincón, salpicando las paredes, el suelo e incluso el techo. El olor metálico era tan intenso que casi podía saborearlo.

Nieves cerró los ojos por un momento, intentando reconstruir la escena en su mente. La imagen se formó con claridad: alguien toca a la puerta; la víctima, confiada, se acerca y la abre. En ese instante, el agresor le propina una brutal patada, lanzándola hacia atrás con una fuerza despiadada. El impacto la arroja contra el mueble del pasillo, haciendo que todo su contenido caiga al suelo en un estruendo de madera y objetos rotos. El intruso entra, cierra la puerta de golpe y, sin darle tiempo a reaccionar, la agarra por el cabello. La arrastra sin piedad, estrellando su cabeza contra el cristal del espejo, que se agrieta bajo la fuerza del golpe.

La víctima, aturdida, pero aun luchando, intenta escapar hacia la cocina, pero el agresor la sigue, implacable. Las sillas caen al suelo en medio de su lucha desesperada, y el sonido de la taza rompiéndose contra el suelo parece un grito ahogado. Finalmente, la empuja contra la puerta del comedor, y el cristal estalla en mil pedazos bajo su peso. Algo —tal vez un último forcejeo, un movimiento brusco— los lleva al balcón, donde el desenlace fatal tiene lugar en el vacío.

Nieves abrió los ojos, sintiendo cómo la escena imaginada se mezclaba con la realidad que tenía frente a sí. Cada detalle del apartamento contaba una parte de la historia, pero aún faltaba la pieza más importante: el porqué.

Avanzó por la casa viendo restos de la pelea y confirmando en parte lo que imaginaba. Pero entonces, una incongruencia interrumpió la lógica impecable de su reconstrucción: la sangre en el baño. Justo delante del espejo y por todo el lavamanos, había manchas y salpicaduras de sangre por todas partes, como si aquel lugar hubiera sido el epicentro de una violencia inexplicable. No encajaba con la secuencia de los hechos que Nieves había imaginado. ¿Qué había sucedido allí? ¿Había algo más, algo que no había visto, que no había entendido? Aquella sangre era el único elemento disonante en un relato que, hasta entonces, parecía más que plausible.

Con el ceño fruncido y la mente acelerada, Nieves avanzó con cautela hacia el comedor. La habitación estaba en silencio, pero algo en el ambiente le indicaba que no estaba sola. Al girar la esquina, su mirada se posó en el sofá. Allí, sentada con una bolsa de hielo sobre la cabeza y el rostro marcado por el agotamiento y el miedo, estaba Carmen.

Tenía un corte en la ceja del que aún brotaba un fino hilo de sangre, y su mirada estaba perdida, como si estuviera viendo algo que los demás no podían percibir. A pesar de su estado, intentaba mantener la compostura, aunque el temblor de sus manos y la palidez de su rostro delataban la magnitud de lo que había vivido.

Nieves se acercó lentamente, sintiendo cómo el peso de la situación se hacía más denso con cada paso. Carmen no era solo una testigo; era una pieza clave en aquel rompecabezas sangriento. Y ahora, con su presencia, el caso había tomado un giro inesperado.

—Carmen, ¿Qué ha pasado? —preguntó Nieves con voz firme, aunque suave.

Carmen levantó la mirada lentamente. Su labio inferior tembló antes de que pudiera responder:

—Él... él vino por mí. Pero no fue solo él. Había alguien más... alguien que no vi hasta que ya era demasiado tarde. Se dejó eso en el suelo cuando se fue... - indicó con el dedo índice un teléfono móvil que estaba encima de la mesa.

La respuesta abrió una nueva vertiente en el caso, dejando a Nieves con más preguntas que respuestas. El baño, la sangre, y ahora un tercer implicado que tiraba por tierra todo lo que había imaginado.

## 16 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Aparcó el coche en un parque de la zona del Ensanche de Alcalá de Henares, un lugar que, a esa hora, parecía suspendido en el tiempo. El parque estaba vacío, silencioso, como si el mundo se hubiera detenido mientras los niños asistían al colegio y los adultos se sumergían en sus rutinas. Los árboles, altos y frondosos, mecían sus hojas al ritmo de una brisa suave, creando un murmullo distante que debería haber sido relajante. Pero ni la tranquilidad del entorno ni el susurro de la naturaleza lograban calmar su mente. Todo lo contrario: la sensación de desasosiego, instalada como un inquilino permanente, palpitaba bajo su piel, recordándole que no había escapatoria.

Miró el coche con desaprobación. Desentonaba en aquel rincón apacible como un intruso incómodo. En realidad, pensó, ese vehículo desentonaría en cualquier parte. Estaba hecho una auténtica porquería, con la pintura desconchada, los asientos gastados y un motor que tosía cada vez que arrancaba. Era un reflejo de su vida, o al menos eso sentía: desgastada, rota, fuera de lugar.

Se dejó caer en el banco, abatida. La presión constante ya era una compañera habitual, pero había momentos, como este, en que el peso de su existencia se volvía intolerable. Con manos temblorosas, abrió el expediente que llevaba consigo, como si de su contenido pudiera brotar alguna respuesta, alguna pista que le devolviera el control. Pero al hojear las páginas, una punzada de alarma la sacudió. No recordaba nada de aquel caso: ni cuándo lo había preparado, ni siquiera cómo había terminado. Es como si su

cerebro hubiese borrado por completo la existencia de aquel trabajo en concreto.

La preocupación se transformó en angustia. *¿Cuántos casos como este había manejado en los últimos años? ¿Tantos que ahora no podía siquiera distinguirlos?* La idea de que su trabajo, su vida, se hubiera convertido en una niebla de recuerdos borrosos la aterraba. *¿Qué más habría borrado de sus recuerdos?*

De repente, como una luz encendiendo las sombras de su mente, comprendió algo que hasta ese momento había ignorado deliberadamente: había perdido el rumbo. Estudiar derecho había sido, en un tiempo que ahora parecía remoto, un acto de fe, una vocación impulsada por el deseo de proteger a los más desfavorecidos. Recordó a aquella joven idealista que creía en la justicia como un faro en la oscuridad, alguien dispuesta a luchar por quienes no tenían voz. Pero ¿dónde había quedado esa versión de sí misma?

Ahora, los casos que aceptaba provenían casi exclusivamente de clientes ricos y poderosos, y había aprendido a mirar con desdén a aquellos que una vez quiso defender. *¿En qué momento se había transformado en alguien tan distante de lo que aspiraba a ser?* La pregunta resonó en su mente como un eco incómodo, una verdad que ya no podía eludir.

El expediente que sostenía entre sus manos la enfrentó con una versión de sí misma que prefería no reconocer. El caso trataba de un despido por abuso de poder: una empleada que había denunciado a la empresa de los Matesanz, reclamando una indemnización considerable por los daños sufridos. Al final, gracias a las argucias que ella misma había empleado, el caso se desestimó, destruyendo la credibilidad de la demandante y dejándola sin recursos ni esperanza.

*"¿De verdad fui capaz de hacer algo así?"* La pregunta no era retórica, sino un golpe directo al corazón de su identidad. Recordó las justificaciones que había utilizado en el pasado: que era parte de un sistema adversarial, que solo cumplía con su trabajo, que no había otra opción. Pero ahora, esas excusas le parecían huecas,

mentiras que había repetido para mantener a raya la culpa que, inevitablemente, comenzaba a brotar en su interior.

El nombre de la demandante no le decía nada, pero el apellido resonaba en su mente como un eco familiar, un susurro lejano que no lograba identificar. Frustrada, lanzó el expediente al banco y se quedó inmóvil, mirando al vacío con los ojos perdidos en un horizonte invisible. *¿Cuándo fue la última vez que disfrutó de la vida?* La pregunta la golpeó con una fuerza inesperada. Era incapaz de recordarlo.

Sus amistades de antes, aquellas risas compartidas y conversaciones interminables, se habían desvanecido como humo en el viento. Sus días transcurrían en una sucesión interminable de trabajo, de reuniones, de expedientes y de decisiones que la alejaban cada vez más de sí misma. No viajaba, no visitaba su Talavera natal desde hacía años y ni siquiera podía recordar la última vez que había hecho algo simplemente por placer. Había perdido todo rastro de lo que una vez le había dado sentido a su existencia. ¿En qué momento comenzó a trabajar para sobrevivir en lugar de vivir?

Un temblor interrumpió sus pensamientos: el móvil vibraba en su bolsillo. Lo sacó, más por inercia que por curiosidad, y al ver el número en la pantalla sintió cómo la sangre abandonaba su rostro. Era su propio número. Aquel móvil que había desaparecido tras la muerte de Matesanz.

Su corazón empezó a latir con violencia, acelerándose hasta el punto de que casi podía escucharlo en sus oídos. La incredulidad dio paso al pánico, una oleada fría que la recorrió de pies a cabeza. *¿Cómo era posible? ¿Quién podía estar llamándola desde ese número?*

Con los dedos gélidos y temblorosos, descolgó la llamada. Al otro lado, una voz que no reconoció al principio, fría y distante, como si hablara desde otro mundo.

—Alicia, soy la inspectora Nieves Rivas, creo que tenemos que hablar – dijo la voz de una mujer seria que no dejaba lugar a dudas de que ella era la autoridad.

Colgó de inmediato, como si el teléfono fuera una serpiente que le quemara la mano, y se levantó de un salto, impulsada por una mezcla de pánico y desesperación.

Sin pensarlo dos veces, lanzó el teléfono a la fuente más cercana. El dispositivo golpeó el agua con un chapuzón sordo, hundiéndose en las profundidades como si fuera un lastre que la liberara de una maldición. Pero la sensación de alivio fue efímera. El pánico la impulsó hacia su coche, sus pasos resonaban en el silencio del parque como tambores que marcaban su huida.

En el momento en el que emprendía su marcha para alejarse de allí, una patrulla policial se aproximó al lugar, sus luces intermitentes iluminaron la escena con destellos azules y rojos. El corazón de ella latía con tal fuerza que casi podía sentirlo en la garganta. Todo había cambiado en un instante, y una sola pregunta llenaba su mente, repitiéndose como un eco obsesivo: *¿Quién me la ha jugado?*

**17 E NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.**

—No me lo puedo creer... —susurró Nieves, incrédula ante la confesión de Carmen.

—Yo tampoco... —respondió ella, con lágrimas rodando por sus mejillas—. Jamás habría imaginado algo así de ella. Que la verdad sea dicha…

El viento de la mañana, frío y cargado con el peso de lo irremediable, se colaba por el balcón abierto, acariciando el rostro de Nieves con una frialdad que le heló el alma. Se acercó al borde, sintiendo cómo su estómago se retorcía en un nudo de angustia y culpa. El balcón seguía abierto, testigo mudo del impacto que había arrojado a Juan al vacío, poniendo fin a una vida marcada por la drogadicción, los excesos y la mala vida.

Su mirada se posó en el asfalto, donde una manta metálica reflejaba el parpadeo azul de las luces policiales. Aquel destello intermitente ocultaba lo que quedaba de Matesanz, un hombre que había sido muchas cosas: un jefe, un verdugo, una víctima de sus propios demonios. Nieves sintió un escalofrío recorrerle la espalda, como si el viento llevara consigo los ecos de una historia que nunca debería haber ocurrido.

—¿Cómo te las apañaste? —preguntó Nieves, la voz estaba cargada de curiosidad y desconcierto. El agresor era el doble de grande que Carmen, pero él estaba muerto. Carmen no.

Carmen tomó aire, aun temblando, y apretó un manojo de llaves contra su palma.

—Cuando me tiró al suelo, le di una patada con todas mis fuerzas en sus partes y conseguí recomponerme —empezó a relatar con su voz rota, pero decidida—. Él estaba furioso, como un animal herido. Se lanzó contra mí y ambos rompimos la puerta del balcón. Mientras forcejeábamos, nos agarramos de la verja. Si la mueves, verás que está suelta.

Nieves salió, probó la barandilla y confirmó que estaba floja. Las marcas en el suelo contaban el resto de la historia: huellas que no

coincidían con las suyas, cicatrices del forcejeo que se llevó una vida.

—¿Cómo lograste que se cayera? —insistió Nieves, buscando el último eslabón perdido.

Carmen levantó el llavero, que tenía un pincho de defensa personal.

—Se lo clavé. Todas las veces que pude. Cuando fue a agarrarme para estrangularme por última vez, perdió el equilibrio y cayó.

La respuesta llenó los huecos de la historia, pero una duda persistía en el aire. Nieves entrecerró los ojos.

—Lo que no entiendo es... ¿Qué hacía Alicia aquí mientras peleabais? - el rostro de Carmen se tensó y Nieves se dio cuenta de que aquello no tenía sentido en absoluto. Carmen estaba ocultando algo, la pregunta era el qué.

—Revisaba su móvil. Cuando salí... ¡Se le cambió la cara y se fue corriendo!

El móvil. Nieves lo buscó con la mirada. Allí estaba, en la mesa, esperando desvelar un secreto que ninguna de las dos alcanzaba a entender. Nieves cogió el teléfono y marcó el único número que había en la agenda. En cuanto la otra persona escuchó su voz le colgó de inmediato. Aquello también era del todo extraño. La agenda estaba completamente vacía salvo por un número de teléfono en la misma. Es como si alguien hubiera querido hacer limpieza.

—Necesito tu declaración formal. ¿Estás en condiciones? —preguntó Nieves con un tono más profesional.

Carmen asintió con la cabeza, pero su actitud cambió de inmediato cuando Nieves mencionó la comisaría. Sus ojos, antes sumisos y agotados, se endurecieron como si una barrera invisible se hubiera levantado entre ellas. Se resistió, argumentando con una voz quebrada pero firme, hasta que finalmente accedió. La única condición que puso Carmen para ir a comisaría esa misma noche fue

ir en su propio coche para así poder irse a un sitio más tranquilo una vez hubiera acabado su declaración.

Nieves aceptó, aunque no sin reservas. Dudaba de la capacidad de Carmen para conducir después de la pelea y del shock que había sufrido. Además, no podía evitar sentir un miedo latente por ella misma y por la criatura recién nacida que la esperaba en casa. Cada decisión, cada movimiento, parecía cargado de consecuencias impredecibles. Cuando recorrieron las primeras calles, el miedo de Nieves desapareció y Carmen parecía mucho más tranquila y serena de lo que correspondía para alguien que acababa de sufrir una agresión tan brutal como la que había vivido.

El trayecto fue silencioso, tenso, como si el aire dentro del coche estuviera cargado de palabras no dichas. Nieves, acostumbrada a leer entre líneas, interpretó el silencio de Carmen como una táctica más que como un simple gesto de agotamiento. Una abogada, después de todo, sabe que todo puede ser usado en su contra: un gesto, una palabra, incluso un silencio.

—Tengo que parar a mear... —dijo Carmen al llegar a Vicálvaro de manera impulsiva y con cierto tono de urgencia en su voz.

—Mejor en comisaría —replicó Nieves, impaciente, queriendo quitarse de encima la declaración e irse a casa cuanto antes a descansar y a ver a su hijo.

Carmen no esperó respuesta y tomó el desvío, indicando que no aceptaba un no por respuesta.

—Si hay tráfico, me lo hago encima. ¿Es eso lo que quieres? – le reprochó mientras hacía lo que quería.

Nieves, superada por el cansancio, decidió no discutir. Aparcaron frente a una cafetería cerca del juzgado, un lugar que Carmen parecía conocer bien.

—Pídeme un café solo largo para llevar, voy al baño —dijo, desapareciendo sin dejar espacio para la réplica y escabulléndose por el pasillo dirección al baño.

Nieves obedeció y se quedó esperando en la barra, intentando distraerse con el aroma reconfortante del café que llenaba el ambiente. Pero su mente, inquieta y obstinada, regresó una y otra vez al caso. Alicia. Carmen. Juan. Las piezas no encajaban, como si faltara algo crucial que uniera todo aquel caos.

El tiempo pasó, y Nieves comenzó a inquietarse. Carmen tardaba demasiado en volver. Con un nudo de preocupación en el estómago, se dirigió a los baños, pero estaban vacíos. La ansiedad creció en su pecho, apretándole el corazón como un puño invisible. Fue entonces cuando notó algo extraño: una puerta lateral que daba a la calle estaba entreabierta, y una leve brisa entraba, agitando las cortinas con un susurro casi imperceptible y como un testigo silencioso de lo que había sucedido en aquel lugar.

Salió corriendo, el aire frío de la mañana golpeó su rostro con una crudeza que la despertó por completo. El coche de Carmen ya no estaba donde lo habían aparcado. En el suelo, entre los adoquines, yacía el móvil de la abogada, destrozado en pedazos de cristal y plástico y pisoteado para que resultara inservible. La tarjeta SIM no estaba entre los restos.

Nieves se inclinó, recogiendo los restos del dispositivo con manos temblorosas. Un nudo se formó en su garganta, apretando cada vez más. ¿Qué diablos estaba sucediendo? La sensación de que algo mucho más grande y oscuro se ocultaba detrás de todo esto la invadió, dejándola con más preguntas que respuestas.

## 17 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Alicia estaba atrapada en una encrucijada, un nudo de decisiones que se apretaba cada vez más en su pecho, como si cada opción fuera un hilo que la estrangulaba un poco más. Necesitaba respuestas, pero el camino para obtenerlas era un terreno fangoso que se extendía más allá de los límites de la ley, un lugar donde las reglas se desdibujaban y las consecuencias podían ser tan peligrosas

como las preguntas que intentaba responder. Sus fuentes habituales, aquellas que solían proporcionarle información confiable, estaban fuera de alcance, y cualquier intento legal para conseguir lo que necesitaba podía llevarla directa a una celda. No había alternativa, o, al menos, no había una que no implicara arriesgarse.

Con el motor renqueante de su vieja C15, que tosía y protestaba con cada curva, condujo hasta un pequeño pueblo de Cuenca, un lugar tan remoto que parecía existir fuera del tiempo. Las colinas a su alrededor, imponentes y silenciosas, parecían vigilantes mudos de su desdicha, observándola con una indiferencia que la hacía sentirse aún más pequeña. La carretera serpenteaba ante sus ojos, como si se burlara de sus dudas, llevándola más y más lejos de cualquier rastro de seguridad o certeza.

El vehículo vibraba cada vez que afrontaba una pendiente, y Alicia no pudo evitar recordar con nostalgia los días en los que se desplazaba en coches que subían aquellas cuestas sin esfuerzo, como si el mundo estuviera a sus pies. Pero esos tiempos quedaban atrás, sepultados bajo capas de decisiones equivocadas y circunstancias adversas. Ahora todo en su vida estaba maltrecho, desde la carrocería oxidada de su coche hasta su propia moralidad, desgastada por los compromisos y las concesiones que había hecho para sobrevivir.

El destino era Aaron Roldán, mejor conocido como Aro, un joven informático con un talento inquietante para penetrar en bases de datos y desentrañar secretos que se suponía debían permanecer ocultos. Aro no era un recurso que se pudiera usar a la ligera. Era un fantasma en el mundo digital, un genio que operaba desde las sombras y solo trabajaba con conocidos de confianza, aunque esa confianza era tan esquiva como un espejismo en el desierto.

Trabajar con él era caro, no solo en términos monetarios, sino también en algo más intangible: el costo real se medía en la parte del alma que se dejaba atrás con cada transacción. Alicia había acudido a él cuatro veces en el pasado, cada vez en situaciones desesperadas en las que el fracaso en algún caso acechaba como una sombra al acecho. Había gastado más de cien mil euros en sus

servicios, y cada billete era como un ladrillo más en la pared que la separaba de sus propios principios.

Cada vez que cruzaba esa línea, sentía cómo una parte de sí misma se desvanecía, como si el precio de la información no fuera solo el dinero, sino también un pedazo de su integridad. Pero ahora, una vez más, no tenía otra opción.

Cuando Alicia aparcó en el centro del pueblo, un escalofrío recorrió su espina dorsal, como si el lugar mismo la estuviera advirtiendo de algo. Era un sitio que parecía petrificado en el tiempo, con sus calles empedradas y fachadas desgastadas por los años. Un grupo de ancianos se agolpaba bajo la sombra de un árbol, sus miradas cansadas pero evaluadoras quedaban clavadas en ella mientras pasaba. Se sintió desnuda ante esos ojos, como si pudieran leer en su rostro las decisiones que la habían llevado allí, como si supieran que no era una visitante casual.

En el bar, el aire olía a una mezcla de café rancio y lejía, un aroma que le recordó a lugares que prefería olvidar. Alicia pidió el "*especial de la casa*", las palabras que servían como una llave para abrir la puerta que buscaba. Apenas cinco minutos después, Aro entró con su paso relajado y seguro, un contraste abrumador con la ansiedad que ella intentaba disimular. Se sentó junto a ella sin ceremonia, su presencia electrizaba el ambiente como si llevara consigo una carga de energía que alteraba el espacio a su alrededor.

Aro tenía veintidós años y un aire despreocupado que no dejaba entrever el filo cortante de su intelecto. Su apariencia destrozaba todos los estereotipos: rubio, de rizos rebeldes que caían sobre su frente como si desafiaran cualquier intento de control, y unos ojos azul celeste que parecían escarbar hasta lo más profundo de quien se atreviera a sostenerle la mirada. A pesar de su delgadez y baja estatura, su porte irradiaba una seguridad que desarmaba, como si supiera que, en su mundo, él era el rey.

Su sonrisa, cuando aparecía, tenía la capacidad de calmar a la vez que inquietar. Era una sonrisa que podía tranquilizar a un cliente nervioso, pero que también escondía una advertencia: no subestimarlo. Porque tras esa fachada amable, habitaba un hombre implacable. Si alguien lo traicionaba, podía destruir vidas con un par

de clics, hundiendo a su víctima en un caos de deudas ficticias, embargos y ostracismo digital. Alicia lo sabía demasiado bien. La sonrisa dulce que le dedicaba en ese momento podía convertirse en una mueca cruel en un parpadeo de ojos, y esa dualidad era lo que lo hacía tan peligroso.

—Me la estoy jugando mucho contigo —dijo él a modo de saludo mientras se acomodaba en la silla frente a ella. Su voz, sin embargo, carecía de reproche; era más bien una observación, un recordatorio de que cada encuentro con él implicaba un riesgo calculado.

—Vamos, Aro, aquí no vienen los Civiles nunca… —replicó Alicia, intentando adoptar un tono relajado, aunque la tensión en sus hombros delataba lo contrario. Pero Aro no confiaba en palabras; su mirada, rápida y meticulosa, escaneó el bolso abierto sobre la mesa, asegurándose de que no había dispositivos de escucha ocultos entre sus pertenencias. Una vez satisfecho, se giró hacia el resto del bar con una sonrisa amplia y desenfadada.

—¡Ajoi! —exclamó, levantando la mano en un gesto que irradiaba camaradería, como si fuera un cliente habitual y no un fantasma en el mundo real.

La reacción fue inmediata y desconcertante. En cuestión de segundos, el camarero desapareció por la puerta trasera, como si una señal invisible lo hubiera alertado. Los ancianos que jugaban a las cartas en una mesa cercana se levantaron en silencio, abandonando el lugar sin una palabra, como si obedecieran a un protocolo bien ensayado. La puerta principal se cerró con un chirrido pesado, resonando en el aire como un eco que sellaba el ambiente en un silencio inquietante.

Alicia lo miró con asombro, sintiendo cómo el peso de la situación se hacía más palpable. El bar, que momentos antes había estado lleno de vida, ahora parecía un escenario vacío, preparado para algo que ella no terminaba de entender.

—¡Qué control…! —murmuró Alicia, su voz era temblorosa, pero llena de una admiración que rozaba la incredulidad.

Sus ojos, brillantes y ansiosos, no podían apartarse de él, como si acabara de presenciar a un dios manipular los hilos del mundo.

—Saben lo que hay. Y yo soy generoso —respondió él, con una media sonrisa que no llegaba a sus ojos fríos y calculadores.

Su tono era suave, casi indiferente, como si aquel nivel de influencia fuera tan mundano como respirar. Sin perder más tiempo, abrió el expediente que ella le había entregado. Sus dedos largos y delgados pasaban las páginas con una precisión mecánica, tan rápida que parecía que no leía, sino que devoraba la información.

—Es un caso menor —dijo finalmente, sin levantar la vista, como si el asunto fuera una migaja insignificante en su banquete de poder —. No entiendo qué haces aquí.

—Aro, este caso desapareció de mi archivo como por arte de magia. Eso es imposible, yo jamás lo borraría —replicó Alicia, intentando mantener la calma, pero su voz se quebró ligeramente, delatando la urgencia que ardía en su pecho.

—Lo sé. Recuerda que te sigo los pasos… —dijo él con una naturalidad inquietante, como si vigilar cada movimiento de Alicia fuera tan trivial como mirar por una ventana.

—No esperaba menos… —apuntó ella, con una sonrisa tensa, sabiendo que su contrincante era un obseso del control, un depredador que nunca soltaba a su presa.

El silencio que siguió fue denso, cargado de electricidad, como el aire antes de una tormenta. Alicia lo necesitaba, lo anhelaba, como el desierto anhela la lluvia.

—Alicia… ¿qué quieres? —preguntó él al cabo de unos segundos con sus ojos fijos en un punto lejano de la estantería de ginebras, como si ya supiera la respuesta, pero disfrutara haciéndola decirlo.

—Necesito tu ayuda… —su voz fue un susurro, pero cargado de determinación.

—No —dijo él, tajante, después de una pausa calculada—. Ahora mismo eres tóxica…

Aro se levantó con elegancia, como un felino que decide abandonar la presa, y se dio la vuelta, dando por terminada la conversación.

—Vamos, Aro, tú eres capaz de hacer lo que quieras —dijo ella, apelando a su ego, a esa parte de él que siempre quería demostrar su superioridad. Funcionó. Él se detuvo y, lentamente, como si el mundo girara a su ritmo, se volvió a sentar.

—Si no es que no pueda, es que no quiero… —su voz era fría, pero había un destello de algo más en sus ojos, algo que Alicia captó al instante.

—Aro, tú pon el precio… —insistió ella, desafiante, sabiendo que estaba jugando con fuego.

—No creo que puedas pagarlo —se ajustó la camisa con una calma exasperante y cogió un cacahuete del plato, jugueteando con él entre sus dedos sin intención de comerlo.

—Prueba… —retó Alicia, inclinándose ligeramente hacia adelante, sus ojos brillaban con una mezcla de desesperación y desafío.

Aro sonrió, esa sonrisa que siempre hacía que Alicia sintiera que estaba caminando sobre un campo minado.

—Ya te pediré un favor cuando yo quiera… Que conste que saldrá caro… —dijo, su voz sonó como un susurro seductor, pero lleno de advertencias.

—Me lo imaginaba —dijo ella con un alivio que no pudo ocultar, aunque sabía que el precio sería alto.

—Eso y treinta mil euros —añadió él, tirando las cáscaras al plato y los cacahuetes sobre la mesa sin comerlos, como si el gesto fuera una metáfora de su desprecio por las cosas mundanas.

—Poco me parece… Necesito saber todo sobre ese expediente… —respondió Alicia, su voz era firme ahora, decidida a pagar lo que fuera necesario.

El bar estaba sumido en un silencio incómodo, roto solo por el leve sonido de un reloj y el murmullo lejano de una televisión. Aro tecleaba en su teléfono con una precisión casi mecánica, sus dedos

se movían como si estuvieran dirigidos por una mente superior. Cada clic resonaba como un latido en el aire cargado de tensión. Alicia lo observaba con los ojos clavados en la pantalla, esperando, temiendo lo que iba a encontrar.

—No veo nada fuera de lo común… —dijo Aro finalmente, rompiendo el silencio. Su voz era fría, casi indiferente, como si estuviera leyendo un informe meteorológico.

—¿Y? —preguntó ella, con voz temblorosa pero urgente, como si su vida dependiera de la respuesta.

—Un caso sencillo, algo que cualquiera podría llevar… No es tu estilo… —Aro la miró de reojo, sus ojos oscuros reflejaron una mezcla de curiosidad y desaprobación.

—Mientras me paguen… —murmuró Alicia, evitando su mirada. Sus palabras sonaron huecas, como si ni ella misma las creyera.

Aro le entregó el teléfono con un gesto seco. Alicia lo tomó con manos temblorosas y reprodujo el vídeo grabado en la sala delante del juez. La imagen cobró vida y, de repente, el pasado la golpeó con la fuerza de un tren descarrilado. Allí estaba ella, en la sala del tribunal, con una expresión fría y calculadora. Sus palabras, afiladas como cuchillas, destrozaban a la demandante, reduciéndola a lágrimas. Alicia se vio a sí misma como una extraña, una versión despiadada y vacía de la persona que creía ser.

—No… —susurró, pero la voz se le quebró. Un nudo de asco y horror se apretó en su estómago. Antes de que pudiera reaccionar, el cuerpo le traicionó. Se inclinó sobre el suelo del bar y vomitó hasta que no quedó nada más que el sabor amargo de la culpa.

—Alicia… —Aro extendió una mano hacia ella, pero la retiró antes de tocarla, como si temiera contaminarse con su desesperación.

—Ponlo de nuevo… —dijo ella, limpiándose la boca con una servilleta arrugada. Su voz era un hilo de voz, pero cargada de una determinación enfermiza.

—Alicia, no creo que… —comenzó Aro, pero ella lo interrumpió con un grito desgarrador.

—¡Ponlo, joder! Por treinta mil putos euros, creo que me merezco más de un puto minuto. —Sus palabras resonaron en el bar vacío, cortando el aire como un cuchillo.

Aro no discutió. Sabía que había momentos en los que las palabras solo empeoraban las cosas. Reprodujo el vídeo de nuevo, y Alicia lo observó con una mezcla de horror y fascinación. Cada palabra que salía de su boca en la pantalla era un recordatorio de lo que se había convertido: una máquina de destrucción, una manipuladora sin escrúpulos.

—Es tu trabajo, Alicia —dijo Aro finalmente, su voz fue suave pero firme. Pero las palabras no ofrecieron consuelo. Solo profundizaron la herida.

—Ponlo otra vez —ordenó ella, limpiándose los labios con una servilleta manchada. Su voz era un susurro roto, pero sus ojos ardían con una intensidad que asustaba.

—Alicia… —Aro vaciló, pero ella lo miró con una furia desesperada.

—¡Ponlo ya, joder! —gritó, golpeando la barra con el puño. El sonido resonó como un disparo.

El vídeo comenzó de nuevo, y esta vez Alicia notó algo que antes había pasado por alto. En el fondo de la sala, casi imperceptible, había una mujer con una mascarilla. Sus ojos se clavaron en esa figura, y de repente, todo cobró sentido. El mundo pareció detenerse.

—No puede ser… —murmuró, su voz era apenas audible. Pero en su mente, las piezas encajaban con una claridad aterradora.

Aro hizo zoom en la imagen, confirmando lo que ambos ya sabían. Alicia sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Vomitó de nuevo, esta vez sin importarle quién la viera. Tomó el teléfono de Aro con manos temblorosas y reprodujo de nuevo el vídeo de la declaración, tratando de buscar algo que se le escapara, que justificara lo que estaba viendo, pero no lo encontró.

—No puede ser… ¡NO PUEDE SER! —gritó al aire, sus palabras rompieron el silencio del bar. Pero no había nadie para escucharla, solo el eco de su propia desesperación.

Aro la observó en silencio, su expresión era impasible pero sus ojos estaban llenos de una comprensión dolorosa. Sabía que no había palabras que pudieran consolarla. Finalmente, se levantó, le dio una leve palmada en el hombro y se alejó, dejando a Alicia sola con el peso de sus decisiones.

El bar quedó en silencio, excepto por el sonido de la respiración entrecortada de Alicia. Se sentó en el taburete, con las manos en la cara, tratando de borrar la imagen que había visto, pero sabía que era imposible. El reflejo en el vídeo era una parte de ella, una parte que no podía escapar. Y en ese momento, supo que nunca volvería a ser la misma.

## AGOSTO DE 2021. NEREA.

Ya en la sala, Nerea sentía cómo el aire se volvía pesado, casi pegajoso, como si el espacio mismo estuviera conspirando contra ella. El sudor le perlaba la frente, pero sus manos estaban heladas, temblorosas, como si el frío de la ansiedad se hubiera apoderado de su cuerpo. Su abogado le había advertido de la dureza de la otra letrada: "*Es implacable, no tiene escrúpulos*", había dicho. Pero ninguna advertencia habría podido prepararla para lo que le esperaba.

Había sobrevivido al intento de suicidio gracias a su hijo Martín, que regresó a casa antes de lo previsto esa noche fatídica. Lo recordaba en flashes desordenados: la puerta abriéndose de golpe, la luz de la sala encendiéndose de repente, los gritos desesperados de Martín y sus manos temblorosas sacándola de la bañera. Luego, el frío del metal de la camilla, el ulular distante de la sirena y la oscuridad que la envolvió mientras perdía la conciencia. Le dijeron que se salvó por minutos, que el tiempo había sido su único aliado en aquel momento crítico.

Las Navidades se volvieron un borrón de luces parpadeantes y caras preocupadas. Había tocado fondo, confesando entre sollozos todo lo que había soportado en silencio durante tanto tiempo. Sus hijos no dudaron en actuar: llamaron a la policía y denunciaron a su jefe, decididos a hacer justicia por ella.

Las semanas en el ala psiquiátrica del hospital fueron un torbellino de emociones contradictorias. Entre terapias interminables, antidepresivos que la dejaban aturdida y ansiolíticos que apenas lograban calmar su ansiedad, se sentía como un espectro, viendo la vida pasar desde una distancia insalvable. Cuando finalmente le dieron de alta, sus hijos, ahora sus únicos pilares, se mudaron con ella, reorganizando sus vidas para no dejarla sola ni un instante. Fueron días de ajustes, de silencios incómodos y miradas llenas de preocupación, pero también de pequeños gestos que le recordaban que no estaba sola.

A medida que recuperaba algo de estabilidad, surgieron las discusiones sobre cómo afrontar la situación judicial. Gracias a la perseverancia de su hija, consiguió un abogado que aceptó trabajar gratuitamente en su caso. Por primera vez en meses, Nerea tuvo una meta clara: el juicio. Era una luz al final del túnel, aunque sabía que el camino estaría lleno de obstáculos.

El día de la vista preliminar, sus nervios estaban al límite. La sala del tribunal, con sus muebles de madera oscura y su aire solemne, la hacía sentirse pequeña y vulnerable. La sesión comenzó y, al principio, todo parecía ir bien. Su abogado la miraba con aprobación mientras narraba, con la voz rota pero firme, los sucesos del último año. Nerea intentaba mantenerse serena, pero cada palabra la transportaba de vuelta a aquellos momentos de dolor y humillación. Sin embargo, cuando llegó el turno de la defensa, la atmósfera cambió.

La sala del tribunal estaba envuelta en un silencio pesado, como si el aire mismo contuviera la respiración de todos los presentes. La abogada defensora, impecablemente vestida y con una expresión que mezclaba desdén y profesionalismo, se levantó con elegancia. Sus tacones resonaron en el suelo de madera como martillos golpeando un ataúd.

La abogada, Alicia Sáez Hierro, se incorporó con la elegancia fría de un halcón preparándose para el picotazo final. Sus ojos, del color del acero, barrieron la sala antes de clavarse en Nerea, que parecía haberse encogido en el estrado.

—Con la venia de su señoría —comenzó, su voz era un filo perfectamente afilado—. Señora Repullo, para que conste en acta... ¿afirma usted encontrarse en condiciones de declarar? —La pregunta, aparentemente protocolaria, estaba cargada de un veneno dulzón.

Nerea asintió con la cabeza, un movimiento espasmódico. Sus manos, vendadas toscamente, se aferraban al borde de la mesa. Las gasas blancas eran un mudo y elocuente testimonio.

Alicia esbozó una sonrisa minúscula, un gesto que no llegó a convencer a nadie.

—Veo que las muñecas le molestan. Es comprensible. Los cortes profundos suelen dejar esa sensación de... fragilidad. —Hizo una pausa calculada, dejando que las palabras resonaran—. Dígame, ¿también fue una *"sensación de fragilidad"* lo que la llevó a acuchillar la reputación de mi cliente después de que este pusiera fin a su... efímera relación?

—No... no fue así —logró balbucear Nerea, sintiendo cómo las heridas bajo las vendas latían al unísono con su corazón.

—Ah, ¿no? —La abogada se acercó el micrófono a la cara en un gesto teatral—. Centrémonos entonces en la noche del 23 de diciembre. La noche en que, según el parte de urgencias, fue encontrada en su bañera con ambas muñecas seccionadas en un claro y trágico intento de suicidio. ¿Lo niega?

Nerea bajó la mirada hacia sus vendas. Un temblor incontrolable recorrió su cuerpo.

—No... no lo niego.

—Un drama navideño en toda regla —continuó Alicia, con una voz que goteaba sarcasmo—. Sangre en lugar de champán. ¿Es esa su forma de celebrar, señora Repullo? ¿O quizás era el preludio perfecto

para urdir una acusación que le garantizara una jugosa compensación? Porque los hombres como mi cliente no se manchan las manos con sangre... la compensan con cheques.

—¡Protesto! —rugió el abogado de Nerea con el rostro encendido.

—Acéptela, señoría —dijo Alicia sin inmutarse, dirigiendo una mirada glacial al juez—. Solo estoy conectando los puntos que la propia demandante ha dibujado con su... conducta histriónica.

La jueza, con un suspiro, hizo un gesto de asentimiento.

—Puede continuar, señora Sáez.

Fue entonces cuando las pantallas se encendieron. Los mensajes obscenos, las promesas ardientes, las fotografías íntimas... Todo el idilio digital entre Nerea y Víctor quedó expuesto bajo la fría luz de la sala.

—¿Reconoce esta joya epistolar? —preguntó Alicia, señalando un mensaje particularmente gráfico—. ¿Esta es la misma mujer que ahora se presenta ante este tribunal como una virgen vulnerada? La que se cortaba las venas por amor —o por lo que fuera— una noche, y al día siguiente enviaba esto... ¿Es así de volátil su carácter, o su moral es directamente intercambiable?

—Eso era antes... —trató de explicar Nerea, pero su voz se quebró en un hilo—. Las cosas cambiaron...

—Las cosas cambiaron —repitió Alicia con una lentitud deliberadamente cruel—. ¿Cambiaron cuando se dio cuenta de que mi defendido no tenía intención de divorciarse de su fortuna para casarse con usted?

Ante el silencio sollozante de Nerea, la abogada sacó su arma más letal.

—Y ya que hablamos de conductas volátiles y acusaciones... hablemos de su exmarido. De Carlos Mena. —El nombre hizo estremecer a Nerea—. En aquel proceso, usted lo acusó de maltrato, afirmó vivir aterrorizada... hasta que, oh, sorpresa, se retractó. Admitió haber mentido. ¿Recuerda? Firmó una declaración donde

reconocía haber inventado los golpes para perjudicarlo. —Alicia se inclinó hacia ella, su voz se redujo a un susurro cortante—. Dígame, señora Repullo, ¿qué es más convincente para este tribunal? ¿Sus lágrimas de hoy, o su firma de ayer admitiendo que es una mentirosa compulsiva?

—¡Él me violó! —gritó Nerea, con la poca fuerza que le quedaba, pero era un grito desesperado, ahogado por el peso de su propio pasado.

—¡Él la rechazó! —corrigió Alicia, alzando la voz por primera vez, triunfal—. Y usted, que no soporta el rechazo, pasó de cortarse las venas a intentar cortarle el cuello a la reputación de mi cliente. —Se volvió hacia la jueza, con desprecio—. Señoría, esta mujer es un peligro para cualquier hombre que se atreva a cruzar su camino. Primero fue el señor Mena, ahora es el mío. ¿A quién le tocará la próxima vez? Solicito el archivo inmediato de estas infames calumnias. Ya basta de permitir que sus cicatrices, autoinfligidas o no, manchen la honra de hombres decentes.

La sentencia de sobreseimiento cayó minutos después con la aprobación milagrosa de la fiscalía, que se puso del lado de Alicia. Nerea no lloró. Permaneció sentada, mirando sin ver sus vendas, mientras a su alrededor el mundo de Alicia Sáez Hierro, un mundo de acero y triunfo, celebraba en silencio su victoria.

Varios meses después, el mundo se había vestido de un frío distinto. Las hojas de los árboles, ahora esqueléticos, flotaban en el aire como fantasmas de un otoño ya muerto, arrastradas por un viento que cortaba como cuchillas de hielo. Desde la ventana del quinto piso, la mujer miraba el mundo pasar con una lejanía de estatua. Su reflejo en el cristal era un espectro pálido, una versión desdibujada de la persona que una vez fue. El bullicio de la calle, las risas apresuradas y el parpadeo multicolor de las luces navideñas en los escaparates le llegaban como un eco desde otro planeta. En la habitación, la radio tarareaba un villancico alegre, una melodía que chocaba brutalmente con la opresiva losa de silencio que llenaba el aire, tan densa que casi se podía palpar.

Había perdido todo: la casa que olió a infancia y a años de sueños compartidos, la autonomía de decidir si quería café o té, y, lo más cruel, la última y tenue brasa de esperanza. Su hija, su único y frágil sostén, se deslomaba en dos trabajos para mantenerlas a ambas, y en sus ojos cansados la mujer podía leer una preocupación constante, un miedo sordo. No confiaba en dejarla sola ni un instante. Y cómo iba a hacerlo, si ella, con una sonrisa que le quedaba demasiado grande, fingía estar bien mientras el abismo que había empezado en la oficina aquel día ahora habitaba dentro de ella, devorando, centímetro a centímetro, lo poco que quedaba de su ser.

Estaban viendo la televisión, la pantalla emitía imágenes sin significado, cuando llamaron a la puerta. Un golpeteo seco y mundano. La hija se levantó con un suspiro, ausente, y fue a abrir sin percatarse de que estaba soltando la mano de su madre, de que estaba dejando a un náufrago a la deriva en un mar de pensamientos oscuros. Ni por un solo segundo, en su inocente cansancio, imaginó que podía haber algún riesgo.

Desde el comedor, la madre escuchaba la voz apagada de una vecina, un parloteo metálico sobre temas banales de la comunidad y el eterno debate de poner o no un ascensor en la finca. Eran sonidos huecos, el ruido de una normalidad que ya no le pertenecía. Y entonces, la vecina se fue. En el silencio que siguió, un silencio repentino y cargado de significado, la mujer vio con una claridad aterradora la oportunidad que su subconsciente llevaba meses buscando. Era una rendija, un instante de perfecta y terrible soledad.

Se levantó. Sus huesos protestaron con un crujido sordo. Se recompuso el pijama, un gesto absurdo y vanidoso de dignidad final. Se asomó por la rendija de la puerta: su hija, de espaldas, recogía un sobre del recibidor. Con el dorso de la mano, Nerea se secó una lágrima solitaria que, rebelde, se le escapaba del ojo. No había más. Solo una paz fúnebre y una resolución de acero. Cerró suavemente la puerta del comedor, aislando el mundo. Buscó un bolígrafo y una servilleta, y su mano, que antes dibujaba sonrisas en los cuadernos de su hija, trazó ahora unas palabras temblorosas, cada una era una

losa en su corazón: *"Lo siento, pero no puedo seguir así. Espero que sepas perdonarme. Siempre te he querido, y siempre te querré".*

Para cuando la hija regresó al comedor, un remolino de aire gélido le golpeó el rostro, un latigazo que le heló la sangre en las venas. La ventana abierta de par en par exhibía un rectángulo de cielo sucio y frío. Miró a un lado y al otro, su mirada barrió el espacio vacío, cada vez más rápida, más desesperada. *"¿Mamá?"* El silencio fue la única respuesta.

Su mirada cayó entonces en la servilleta sobre la mesa, un pedazo de papel inocente que contenía el fin del mundo. Lo leyó. Y el mundo, efectivamente, se detuvo. El corazón le estalló en el pecho y una punzada de hielo le recorrió la espina dorsal. No tuvo el valor, ni siquiera la necesidad, de asomarse al vacío del balcón. Lo supo. Con una certeza que le desgarró el alma, supo perfectamente lo que iba a encontrar allí abajo: el silencio definitivo, y el eco de una servilleta blanca meciéndose en el viento invernal.

## 18 DE NOVIEMBRE DE 2024. NIEVES.

Cuando Nieves llegó al anatómico forense, la renombrada doctora Elena Ávila ya la esperaba en su despacho, sumido en una penumbra solo rota por el foco clínico de un flexo que iluminaba, como un altar a la verdad, el informe preliminar de la autopsia de Juan Matesanz. El aire olía a desinfectante y a ambientador con olor a canela y naranja. Elena, conocida por su impecable profesionalismo y una precisión casi quirúrgica, tenía el rostro marcado por una severidad inusual.

Nieves tomó asiento frente a la mesa de acero. Durante un instante cargado de presagio, las dos mujeres se observaron en silencio, midiendo el peso de lo que estaba a punto de revelarse. Finalmente, Elena rompió el silencio con su voz tan fría y cortante como el bisturí que usaba en la sala de autopsias.

—A tu chico lo han matado.

Nieves sintió que se le secaba la garganta en un instante. La frase, simple y brutal, añadía capas de complejidad a un caso que ya había suscitado el interés y la preocupación de toda la ciudad.

—Hombre, si se cayó de un edificio, no esperaba menos —intentó sonar sarcástica, pero la tensión quebró su voz, delatando la conmoción.

Elena sacudió la cabeza con un movimiento lento y deliberado. Deslizó el informe hacia Nieves y abrió una carpeta anexa de fotodocumentación forense.

—La causa inmediata del deceso fue un colapso masivo traumático, sí. Pero la causa de muerte, la real, es anterior. Matesanz ya estaba muerto, o en proceso irreversible de morir, cuando impactó contra el suelo. Alguien le seccionó la arteria carótida común y la tráquea con una hoja excepcionalmente afilada, probablemente un cuchillo de filo largo y delgado. Un corte limpio, de precisión técnica.

La información golpeó a Nieves como un mazazo. Las piezas del caso, que creía tener medianamente claras, se desmoronaron de inmediato. Frunció el ceño y hojeó el informe, mientras sus ojos iban saltando entre términos médicos que apenas entendía: *"hematoma subdural", "laceración de órganos parenquimatosos", "exanguinación aguda".*

—No entiendo nada —su voz fue poco más que un susurro ronco.

—He revisado el cuerpo al detalle —continuó Elena, ajustándose las gafas con un gesto de profunda concentración—. Y la narrativa es más siniestra de lo que pensábamos. Antes del corte cervical, la víctima fue sometida a una agresión física sistemática. Presenta un patrón de contusiones y traumatismos contundentes que indican una paliza de una precisión brutal. Los golpes fueron dirigidos a puntos anatómicos clave: el plexo solar, el hueco poplíteo, los riñones. Zonas de alta concentración nerviosa destinadas a incapacitar, a

infligir el máximo dolor y desarmar por completo a la víctima sin causar una pérdida de conciencia inmediata. Este nivel de destreza no es algo que se consiga con un par de peleas callejeras. Quien lo hizo posee conocimientos avanzados de anatomía y biomecánica. Apostaría el expediente a que tenía entrenamiento en algún sistema de combate cuerpo a cuerpo, quizás Krav Maga o incluso técnicas policiales.

Nieves alzó la vista, incrédula. Nada tenía sentido.

—¿Por qué? ¿Por qué esa saña?

—Para controlarlo por completo —respondió Elena, su mirada era gélida—. El atacante quería reducir cualquier posibilidad de resistencia. Domina, luego mata. Es una progresión metódica.

Nieves cerró los ojos un momento, tratando de asimilar la información mientras su mente reconstruía la escena con estos nuevos y terribles datos. Nada de aquello encajaba con la imagen inicial de un accidente o un suicidio.

—Los técnicos de la científica han cotejado las muestras —añadió Elena, pasando una hoja con los resultados de cromatografía—. La huella de la puerta corresponde al zapato del difunto. Los rastros hemáticos en el lavabo y en la puerta del comedor también son suyos. Coagulación en patrón de salpicadura por proyección de baja velocidad, consistente con movimiento tambaleante.

—¿Y la del espejo? —preguntó Nieves, con una pizca de esperanza de que al menos eso pudiera aclarar algo.

—También es suya. Pero el perfil de la salpicadura es diferente. Es un impacto directo, de origen arterial. Corresponde al momento exacto de la sección del cuello. La víctima estaba de pie frente al espejo cuando le hicieron el corte.

Nieves sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. De pronto, las piezas del macabro rompecabezas comenzaron a encajar en su mente con un clic siniestro. Mientras hablaba en voz baja, casi para sí misma, fue reconstruyendo los hechos, hilando la fría evidencia forense con la brutal lógica del crimen:

—Él llega, forcejea… o patea la puerta. Entra y sorprende a alguien que no lo esperaba. Hay una lucha inicial, ella, o él, cae o es empujada contra el espejo, pero no se hiere de gravedad. Solo es el inicio. Luego… luego se defiende. De verdad. Lo golpea con esa precisión que describes. Lo domina. Lo incapacita con dolor. Lo lleva al baño, lo obliga a ponerse de pie frente al espejo… y le corta el cuello. Quería que se viera morir. Que fuera testigo pleno de su propio final. Luego, ya desangrándose, él, en un último y titánico esfuerzo, logra llegar tambaleándose al comedor, quizás buscando una salida… y es entonces cuando su agresor lo empuja o lo arrastra hasta el balcón y lo arroja al vacío, para borrar las huellas más evidentes y simular el accidente. ¡Por eso la asistente desapareció tan rápido! Sabía que, a pesar de todo, las pruebas forenses acabarían señalando la verdad. Solo ganaba tiempo.

Elena observó a Nieves con una mezcla de interés profesional y una honda preocupación. La descripción de la escena, fría, calculada y con un componente de crueldad psicológica extrema, mostraba un nivel de premeditación y desapego que rozaba lo psicopático.

—Es una hipótesis sólida y plausible —asintió la forense, cerrando la carpeta con un golpe sordo—. La cronotanatodiagnosis y la distribución de las livideces concuerdan con esa secuencia de eventos. Pero una cosa es la plausibilidad médica y otra la prueba judicial. Necesitas más. Necesitas el arma. Necesitas un motivo. Y, sobre todo, inspectora, necesitas encontrar a alguien con la fuerza, la técnica y la frialdad para hacer algo así.

Nieves asintió y salió del despacho con más preguntas que respuestas. Bajó a su despacho y se sentó en su escritorio mientras su compañero escuchaba música con sus auriculares mientras redactaba un informe policial. Lo miró un segundo mientras él parecía no saber que era objeto de deseo. Luego dejó el informe en la mesa y se quedó pensando.

El aire en la oficina de Nieves era denso y quieto, cargado con el olor a tinta de impresora que se le metía en la garganta. La única ventana, pequeña y sucia, filtraba una luz grisácea y polvorienta que

se posaba sobre los montones de carpetas apiladas en el suelo como lápidas en un cementerio de papel.

Tecleó el nombre de Carmen. Los resultados aparecieron en la pantalla, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Allí estaba, en blanco y negro: Carmen Valero, cinturón negro de tercer Dan en Krav Maga y jiu-jitsu. Las palabras de su compañera, Elena, resonaron en su mente con una nueva y aterradora claridad: *"Es alguien que sabe lo que hace..."*. Las fotografías la mostraban en competiciones, con una mirada feroz y concentrada que nada tenía que ver con la mujer temblorosa que había simulado lágrimas en la escena del crimen. Juan Matesanz no solo había elegido a la víctima equivocada; había firmado su sentencia al enfrentarse a un depredador.

Un sonido abrupto, estridente y metálico, quebró su concentración. El teléfono comenzó a vibrar con insistencia, un timbre antiguo que cortó el silencio como un cuchillo. Nieves descolgó, presintiendo el peligro.

—¿Diga?

La voz al otro lado era un susurro sereno y frío, un hilo de acero envuelto en seda. No quedaba rastro de la chica asustada.

—Imagino que ya habrás conectado los puntos, inspectora. O debería decir… ya sabrás lo que le pasó a Juan Matesanz.

Nieves contuvo la respiración. Su mirada se clavó en su compañero, que mordisqueaba un bollo absorto, ajeno al abismo que se abría en la línea. El contraste era surrealista.

—Menuda paliza le diste —dijo Nieves, forzando un tono neutro mientras su mente calculaba frenéticamente formas de rastrear la llamada—Para ser una defensa personal, fue excesivamente… concluyente.

—No estaba entre mis planes, te lo juro —replicó Carmen, y Nieves pudo casi oír el leve encogimiento de hombros en su voz—. Pero la violencia es como una bola de nieve. Una vez empieza a rodar, es difícil controlar su tamaño.

—Fue allí para llegar hasta Alicia, ¿me equivoco? —preguntó Nieves, intentando guiar la conversación.

—No se equivoca. Pero ese tarado no quería interrogarme. Llevaba una navaja. Olía a alcohol barato y odio rancio. Podría haberme abierto en canal de no haber sabido desviar su brazo. ¿Sabe el sonido que hace el cartílago de una muñeca al romperse, inspectora? Es un chasquido seco, como un palillo partiéndose.

Nieves sintió un retorcimiento en el estómago.

—¿Por qué huiste entonces? Si fue legítima defensa…

Una risa suave y amarga interrumpió la pregunta.

—Porque tarde o temprano descubrirías la verdad. No hay abogado en el mundo que pudiera defender lo que pasó después. Lo que hice cuando ya estaba indefenso.

El silencio en la línea se volvió físico, pesado. Nieves podía oír el latido de su propia sangre en los oídos.

—¿Qué quieres decir, Carmen?

—Que le obligué a mirarme. Que le sostuve la cabeza y le forcé a abrir los párpados mientras la vida se le escapaba por la herida. Que quería que lo último que viera fuera mis ojos. No hay legítima defensa que cubra eso, ¿verdad? Eso ya no es defenderse. Es… ejecutar.

—Dios mío —murmuró Nieves, y la palabra se le escapó como un suspiro helado—. ¿Por qué?

—Porque se lo merecía, Nieves —la voz de Carmen perdió por un instante su fría compostura y ardió con una intensidad visceral—.

Nieves sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Carmen… ¿Qué pasó realmente la noche en la que mataron a Julio Matesanz?

Al otro lado del teléfono, solo se escuchó el sonido de una respiración profunda, contenida, como si una compuerta de años se

estuviera cerrando para siempre.

—Algunas historias merecen pudrirse en el olvido junto con quienes las vivieron. Te deseo lo mejor, Nieves. Eres buena en lo tuyo. Pero no… intentes… encontrarme.

*¡Click!*

La línea se cortó, dejando un tono de ocupado que sonó como el golpe de martillo sobre un ataúd. Nieves se quedó petrificada, apretando el auricular contra su oído hasta que la piel le dolía, mientras un sudor frío le recorría la espalda. El olor a café ahora le resultaba nauseabundo. En la pantalla del ordenador, la sonrisa tensa de Carmen en una foto de su federación de artes marciales parecía burlarse de ella.

Todo lo que creían saber del caso era polvo. La investigación no terminaba; se recomenzaba desde cero, desde las sombras. Y en el centro de esa oscuridad, una mujer que no era una víctima, sino un espectro letal moviéndose con la de un verdugo. Todo estaba por acabar… o, realmente, por empezar.

## 18 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

La noche cayó sobre Alcalá de Henares como un manto de terciopelo negro, empapado en un frío húmedo que se colaba hasta la médula. Alicia, apoyada en la barandilla de la azotea, sentía el hormigón helado a través de la fina tela de sus vaqueros. El mismo lugar donde días atrás había encontrado una salida desesperada, ahora era un altar de incertidumbre. Un viento cortante silbaba en sus oídos, secándole los labios y llevándose consigo el último vestigio de calor de su cuerpo. Llevaba días sin comer decentemente, y el vacío en su estómago era un poso oscuro y palpitante.

Había sido una llamada desesperada de auxilio de Carmen la que la había devuelto a un sitio al que nunca pensó en volver. Le debía mucho, comenzando por explicaciones.

El chirrido oxidado de la bisagra de la puerta la sobresaltó, cortando el rumor lejano de la ciudad como un cuchillo. Al volverse, la figura de Carmen se recortó contra el umbral. Era una versión quebrada de la mujer que conocía: el cabello, grasiento y revuelto, enmarcaba un rostro de una palidez cadavérica. La profunda ojera morada bajo sus ojos y el hematoma violáceo en su sien izquierda contaban una historia muda de violencia. Alicia se acercó, y el crujido de sus pasos sobre la grava suelta fue el único sonido. La envolvió en un abrazo, notando cómo los huesos de Carmen se marcaban a través del abrigo. Al separarse, le dejó un beso en la mejilla, cuya piel notó fría y húmeda. Sus miradas se encontraron y, durante un latido eterno, el miedo, la desconfianza y una pizca de esperanza bailaron en el aire gélido entre ellas.

—Dime que estás bien —susurró Alicia, alargando una mano para tocar con las yemas de los dedos el cardenal en la frente de Carmen. Su piel estaba extrañamente caliente sobre la hinchazón.

Carmen apartó el rostro con un movimiento brusco, un gesto de dolor más que de rechazo.

—Juan Matesanz —escupió el nombre como si fuera veneno, y su aliento formó un fantasma blanco en el aire.

Alicia cerró los ojos, conteniendo una ola de ira tan feroz que le supo a metal en la boca.

—Hijo de la gran puta... —masculló, apretando los puños hasta que las uñas se le clavaron como agujas en las palmas.
—Totalmente —confirmó Carmen con una voz plana, vacía.

Alicia se encaramó al muro, apoyando los brazos contra el muro y mirando al vacío. Las luces de la calle dibujaban patrones dorados y alargados sobre el asfalto mojado. Carmen permaneció de pie, cruzada de brazos, no por desafío, sino como si intentara contener pedazos de sí misma que amenazaban con desmoronarse. La miró de reojo, estudiando su perfil. El silencio se extendió, volviéndose pesado e incómodo, cargado de todo lo que no se atrevían a decir.

Fue Carmen quien lo rompió, su voz iba cargada de una urgencia áspera.

—Alicia, necesito saberlo. ¿Qué coño ha pasado? De verdad. Ya no aguanto más sombras.

Alicia suspiró, y su aliento se mezcló con la neblina de la noche.

—No lo sé con certeza, Carmen. Es como intentar agarrar humo. Pero todas las pistas... apuntan a Amanda Matesanz. —Hizo una pausa, eligiendo las palabras con pinzas—. ¿Y si todo esto es su jugada maestra? Deshacerse de su propia familia para quedarse con el imperio. Una limpieza sanguinaria.

Carmen soltó una risa corta y amarga que no tuvo nada de alegría.

—Puta zorra. Siempre la más lista en la sala, ¿eh?

—Cuando me desperté —continuó Alicia, bajando la voz hasta casi un susurro confidencial—, la pistola estaba sobre mis manos. La que mató a Julio. Olía a pólvora y a sangre... y a mí. Todo era un marco perfecto. — Tragó saliva, sintiendo de nuevo el pánico de aquel momento—. En segundos, la cambié por la mía. Era lo único que se me ocurría. Crear una pista falsa, ganar tiempo...

El peso de la confesión cayó sobre ambas con la fuerza de un bloque de hormigón. Carmen dio un paso atrás, como si las palabras de Alicia la hubieran empujado físicamente. Su mirada se nubló, pasando de la complicidad a una duda profunda y dolorosa.

—Una pista falsa... —repitió Carmen, saboreando las palabras—. ¿Y en qué me convierte eso a mí, Alicia? ¿En tu cómplice o en tu próxima pista falsa? —Su voz tembló ligeramente—. Dime la verdad... ¿sabías que yo estaría en la línea de fuego cuando hiciste eso?

Alicia, por fin, se giró para mirarla a los ojos, herida por la insinuación.

—¿Cómo puedes preguntarme eso, Carmen? ¡Confié en ti! ¡Por eso estás aquí!

—¡O porque soy la única que te queda! —replicó Carmen, con los ojos brillantes por la furia y las lágrimas contenidas—. ¿Dónde está? ¿Dónde la dejaste?

Alicia, con el corazón encogido, señaló con la barbilla hacia la chimenea de ladrillo.

—Allí. Dentro.

Carmen asintió con la mandíbula apretada, y se acercó al escondite. Mientras ella se agachaba, Alicia volvió su mirada hacia el perfil iluminado de los edificios históricos. La belleza serena de la ciudad le pareció de repente una burla cruel, una postal perfecta para un final anunciado. *"Una postal perfecta para morir"*, pensó, y esta vez la amargura le supo a hiel.

Detrás de ella, el sonido metálico y seco de un cargador siendo verificado, seguido del clic inconfundible de una recámara al ser encajada, cortó la noche. Eran sonidos que Alicia conocía demasiado bien. No se giró. Una fatiga infinita, una calma sobrenatural y letal, se había apoderado de ella.

—¿Qué vas a hacer ahora, Carmen? —preguntó con voz serena, casi un susurro contra el viento.

El silencio fue la única respuesta durante unos segundos eternos. Luego, la voz de Carmen, transformada, gélida y cargada de una certeza aterradora, rompió el hechizo.

—Alicia...

Era el tono lo que la hizo fruncir el ceño. No era una pregunta, ni una despedida. Era una sentencia. Iba a girarse, a buscar en los ojos de su amiga el porqué, pero el tiempo se había agotado. Carmen apuntó a la cabeza de Alicia y apretó el gatillo.

## 13 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

La luz fría de la lámpara de escritorio partía la habitación en dos: la penumbra donde se refugiaba Julio y el cono de luz blanca que iluminaba a Alicia, sentada tras el escritorio como un juez en su tribunal. El aire olía a polvo y a ambientador cítrico que valía un ojo de la cara. Julio, hundido en el sillón de cuero agrietado, no podía estarse quieto. Sus dedos tamborileaban un ritmo de ansia en el brazo del sillón, un tic nervioso que delataba la fachada de indiferencia que intentaba mantener.

Alicia no se inmutaba. Las manos quietas sobre la mesa, la mirada fija en él, era un bloque de hielo. Esperó a que el silencio se volviera tan pesado que Julio creyera que se ahogaba en él.

—Voy a confesar —soltó él al fin, como escupiendo un veneno.

Ella no respondió de inmediato. Con movimientos lentos y deliberados, sacó un sobre manila de debajo de una carpeta y lo deslizó por la mesa. El ruido del papel sobre la madera laminada sonó como un latigazo en la habitación silenciosa.

Julio lo abrió con manos que levemente titiritaban. Sus ojos escanearon la hoja y, de repente, su respiración se cortó. El color se le fue de la cara. Alicia ya tenía la confesión que había elaborado con otro abogado y que iba a presentar a la fiscalía al día siguiente.

—Vaya… —musitó, forzando una sonrisa que fue más una mueca de dolor—. Veo que tus honorarios lo valen. Has detallado hasta el último céntimo.

—¿Por qué? —preguntó Alicia. Su voz era plana, metálica, sin una gota de emoción.

Julio se encogió de hombros, un gesto forzado y cobarde.

—No me veo entre rejas. No es mi estilo.

—Y por eso decides venderme. Arrastrarme contigo al barro.

—Es lo inteligente —soltó él, con una risa seca y ronca que no llegó a convencerla—. Así el trato es mejor para mí. Simple

matemática, Alicia.

Ella lo observaba como quien observa un insecto raro bajo un microscopio, con una mezcla de desprecio y curiosidad científica.

—Hay más alternativas. Podríamos…
—¡No! —cortó él, golpeando el brazo del sillón con el puño. La máscara se le cayó por un instante, mostrando el pánico que había debajo—. Está decidido. Así que deja de dar vueltas, ¿vale? Con lo lista que eres, seguro que sales de esta…

Alicia inclinó la cabeza. En sus ojos no había dolor, solo un cálculo gélido.

—Mi carrera se termina después de esto. La que construimos juntos. ¿Dónde queda mi vida en tu *"simple matemática"*?

Julio soltó un bufido, un sonido feo y despectivo.

—Me importa una puta mierda tu vida, ¿está claro? Es lo que toca. Te toca a ti. Punto.

La traición ya no era una sospecha; era una cosa viva y pestilente, envenenando el aire entre ellos.

—Julio —dijo Alicia, con una voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla—. Yo no recuerdo haber hecho algunas de las cosas que me achacas aquí. Cosas violentas. Cosas estúpidas.

Una sonrisa amplia y cruel se extendió por el rostro de Julio.

—Normal. Me las inventé. Me ayudó… gente a la que quiero proteger. Gente a la que tú no conoces. Cosas que harán que no vuelvas a levantar la cabeza.
—Ya —fue todo lo que dijo ella. No había sorpresa, solo la confirmación de una sospecha -. No puedo convencerte, ¿no? —preguntó, aunque no era realmente una pregunta.
—No —escupió él. Y entonces, bajó la guardia por completo, dejando ver el odio y el resentimiento que llevaba años fermentando —. He venido aquí, a tu madriguera, porque soy un hombre de cara.

Y porque… porque quería ver la cara que pones cuando te das cuenta de que has perdido. De que no eres la diosa impasible que crees ser. Solo eres una gilipollas más que se ha confiado.

Alicia no se inmutó. Sostuvo su mirada cargada de odio un segundo eterno. Luego, con una calma sobrenatural, se inclinó y recogió el sobre.

—Ya —repitió. Y en esa sílaba, Julio creyó oír algo que le heló la sangre. No era derrota. Era una promesa.

Fue entonces cuando ella se levantó. Necesitaba un respiro, un momento para recalcular, para tragar la rabia que por fin empezaba a hervir en sus venas.

—¿Te apetece un café? —preguntó, dirigiéndose a la pequeña cafetera que reposaba en un rincón. Su voz sonaba extrañamente serena.

Julio esbozó una sonrisa de triunfo, creyendo que era un acto de sumisión, de aceptación.

—Claro. Como siempre.

Alicia preparó las dos tazas con movimientos automáticos. Puso la cápsula, observó cómo el líquido negro y espeso caía. Su mente, sin embargo, trabajaba a toda velocidad.

—Uf, qué caliente… —comentó Julio cuando ella le acercó la suya. La dejó sobre la mesa con un gesto de fastidio—. Oye, déjame la tuya, que ya estará más templada. Como a mí me gusta. No hay problema, ¿no?

Él arqueó una ceja, desafiante, poniéndola a prueba. Retorciendo el cuchillo que ya había clavado sobre su víctima.

Alicia lo miró fijamente. Por un instante, todo estuvo en suspenso. Luego, una sombra de una sonrisa, triste y resignada, se dibujó en sus labios.

—No, claro… Faltaba más —cedió, deslizando su taza hacia él mientras él le entregaba la que estaba demasiado caliente.

Intercambiaron los cafés. Julio, satisfecho, bebió un sorbo de lo que creía que era el café de Alicia, un triunfo más en su noche de traición.

Alicia, en un impulso extraño, tomó la taza que ahora tenía frente a sí —la que había estado destinada a Julio— y la alzó ligeramente. Un brindis mudo por la muerte de todo lo que habían sido.

Julio le devolvió una sonrisa de superioridad, disfrutando de su café y de su victoria. Pero esa sonrisa se congeló, se transformó en una mueca de confusión y luego de pánico, cuando vio cómo el color se desvanecía del rostro de Alicia. Sus ojos se volvieron vidriosos, la taza se le escapó de los dedos y se estrelló contra la mesa, y todo su cuerpo se desplomó hacia adelante, golpeando la mesa con la frente antes de desplomarse inmóvil.

Julio se quedó paralizado, mirando la taza que él mismo le había entregado, la que él había rechazado por estar demasiado caliente.

El grito de Julio no fue de dolor, sino de pánico. *"¡Alicia!".* La levantó del escritorio, notando la inquietante flacidez de su cuerpo. Su mente, en shock, se aferró a una explicación médica: un infarto, un derrame... algo provocado por el estrés que él mismo había inoculado en la habitación. Corrió hacia la puerta, su voz sonó quebrada por un pánico real.

—¡Carmen, entra ahora! Tu jefa... ¡la ha palmado, o algo así!

Carmen apareció en el umbral. No fue una aparición rápida, sino una materialización lenta. Su silueta se recortó contra la tenue luz del pasillo y, por un instante, solo se oyó la respiración entrecortada de Julio. Sus ojos no se posaron con preocupación en Alicia, sino que escanearon la escena: la jefa inconsciente, el traidor vulnerable, el caos naciendo en tiempo real. En sus ojos no hubo sorpresa, sino el brillo frío de un depredador que ve alces cojeando. *Este es el momento. El regalo envuelto en el caos.*

Sin una palabra, mientras Julio, con manos temblorosas, marcaba el 112, Carmen fue hacia su escritorio. Abrió el cajón con una calma

aterradora. El bolso estaba abierto. Sus dedos, que tantas veces habían tecleado informes y servido cafés, encontraron el peso frío y familiar de la pistola. La empuñó con una naturalidad aterradora.

La paciencia, su aliada más fiel durante todos aquellos meses, había dado por fin su fruto. La información que Alicia le había confiado —que Julio iba a entregarse a la justicia— era la pieza que faltaba en el tablero. No podía permitir que se esfumara. No después de todo lo que había planeado, de todo lo que había sufrido. La justicia era demasiado blanda para un hombre como él; merecía un final más... personal.

El plan original era limpio, quirúrgico. Acabar con él al salir del despacho, en la soledad del aparcamiento, justo antes de que la comodidad de su coche lo envolviera. Después, plantar el arma humeante en el coche de Alicia y dejar que la maquinaria institucional hiciera el resto. Pero la vida, lo sabía bien, rara vez se pliega a los planes. A veces, la oportunidad se presenta con la crudeza de un relámpago, y hay que estar listo para asirla, aunque te queme los dedos.

La bala destinada a Julio no era solo un proyectil. Era un punto final. Y ella llevaba demasiado tiempo escribiendo una frase que solo podía terminar de una manera.

—Deja el móvil en la mesa, Julio - ordenó. Su voz no era un grito, era una orden baja, plana, cargada de una autoridad que él nunca le había conocido.

Él se volvió, el teléfono estaba aún pegado a su oreja. La confusión se dibujó en su rostro.

—¿Qué...? ¿O qué, Carmen?

El *"o qué"* sonó patético, un último y débil intento de mantener una superioridad que se le escurría entre los dedos.

—No me hagas perder el tiempo. Siéntate. - El destello en sus ojos no era de furia, era de hielo. Era el fin de la negociación.

A regañadientes, Julio dejó el teléfono y se hundió en el sillón. Su mirada era la de un animal acorralado que no entiende la naturaleza de la trampa.

—¿Te manda Amanda? ¿Es por la pasta?

Carmen soltó una risa corta, un chasquido seco y despectivo.

—Serás imbécil. Crees que el mundo gira alrededor de tu cartera y tus maquinaciones. Esto es más personal. Esto es por ti.

—Entonces... ¿por qué? - La pregunta de Julio era genuinamente desconcertada. Su ego no tenía espacio para un rencor que no hubiera sembrado él mismo.

Carmen sacó una foto arrugada de su bolsillo. No se la mostró, se la lanzó a la cara. Cayó sobre sus rodillas. Era una mujer de sonrisa cansada pero amable. Era Nerea en otra vida en la que aún sabía disfrutar de las cosas que tenía.

—Esa era mi madre.

Julio miró la foto sin verla, luego a Carmen.

—No entiendo. - Cogió la foto con desdén y la tiró al suelo.

El gesto, su indiferencia, fue la yesca final. La voz de Carmen perdió su frialdad calculada y se tiñó de un veneno acumulado durante años.

—Tu hermano gemelo, tu preciado Víctor, la violó. Y tú... tú, el gran Julio, contrataste al mejor sabueso para destrozarla en el estrado. La hiciste parecer una puta barata, una mentirosa que quería sacarle dinero a tu familia de mierda. ¡A ELLA NUNCA LE IMPORTÓ EL DINERO!

El grito le desgarró la garganta, cargado de una rabia que ya no podía contener.

El silencio que siguió fue denso, pesado. Julio palideció. No por el remordimiento, sino porque los engranajes finalmente empezaban a

encajar. Veía el tamaño del error, la profundidad del hoyo que había cavado sin saberlo.

—Si fue mi hermano... ¿por qué yo? - preguntó, con una voz que de pronto sonó pequeña.

—Porque tu hermano es un zombi, un muerto en vida que se pudre en sus propias miserias y adicciones. Me conformo con saber que algún día lo encontrarán ahogado en su propio vómito. Pero tú... tú estabas en tu pleno apogeo. Tú fuiste el arquitecto. Tú metiste a esa perra —dijo, señalando a Alicia con la pistola— para que la destrozara. Tú eres el responsable de que mi madre se tirara por el balcón de nuestro apartamento.

Carmen escupió. No hacia Alicia, sino hacia Julio. El escupitajo le golpeó en la mejilla. Él ni siquiera se limpió. Estaba paralizado, viendo el monstruo que había creado.

—¿Quieres di...? - comenzó a decir Julio, una súplica, una negociación que nunca llegó a formarse.

El estallido de la pistola llenó la habitación, un sonido brutal y seco que apagó todo lo demás. Un halo de pólvora y sangre flotó en el aire. El cuerpo de Julio se sacudió con el impacto y luego se quedó inmóvil, hundiéndose en el sillón.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el tenue rumor de la ciudad a través de la ventana. Carmen respiró hondo, el humo del disparo le llenó los pulmones. No había euforia, solo un vacío vasto y resonante.

Con movimientos metódicos, limpió la pistola con un pañuelo y la colocó en la mano inerte de Alicia, cerrando sus dedos alrededor del arma. La escena era perfecta: la abogada traicionada y el socio traidor, un pacto sellado con sangre.

Cuando llegaran, solo verían el final lógico de una noche de traiciones. Se acercó a Alicia, le apartó un mechón de pelo de la frente con una ternura macabra.

—Ojalá te pudras en la puta cárcel, puta de mierda – susurró con la dulzura venenosa de una nana.

Se acercó a Matesanz y, con un leve empujón calculado, el cuerpo del mafioso acabó en el suelo con un ruido seco que le hizo estremecerse.

—¿De qué vale ahora tu dinero? – preguntó Carmen desde arriba mientras veía el cuerpo sin vida de la persona a la que más había odiado.

Al salir del despacho, su victoria sabía a cenizas. Cada paso por el pasillo era un latido más hacia la libertad, pero también un eco de la vida que había extinguido. Mientras la puerta del despacho se cerraba, la pregunta final resonó en su mente, no con miedo, sino con un cinismo desolador: *¿Será el sistema tan benévolo con Alicia como lo fue con el monstruo al que acabo de enterrar?*

## 18 DE NOVIEMBRE DE 2024. ALICIA.

El aire en la azotea era frío y cortante, cargado con el olor a hormigón húmedo y el distante rumor de la ciudad. La luz de la luna se reflejaba en los charcos dejados por una reciente lluvia, creando destellos fantasmales sobre la superficie áspera. Entre estos destellos, la pistola que Carmen sostenía brillaba con una luz propia, un frío ojo plateado que parecía ansioso por beber.

El sonido de los clics inútiles, secos y huecos, resonó como disparos fallidos en la quietud nocturna. Carmen, con el rostro desencajado en una máscara de confusión y rabia, apretaba el gatillo una y otra vez. Sus ojos, inyectados en sangre, no se apartaban de Alicia, quien la observaba con una calma que resultaba obscena.

—No va a disparar —dijo Alicia con un suspiro de alivio—. Le quité el percutor justo antes de que vinieras.

Carmen se quedó congelada con el gatillo aún apretado, sin saber si debería tirar la pistola o simplemente disparar de nuevo. Alicia sacó la pieza metálica de su chaqueta, la mostró lentamente, y la arrojó al vacío para evitar que Carmen lo pudiera coger y acabar el trabajo que le había llevado hasta allí.

—Bueno, ya lo sabemos… —dijo Carmen, tirando la pistola al suelo, sin que su rostro mostrara remordimiento -. Al final siempre lo sabes todo, ¿no? – dijo con ironía -. Ese es tu puto don, saberlo todo y retorcer el relato siempre a tu favor.

—He descubierto lo de tu madre —dijo Alicia sin mirar a Carmen.

—Lo sé, quité el archivo a propósito para que no lo encontraras y te preguntaras el motivo por el que faltaba ese en concreto. Sabía que llegarías hasta ahí tarde o temprano. Sabía que te llevaría a las respuestas que querías.

—Lo siento mucho… —las disculpas de Alicia sonaban verdaderas, pero también vacías –. Yo… no me reconozco en el vídeo del juicio.

—¡Ja! —Carmen soltó una risa amarga que resonó en la noche—. Qué gracioso que digas eso, después de todo lo que me has hecho, puta zorra… ¿Nunca te has parado a pensar cuántas vidas más has arruinado por tu puta ambición?

Alicia guardó silencio, sin atreverse a responder. En ese momento, se dio cuenta de la profundidad de la rabia que había consumido a Carmen, de lo complejo que le habría sido fingir cariño mientras ocultaba tanto resentimiento. No la conocía, no como creía. Aquella mujer que había sido su amiga, su confidente, era ahora una desconocida, alguien capaz de planear y ejecutar algo tan frío y calculado.

El aire se espesó de repente. Con un gesto deliberadamente lento, Carmen abrió la cremallera de su chaqueta y extrajo un documento, doblado con pulcritud. No lo lanzó, sino que lo dejó caer desde la altura de su desprecio, y el papel aterrizó a los pies de Alicia con un golpe sordo.

—Recógelo. —La voz de Carmen era fría, cortante como el filo de una navaja.

Una punzada de presentimiento heló la sangre de Alicia. Al agacharse, las rodillas le crujieron de puro terror. Alisó la hoja arrugada con dedos temblorosos y el corazón se le encogió. Era la denuncia archivada. El fantasma de su pasado, ahora tangible y más vivo que nunca.

—¿Recuerdas el día que firmaste mi subida de sueldo? —Carmen esbozó una sonrisa amarga—. Había una pila de documentos. Rutina, dijiste. —Hizo una pausa, saboreando el momento—. Camuflé la autorización entre decenas de folios. Una firma más entre tantas. Una más que no te molestaste en leer. —Se inclinó ligeramente, su voz se convirtió en un susurro cargado de acero—. Por eso debes tener más cuidado, Alicia. Nunca firmes algo sin saber qué es. Porque ahora yo tengo esto. Esto que demuestra que eres una auténtica hija de puta.

Alicia lo recordaba demasiado bien. La avalancha de papeles, las ganas de acabar rápido. Y, en medio de todo, la trampa perfecta. La denuncia que la acusaba de corromper la justicia, de sobornar a un fiscal para que la tratase mejor a ella y a sus clientes resucitaba para destruirla.

—Este papel no solo te señala a ti —Carmen apuntó con el dedo, como si pudiera atravesar el documento—. Apunta directo al corazón del fiscal que enterró el caso de mi madre. Dime, Alicia… ¿es verdad?

—Carmen, por favor, puedo explicarlo…

—¡¿ES VERDAD?! —estalló Carmen, y su grito no era de ira, sino de un dolor tan crudo y profundo que partió el alma de Alicia en dos.

Alicia cerró los ojos. La mentira era inútil. La artimaña de Carmen había sido tan perfecta como su venganza. Y en el fondo, una parte de ella ansiaba la absolución de la verdad.

—Sí —confesó, y la palabra sonó a rendición—. Es verdad.

El silencio que siguió fue más aterrador que cualquier gritó. Carmen pareció desinflarse.

—¿Cuánto? —logró articular, con una voz que era apenas un hilo de desesperación—. ¿A qué precio vendiste a mi madre?

—Seis mil euros —Alicia tragó saliva, avergonzada—. El caso estaba perdido, las pruebas eran irrefutables. Fue Matesanz quien pagó para salvar a su hermano. Pero… —Una lágrima le quemó la mejilla—. La idea fue mía, Carmen. La sugerencia salió de mi boca. Y lo lamento… lo lamento más que nada en este mundo.

Carmen cerró los ojos con tanta fuerza que vio estallar universos en la oscuridad. Apretó los dientes hasta sentir que el esmalte crujía, conteniendo una rabia que amenazaba con consumirla por completo. Cuando al fin abrió los ojos, no vio a la abogada, ni a la colega, ni a la mujer. Vio a la arquitecta de su ruina. Y el odio, ahora justificado y perfecto, la envolvió por completo.

—Un día, mientras veía la televisión, se tiró por el balcón. ¿Te imaginas que te pase a ti? - Carmen apretó los dientes; el odio asomaba en cada palabra -. Ella lo era todo para mí, y no pude evitar ni el que se tirara al vacío…

Alicia no respondió, sus ojos quedaron fijos en el suelo, sumidos en una reflexión silenciosa sobre el dolor y las decisiones que las habían llevado hasta ese punto.

—Teníais que pagar por todo lo que habéis hecho —añadió Carmen con la furia llenando cada rincón de su voz—. ¿No te pesa todo lo que has hecho por tus clientes?

Alicia no pudo responder. No tenía palabras que pudieran deshacer lo que había pasado, lo que ella misma había hecho.

—Te odio —le dijo Carmen con la voz rota por la furia—. Te quería ver en la cárcel y que toda esa vida superficial que te has construido se acabara para siempre. Morir sería demasiado sencillo, quería que te pudieras en el puto infierno en el que debería haber acabado toda esa familia de mierda.

Alicia la miró, sabiendo que ella también había sido parte de este caos. En silencio, el tiempo pasó, conscientes de que estaban en el clímax de su historia. Pero aún faltaba una última decisión por tomar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alicia, sus palabras parecían quebradas por la angustia.

Carmen no habló, pero su mano se deslizó detrás de su espalda, sacando un cuchillo afilado, brillante, que reflejaba la luz de la luna de manera cruel.

—Alicia… es hora de pagar tus deudas —dijo Carmen con la voz rasgada.

Pero justo en ese momento, la puerta se abrió y, con una precisión casi quirúrgica, la inspectora Rivas y tres agentes aparecieron en la azotea. Carmen, sorprendida, miró hacia la puerta sin saber qué hacer. Alicia, habiendo entendido la situación, rápidamente sacó su móvil y le ofreció un trato a la inspectora mientras mantenía la llamada abierta, asegurándose de que todo quedara registrado y supusiera una exculpación clara y concisa.

—Carmen, tira el cuchillo – dijo Nieves con una calma que intentaba ser contagiosa.

—¡No te acerques! —chilló Carmen, apretando el mango del cuchillo hasta que le dolió. La hoja tembló, reflejando su confusión interior.

—Tira el cuchillo, Carmen —insistió Nieves, bajando un poco el arma, pero manteniendo la mirada fija—. Bájalo y hablemos. Nadie tiene que salir herido. Puedes llegar a un acuerdo. Esto no ha ido a más todavía.

—¡Un acuerdo? —La risa de Carmen fue histérica—. ¿Qué acuerdo puede haber? ¡Ella mató a mi madre! ¡Con sus palabras y su... su justicia de pacotilla! ¡TÚ! —rugió, dirigiéndose a Alicia, su cuerpo temblando con la fuerza de su dolor—. ¡Tú la empujaste!

—Carmen, mírame —ordenó Nieves, con una firmeza compasiva —. Mírame a mí. Esto no es el fin. Suelta el cuchillo. Es la única

salida.

Carmen cerró los ojos con fuerza. En su mente se sucedieron las imágenes: la sonrisa de su madre, la fría sala del tribunal, la voz de Alicia defendiendo al hombre que la había quebrado, el vacío del balcón. La furia y la desesperación libraron una batalla feroz en su pecho. Cinco segundos que fueron una eternidad. Un sollozo se escapó de sus labios, un sonido de derrota absoluta. Su brazo, que sostenía el cuchillo, cayó lánguidamente a un lado. El arma cayó al suelo con un ruido metálico y sordo que resonó en la quietud.

Pero entonces, su mirada, vacía y llena de un propósito terrible, se posó en la cornisa. Sin una palabra, sin un grito, giró sobre sus talones y corrió.

—¡Carmen, no! —gritó Nieves, adelantándose.

Fue inútil. Carmen, con una agilidad desesperada, saltó. No fue un salto de rabia, sino de rendición total. Un vuelo oscuro y silencioso que cortó la noche antes de que el impacto final, lejano y definitivo, pusiera el punto final a su historia. Un sonido seco y horrible que llegó amortiguado hasta la azotea, seguido de un silencio aún más aterrador.

Todo había terminado. Y en el aire, solo quedó flotando el eco de un odio que nunca encontró paz, y el frío peso de las decisiones que los habían llevado hasta allí.

## 10 DE DICIEMBRE DE 2024. NIEVES.

La montaña de formularios fue solo el preludio de la verdadera batalla: la de las explicaciones. El caso había dejado un reguero de escepticismo entre sus superiores y la fiscalía, y Nieves había tenido que emplearse a fondo, desgranando cada prueba con la paciencia de un relojero para convencerlos de la inocencia de la abogada. Cada reunión había sido un forcejeo de egos y protocolos, pero al final, su tenacidad—y la solidez de su investigación—habían

prevalecido. Ni un solo día de calabozo para la acusada. Una victoria, sí, pero una de esas que huelen a tinta y sudor frío.

Ahora, en la penumbra de su despacho, solo el haz de luz de la lámpara de escritorio iluminaba la pila de carpetas a las que daba carpetazo. La firma de Nieves, rápida y angulosa, recorría una última hoja. El crujido del papel al guardarlo en el archivador definitivo sonó a alivio. Esta parte burocrática, árida y necesaria, siempre le pareció el esqueleto gris de un trabajo que, en el campo, estaba lleno de colores vivos y sombras profundas.

Alzó la vista hacia su compañero, que observaba desde su mesa con una sonrisa fácil y desenfadada. La imagen de la noche anterior irrumpió en su mente con la fuerza de una oleada: la celebración en aquel bar de mala muerte, el gin-tonic que supo a triunfo, la complicidad que, ya en su casa, se transformó en una urgencia silenciosa. El amor que hicieron no fue el de siempre; fue lento, deliberado, un redescubrimiento de territorios olvidados. Él había sido un amante sorprendentemente delicado, sus manos callosas trazaron mapas de una dulzura que Nieves no creía posible ya en su vida. La memoria de su respiración en su nuca aún le erizaba la piel. *¿Habría más veces?* La pregunta, absurda y esperanzada, resonaba en su cabeza como un tambor lejano. No tenía respuesta, solo el eco cálido del recuerdo.

—Me vas a desgastar —dijo la voz de Marcos, cargada de una comicidad íntima, arrancándola de su ensoñación.

Nieves sintió que el rubor le subía por el cuello como una llama. Desvió la mirada hacia la pantalla de su ordenador, donde aún permanecían abiertas las últimas fotos del caso. Imágenes de una escena del crimen ahora cerrada. Las guardó metódicamente en carpetas clasificadas, cada clic suponía un punto final. Tras esto, le esperaban unos días de descanso. Se iría a un pueblo perdido de la mano de Dios, donde la única señal que captara el móvil fuera el canto de los pájaros, con su hijo. Por un instante, se permitió fantasear: *Ojalá él viniera con nosotros.*

El último sorbo de café ya estaba frío. Recogió la taza y limpió su mesa con un ritual casi ceremonial, a sabiendas de que no pisaría ese lugar en días. Justo cuando se colocaba la chaqueta, un agente asomó la cabeza por la puerta.

—Inspectora, hay una visita para usted. No tenía cita.

La confusión frunció el ceño de Nieves.

—¿Quién es?
—Una mujer… y un chico. La señora Matesanz.

Un escalofrío sutil le recorrió la espalda.

—Llévelos a la sala de entrevistas tres. Iré en un momento.

Cinco minutos después, abría la puerta de la estancia insonorizada. El aire olía a limpiador industrial y ansiedad. Amanda Matesanz estaba sentada con una postura rígida, como un mástil en un mar en calma. A su lado, un hombre joven, de no más de treinta años, con una complexión menuda y una piel tostada por un sol que en la ciudad no brillaba con esa intensidad. Su pelo castaño, desordenado con estudiada naturalidad, enmarcaba un rostro de una belleza casi insolente, a la altura de la de Marcos, pero de un estilo más salvaje y terrenal.
Le acompaño en el sentimiento, señora Matesanz —comenzó Nieves, aunque en el rostro de la mujer no había rastro de duelo, solo una impasibilidad de granito.

—Eran dos inútiles —soltó Amanda, con una voz que cortaba como cristal. Ya había enterrado a dos hermanos en menos de una semana—. No se compadezca de ellos. Están mejor en el otro barrio.

La frialdad era tan absoluta que resultaba obscena. Nieves contuvo una sacudida interna y desvió la mirada hacia el joven.

—¿Este es...?
—A eso quería llegar —atajó Amanda, sin pestañear—. Se llama Lucas Blázquez. Era el nuevo abogado de mi difunto hermano Julio.

La historia que Lucas desplegó entonces, con palabras medidas y una mirada que no podía sostener la de Nieves, no fue solo una revelación. Fue un terremoto que sacudió los cimientos de todo lo que ella creía resuelto. Las piezas del caso, que tan cuidadosamente había encajado, saltaron por los aires con cada frase. Y a Nieves, mientras escuchaba el relato que desmontaba su verdad, casi se le aflojaron las piernas.

## 16 DE DICIEMBRE DE 2024. ALICIA.

Terminó de firmar los papeles de la grúa y observó, impasible, cómo el camión se llevaba la maltrecha C15 hacia su nuevo destino: una familia afectada por la DANA. "*Adiós, vieja amiga*" pensó con un aire que mezclaba nostalgia con una indiferencia casi cruel.

Había pasado días supervisando las obras de Guadalajara. La decisión de derribar el edificio entero fue tan calculada como sus movimientos en la vida. No le traía buenos recuerdos, y Alicia no era de aferrarse al pasado. Además, compró el local de la cafetería donde la habían tratado mal y, con un toque de irónica revancha, lo iba a transformar en una clínica de fisioterapia a su nombre. No había espacio para errores ni emociones en sus planes. Alicia siempre supo adaptarse.

Desde aquel suceso que marcó su vida, decidió abandonar a sus clientes de altos vuelos. Cedió muchos casos a colegas y solo conservó los más urgentes, aunque hasta eso iba a terminar. De ahora en adelante, se enfocaría en empresas pequeñas y en aquellos que realmente necesitaran ayuda. Tenía dinero para varias vidas y ningún apremio económico. Para ella, era un juego que ya había ganado y que no tenía interés en volver a ser jugado.

En cuanto a Carmen, se ocupó de todos los gastos del funeral. "*Un gesto necesario*", pensó. La pobre mujer solo tenía un hermano sin recursos. Alicia sabía que mantener las apariencias era crucial y se hizo cargo de todo el sepelio sin pestañear y sin escatimar en gastos. En su mundo no había espacio para los rencores ni las emociones.

Estaba decidiéndose entre unas baldosas de baño claras u oscuras para los apartamentos que ya estaban en construcción cuando apareció una figura conocida entre los albañiles. La inspectora Nieves Rivas caminaba hacia ella con una expresión indescifrable y con unos papeles en la mano.

—¿Cómo estás? —preguntó la inspectora con una calma que encubría intenciones más profundas.

—Estoy... —Alicia se detuvo un instante, evaluando el tono.

—Veo que has cambiado el derecho por la construcción – dijo la inspectora haciendo un barrido con la mirada a las obras.

—Más rentable, menos complicado – dijo Alicia siguiendo su mirada.

—¿Podemos hablar en un sitio más discreto? – preguntó la inspectora mirando a todo el mundo que trabajaba alrededor.

Alicia condujo a Nieves a la caseta de obra. Una mirada bastó para que los trabajadores salieran sin cuestionamientos, gesto que le recordó al control que tenía Aro sobre los habitantes del pueblo. Ese era el poder que más cachonda le ponía, ese que siempre había anhelado.

El gran escritorio de caoba maciza era un mausoleo de lujo en medio de la humedad que rezumaba de las paredes descascaradas.

Alicia se acomodó tras él, un general en su fortín. El silencio que se tendió entre las dos mujeres era espeso, cargado de polvo y secretos. Finalmente, fue Nieves quien lo quebró, su voz rasgó el aire como un cuchillo.

—El caso está oficialmente cerrado —anunció, dejando que las palabras resonaran en la habitación. Una tensión, diferente a la anterior, se instaló entre ellas.

—Me alegra oírlo. Y, sin embargo, me entristece —respondió Alicia. La frase sonó hueca, ensayada, como un disco rayado.

—Lo entiendo. Es una mezcla complicada —Nieves se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos, grises y fatigados, se clavaron en los de la abogada—. Pero el cierre de un caso no siempre significa que la verdad haya salido a la luz - añadió seriamente -. Alicia, ha venido a verme Lucas Blázquez con Amanda Matesanz.

El nombre de la hermana, dicho deliberadamente lento, cayó entre ellas como una losa. Alicia ni sintió un escalofrío. Se limitó a inclinar la cabeza con una curiosidad de reptil.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le ha contado esa pobre mujer afligida? —preguntó, apartando con un dedo unos papeles, un gesto inútil para simular normalidad.

—Una historia fascinante —la ironía en la voz de Nieves era tan cortante como el cristal—. Me mostró un borrador. Un documento donde su difunto hermano, Julio, planeaba confesarlo todo y entregarla a usted como trofeo de caza a cambio de una pena más leve. Alegaba que guardaba un dosier, en su despacho, con pruebas de que usted le ayudó a desfalcarlo todo y a tejer sus lazos con la escoria organizada.

El silencio que siguió fue tan gélido que casi se podía ver el aliento. Alicia apoyó los codos en la madera pulida, entrelazando los dedos. Por su mente desfilaron, nítidas y sangrientas, las imágenes de aquella última noche: la boca de Julio Matesanz formando la palabra *"traición",* el brillo de la pistola en la penumbra, el sonido sordo de un cuerpo cayendo al suelo.

—Intuyo que, dado su tono, no han tenido la suerte de encontrar ese dosier —comentó con una serenidad que era, en sí misma, una provocación.

—No. Alguien fue más listo. Alguien se lo llevó —espetó Nieves, y un destello de pura frustración cruzó su mirada.

—Qué lástima —murmuró Alicia, recordando con placer casi sensual cómo las llamas anaranjadas de la fogata de los albañiles habían lamido el último fragmento de papel, reduciendo sus pecados a ceniza gris.

—Lo que sí encontramos —prosiguió Nieves, avanzando otro peón en su tablero— fue esto. —De su carpeta sacó una foto de un abrecartas de metal, elegantemente mortífero—. En el despacho de la víctima, sobre la mesa. Presuntamente, fue la herramienta usada para forzar el falso fondo. Y tiene unas huellas. Unas huellas que son suyas, Alicia. ¿Quiere explicarme cómo es posible?

Alicia recordó el momento de pánico, el sudor frío al abandonar la casa cuando se dio cuenta de que se había olvidado de limpiarlo. Pero había preparado su defensa como se prepara un veneno: con paciencia.

—Se lo regalé. Un detalle de agradecimiento por confiarme su defensa. En esta profesión, la fidelidad del cliente se compra con pequeños gestos. Marketing, ya sabe.

—Ya —Nieves no se lo tragó. Su escepticismo era tangible—. Curioso regalo. Un abrecartas con el logotipo de su propia firma y su nombre grabado, para un hombre al que ya tenía como cliente. Un detalle, desde luego. Una campaña de publicidad un tanto… extraña, ¿no le parece?

—Un detalle como otro cualquiera —repitió Alicia, y una sonrisa leve, casi imperceptible, se dibujó en sus labios. Sentía cómo la Alicia fría, la que había intentado enterrar, resucitaba dentro de ella, más fuerte y más hambrienta que nunca.

Nieves la observaba, fascinada y repelida al mismo tiempo.

—Me han contado que su cliente vino aquí aquella noche para confesárselo todo. Para rendir cuentas. ¿Llegó a hacerlo?

—No —mintió Alicia, con la naturalidad de quien respira—. Yo… me desmayé. La emoción, supongo. No tuve ese placer de que me contara cuál iba a ser su siguiente movimiento.

—Una lástima —insistió Nieves, apretando la tuerca—. Porque quizás las cosas habrían sido diferentes.

—Eso parece —concedió Alicia con un tono que rayaba en lo burlón.

Fue entonces cuando Nieves sacó un documento y lo deslizó sobre el escritorio. Alicia lo cogió con desgana.

—Menos mal que Julio no bebió de la taza de la que bebió usted —dejó caer Nieves—. Era alérgico al Flunitrazepam, el compuesto de la droga que usted ingirió. De haberlo hecho, habría muerto en cuestión de minutos. Un shock anafiláctico es una muerte horrible, ¿sabe? La garganta se cierra, el cuerpo convulsiona… una auténtica agonía.

Alicia permitió que una sonrisa de condescendencia se asomara a sus labios. Nieves captó el instante, un espasmo mínimo de soberbia que delataba al depredador bajo la máscara.

—No lo sabía —se encogió de hombros—. Pero vaya suerte, efectivamente. Imagínese que se me hubiera muerto el cliente en la silla. Qué mala prensa para mi despacho…

—Pues sí lo sabía —la voz de Nieves se volvió un latigazo. Sacó otro papel, amarillento—. Cuando ingresó en prisión, usted entregó un pliego de circunstancias del detenido. Aquí, subrayado en amarillo, consta su alergia al Flunitrazepam. Usted misma lo destacó, argumentando que necesitaba medicación alternativa para dormir. Lo sabía perfectamente.

Alicia recorrió la línea amarilla con la yema del dedo. La conocía de memoria. Era la línea que había trazado el camino de su plan.

—La memoria es frágil, inspectora. Además, delegaba mucho en la pobre Carmen, que en paz descanse —dijo, llevándose la mano al pecho en un gesto teatral de dolor.

—Curioso —Nieves guardó el documento—. Porque también descubrí que la cafetera de su despacho, aquella noche, estaba completamente seca. Las cápsulas usadas, desaparecidas. Alguien las retiró. Pero las tuberías internas… esas nunca se vacían del todo. Analizamos los restos de agua de las mismas y encontramos Flunitrazepam. Una dosis masiva. Alguien envenenó el depósito para asegurarse de que quien tomara ese café moriría. Un plan meticuloso. Siniestro.

Alicia ladeó la cabeza, invitándola a continuar. El espectáculo la divertía.

—Solo dos personas tenían acceso a esa máquina, Alicia. Tú y Carmen.

La abogada tomó aire, preparando su jugada maestra.

—Pobre Carmen… —suspiró, y su voz se quebró con una habilidad digna de una actriz—. Su fragilidad mental… no supe verla a tiempo. Me culpo por ello cada día. —Fingió secarse una lágrima inexistente.

Nieves no se inmutó. Sacó dos fotografías y las colocó frente a Alicia.

—Esta es del día del ataque de Carmen. Fíjese en la cómoda. Nada – hizo una señal con el dedo indicando la cómoda en la que tan sólo había una fotografía de Carmen y su difunto perro -. Y esta… es de hace dos días. —Señaló la segunda foto, donde un blíster de pastillas era claramente visible en el mismo mueble donde días atrás no había nada—. Alguien colocó eso allí después de su muerte para que encajara con su coartada.

—Un error lo tiene cualquiera —murmuró Alicia con una sonrisa que era un desafío—. Estoy segura que es por un mal ángulo de la foto y porque movieron algo sin querer. Ya sabe, un error lo tiene

cualquiera. Parte de mi carrera se ha sustentado con esos errores tan convenientes para la defensa…

—Usted fue la única persona a la que se permitió entrar en la casa de Carmen después de su muerte. Para recoger la mortaja, dijo. Estuvo diez minutos a solas en esa habitación. Tiempo de sobra para plantar la evidencia.

—¿Y mis huellas en el blíster? —preguntó Alicia, desafiante.

—No hay. Limpio como un espejo. Por no estar, no están ni las de la difunta Carmen. Es raro… ¿no cree?

—Entonces, inspectora, solo son fotos y suposiciones. Nada que me ate a eso.

La luz pálida y fría de la lámpara de mesa esculpía los rostros, alargando las sombras hasta convertirlas en caricaturas siniestras. En la penumbra, la voz de Alicia no era más que un susurro sedoso que serpenteaba, un zumbido venenoso que se colaba en los oídos de Nieves.

—¿Sabe, inspectora? —Alicia jugueteaba con el borde de la taza vacía, haciendo que la fina porcelana girara sobre la madera con un chirrido apenas audible—. Una abogada, una que conozco muy bien, tuvo un cliente que amenazó con verla pudrirse entre rejas. Él o ella. No iba a ser ella la que acabara mal.

Nieves no apartaba la vista de aquellos dedos que acariciaban la taza, de la curva casi voluptuosa de esa sonrisa que se expandía, transformándose en algo que helaba la sangre. No era una sonrisa, era la exhibición de un colmillo.

—¿Y qué hizo? —preguntó Nieves, manteniendo su tono en un susurro neutro, aunque cada sílaba de Alicia resonaba en su cráneo como el eco de una campana funesta.

—Lo único que se puede hacer cuando te acorralan —la respuesta fue un hilo de voz cargado de hielo—. Sobrevivir. ¿Puede siquiera concebir la magnitud de esa traición? Que un gusano, un miserable al que salvaste de la cloaca, intente cambiarte por unos años menos de condena... con mentiras, además. Se había inventado la mitad.

Nieves asintió, una inclinación lenta y calculada de la cabeza. Podía imaginarlo demasiado bien. Pero esta historia no era un desahogo; era un cuchillo que Alicia estaba afilando frente a ella.

—Puedo imaginármelo —concedió, invitando al veneno a fluir.

Alicia se inclinó hacia delante, cruzando la línea de luz. Sus ojos, en la sombra, eran dos pozos negros.

—Se reunió con él. Le puso contra la pared, sin dejarle un milímetro de salida. La abogada, por supuesto, ya lo sabía todo. Lo había sabido desde el principio. Pobre idiota... —Hizo una pausa, dejando que el desprecio saturara el aire—. ¿Qué opción le quedaba? No podía permitir que ese peón acabara con su reina. A situaciones extremas, soluciones definitivas. Uno no puede luchar contra su propia naturaleza.

—No se puede —murmuró Nieves, casi un suspiro.

Alicia captó la rendija y su sonrisa se ensanchó victoriosa.

—Pues envenenó el depósito de la cafetera. Sabía que él siempre, siempre, se tomaba un café. Un amargo espresso que ocultaría el regusto a medicamento. Era imposible que lo detectara. Un plan perfecto. Impecable en su cálculo.

Nieves sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. La crudeza del relato, la frialdad clínica con la que describía un asesinato premeditado, era más aterradora que cualquier confesión gritada.

—Pero algo falló —apuntó Nieves, clavando la mirada en aquellos ojos oscuros—. Algo siempre falla.

Alicia emitió una risa baja, un sonido áspero que no tenía nada de alegre.

—El café... Maldita sea, el café estaba demasiado caliente. —Su voz goteaba sarcasmo y una rabia antigua—. Tanto *planning*, tanta meticulosidad, arruinado por la temperatura de un líquido. Él, el muy

cabrón, le cambió las tazas. Tomó la de ella, que estaba más templada. Y ella, sonriendo, con el pánico helándole las entrañas, tuvo que llevarse a los labios la taza que contenía su propia sentencia de muerte.

Nieves contuvo la respiración. El giro era retorcido, casi poético en su crueldad. Pero aún faltaba la pieza clave.

—¿Y cómo supo la abogada? ¿Cómo supo del trato? —preguntó, apretando los puños bajo la mesa.

La sonrisa de Alicia se congeló, transformándose en una máscara de puro hielo.

—Era lista. Tenía ojos en todas partes. Alguien le pasó las fotos. Una copia del acuerdo de colaboración firmado por ese hijoputa —escupió las últimas palabras con un odio tan visceral que Nieves casi podía saborearlo en el aire -. Y así, no hubo alternativa —concluyó Alicia, y era una afirmación, un desafío.

Nieves mantuvo su mirada, sin pestañear.

—Siempre la hay.
—No —cortó Alicia, secamente, y sus ojos brillaron con una luz fría y absoluta—. Créame, inspectora, no la hay.

En ese instante, Nieves lo entendió con una claridad aterradora. Ya no estaban hablando de un cliente muerto. Habían traspasado un umbral invisible. Esta conversación era el campo de batalla, y la guerra entre ellas dos acababa de declararse.
Nieves contuvo un juramento. La sentía, la olía, pero no podía probarlo. La evidencia física era inexistente. La rabia le hervía en las venas.

—Veo que has dado un cambio a tu vida —dijo Nieves con tono neutro, recorriendo con la mirada el lúgubre despacho—. Te has bajado del carro de los altos vuelos.
—La abogacía corporativa es un mundo despiadado. Busco… tranquilidad. Redimirme, quizás.

—No lo conseguirás —la interrumpió Nieves, levantándose. Su sombra se proyectó sobre Alicia—. No voy a dejarlo así. Volveré. Y cuando lo haga, no tendré fotos ambiguas ni historias convenientes. Tendré la verdad. Y te vendrás abajo con todo el peso de la ley.

Alicia mantuvo la sonrisa, fría y perfecta.

—No esperaba menos de usted. Le deseo suerte, inspectora. La va a necesitar.

—Aún te queda pendiente esa confesión de soborno al fiscal – le recordó Nieves levantándose de la silla.

—Pagaré las consecuencias – dijo ella, a sabiendas que los cincuenta mil euros en efectivo y un piso a nombre del juez en su nueva urbanización le aseguraban un sobreseimiento del caso.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a adueñarse de la estancia. Alicia se reclinó en su butaca, cogió la foto de Carmen que Nieves había dejado deliberadamente sobre la mesa como una prueba de su derrota momentánea. Encendió un mechero de oro y observó, hipnotizada, cómo el rostro de su antigua empleada se enroscaba y carbonizaba, reduciéndose a cenizas negras.

—Púdrete en el infierno, puta traidora – soltó la foto y esta acabó en la papelera a sus pies -. Aquí reinas no hay más que una, y tu no fuiste más que un peón prescindible.

Se acercó al espejo y se miró. En sus ojos no había rastro de remordimiento, solo la fría certeza de la impunidad.

—Pues *pa'lante* —susurró para sí, enderezando los hombros antes de girarse para recibir a su primer cliente de bajos recursos. El espectáculo, una vez más, tenía que continuar.

# EPÍLOGO.

## Crónica de una Caída Anunciada
## Por Mateo Vázquez, Analista de Sucesos

*El sol se desangraba sobre el cielo de Madrid, ahogando los tejados en un tono escarlata que parecía un presagio. La ciudad, un hervidero de rumores y titulares en ebullición, asistía atónita al derrumbe de un mito. La detención de Amanda Matesanz no fue una noticia, fue un cataclismo que resquebrajó los cimientos de la élite empresarial y legal española. Una mujer que había esculpido su trono a base de astucia glacial y una ambición sin límites, veía cómo su imperio se desmoronaba en un solo atardecer.*

Al otro lado de la ciudad, al abrigo de la penumbra de su coche, la inspectora Nieves Rivas contemplaba el skyline iluminado. No era la quietud lo que la envolvía, sino la tensión eléctrica de una mente que no cesa. Sus ojos, fatigados pero lúcidos, escudriñaban la oscuridad como si en ella pudieran leerse las respuestas. La noticia de la detención, que recorría las pantallas como un reguero de pólvora, no le producía alivio, sino una punzada de inquietud. Sabía que Amanda era una depredadora, una arquitecta de sombras capaz de cualquier cosa con tal de proteger su reino. Pero en esta jugada, percibía la mano siniestra de un tercer jugador, un fantasma moviendo los hilos desde las profundidades.

El comunicado oficial era contundente: *"Amanda Matesanz, conocida por su temple de hierro y su visión despiadada de los negocios, ha sido detenida esta tarde en una operación coordinada por la UCO y la Policía Nacional. Las evidencias, proporcionadas por un informante anónimo, son demoledoras. Se le acusa de haber orquestado la eliminación de su propio hermano, Julio Matesanz, para consolidar su control sobre el imperio criminal familiar."*

Pero Nieves no creía en fantasmas. Creía en rencores. Y el suyo era un rencor con nombre de mujer: Alicia.

Mientras los medios diseccionaban la caída de la empresaria, Nieves reconstruía en su mente el perfil de la auténtica artífice de la debacle. Alicia, la abogada que había estado en el ojo del huracán,

había desaparecido de la escena pública con la elegancia silenciosa de un felino. Pero su huella era indeleble. Para Nieves, era evidente: aquella mujer, fría y metódica, no conocía la rendición, solo la venganza. Había sido ella quien, desde las sombras, había filtrado el pendrive condenatorio: los registros financieros que evidenciaban el desfalco, los correos que la ligaban al tráfico de estupefacientes, y el intercambio de mensajes con un sicario para eliminar a su hermano. Un golpe maestro, ejecutado con una precisión que helaba la sangre.

Con Amanda Matesanz camino de una celda, los focos mediáticos se centraban en los secretos de la familia. Las redes sociales ardían con teorías conspirativas, pero Nieves Rivas sentía que la partida distaba mucho de estar ganada. Aunque el juicio prometía ser el final del camino para Amanda, una intuición afilada, forjada en años de calle y desengaños, le susurraba que las verdaderas motivaciones y los culpables más escurridizos seguían agazapados en la penumbra.

Al final, la caída de Amanda Matesanz no era solo una lección sobre los excesos de la ambición, sino un testimonio sobre la fragilidad del poder. En el complejo ajedrez que ella misma había creado, desdeñó a las piezas aparentemente menores. Y mientras el mundo celebraba el jaque mate a la reina, Nieves Rivas era la única que sabía que un pequeño y silencioso alfil, llamado Alicia, había

ganado la partida. Y ahora, desde la sombra, era la nueva y peligrosa soberana del tablero.